This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 809,095

PROPERTY OF
University of Michigan Library
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

# RETRATOS

# HISTÓRICOS

POR

D. EMILIO CASTELAR.

MADRID.
OFICINA DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA
CALLE DE VALVERDE, NÚM. 26.
MDCCCXCVII.

# RETRATOS HISTÓRICOS.

# RETRATOS

# HISTÓRICOS

POR

D. EMILIO CASTELAR.

MADRID.
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.
CALLE DE CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXIV.

CT
184
.C35

Esta obra es propiedad de los Editores.

MADRID : 1884.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra.
Paseo de San Vicente, núm. 20.

Spanish
G. Rico
6-17-52
78583

# MUERTOS Y VIVOS ILUSTRES.

Habréis visto mil veces esas clepsidras, esculpidas sobre los sepulcros, de las cuales van cayendo á impulsos del tiempo, que late como nuestros corazones, los menudos granos de arena. Pues el planeta, circuido de la inmensidad, errante por lo infinito, moviéndose á la contínua en elipses cerúleas, volcado sobre lo eterno, y ceñido, como de una aurora boreal, de lo divino, deja caer en abismos, sondeados sólo por la fe, á todas horas, un alma sobre los ocasos de la muerte. En esos paseos de nuestros ojos y de nuestras ideas por los espacios que tanto provocan á la contemplacion, nos hemos mil veces fingido nuestro mundo, al fin y al cabo verdadero astro, como visto y admirado desde una lejana estrella, y al verlo desde allí tan hermoso, engarzado en lo celeste, centelleando luz, siquier sea recibida y refleja, pendiente, como una aurea lámpara, de las nocturnas sombras, quizás le crean habitacion de espíritus angélicos, los cuales discurran por la inmensidad, alabando en eterno coro al Criador; ó llama vivaz

ELR

ardiendo á las puertas de los divinos santuarios con resplandor inextinguible, ó eden de inmaculada y eterna vida; sin adivinar ni sus sepulcros ni sus infiernos, ni los dolores del cuerpo, ni los celos del alma, ni las ambiciones desapoderadas y renacientes cada dia, ni la separacion de los seres queridos, ni la deshonra que nos acecha en las encrucijadas de todos los caminos, ni la muerte que tiende sobre nosotros su frio, su inercia, su silencio.

Tres almas de primera magnitud se han borrado en el cielo moral de nuestra Europa ; el alma de Ruiz Aguilera, el alma de Armando Dufaure, el alma de Paul de Saint-Víctor. Aguilera tenía una voluntad sin pecados, y una inteligencia sin sombras. Para él jamas penetrára la serpiente venenosa en el eden de la vida. Mordiendo como todos, la fruta del árbol de la ciencia, sólo gustó la verdad, y sólo aprendió el bien. Allá en su candor imaginaba todos los hombres tan buenos como él. De aquí una poesía sencilla como el aroma de la violeta, inocente como el balido de la oveja y el arrullo de la paloma, plácida como las noches de luna ; con los acentos del cántico andaluz, y con las profundidades del refran popular ; semejante al villancico de Noche-Buena, en el cual se oyen los aleteos y las risotadas de los niños, y al susurro de los coloquios amorosos llenos de suspiros y de lágrimas y de quejas, y de reconvenciones, y de

recuerdos, y de esperanzas que saben por igual á placer y á dolor. Sin embargo, cuando lloró la muerte de su hija, supo llegar á las elegías de la desesperacion; y cuando cantó las glorias de su patria supo llegar á los acentos y á las cadencias del himno. Se ha ido, nos ha dejado en este destierro; y sólo se nos ocurre á nosotros, los políticos, acosados por tantas recomendaciones, pedirle prosaicamente que nos recomiende á Dios é interponga su pureza entre nuestras humanas faltas y la divina justicia.

Dos varones de bien diversa estirpe han muerto en Francia, cuyos nombres ya hemos mencionado, Saint-Víctor y Dufaure, á quienes debí, como á Ruiz Aguilera, una cariñosa amistad. Quien jamas haya pasado por las emigraciones, desconocerá completamente lo que son, por ejemplo, el castellano y el bolero y la jota oidos en luengas tierras. Declaro mi debilidad; cuando la Patti, cantando el *Barbero* en París, se ponia la mantilla de nuestras mujeres, íbame del teatro, por no poder sufrir tal emocion. Pues Paul de Saint-Víctor se parecia en todo á las figuras militares de Velazquez. Diriais, al verle, que acababa de estar en la rendicion de Breda, y que se ceñia, por capricho carnavalesco, el vulgar traje de nuestros tiempos. Puede clasificársele perfectamente con llamarle idólatra de la forma, y en tal

grado, que veia todas las ideas y todas las cosas de relieve. Á sus ojos el pensamiento se componia de líneas y de colores. La expresion le embargaba como pudiera embargar á un artífice griego. Vaciaba todas sus obras con el mármol penthélico de una lengua inmortal tan armoniosa y serena como la hermosura clásica que privaba en el ánimo de Goëthe. Su ingenio plástico se dejaba todas las ideas madres en su esencia pura por correr tras la zumbante abeja ática que destila miel, ó por contemplar alguna de esas estatuas antiguas adheridas á la naturaleza y serenas é inconmovibles en su fria perfeccion. De aquí un estilo de tal dibujo y colorido que lo creeriais esbozo de Rafael iluminado por matices de Ticiano. Todas las grandezas le sorprendian por su brillantísima exterioridad y todos los personajes por su aspecto dramático. Importábale bien poco la verdad, absorto en la hermosura. De aquí una indiferencia olímpica por las ideas y un culto supersticioso por la forma. Bien al reves, Dufaure, seco, árido, avellanado, sin ornamentos, sin ninguna inspiracion, rico de silogismos como un escolástico, severo á guisa de un fiscal, convirtiendo la tribuna política en cátedra de controversias científicas, pero adorando con fervor dos ideas, á las cuales ha consagrado su vida, la libertad templada y el régimen parlamentario.

Miéntras las almas se van de la tierra, y en el cielo se disipan, un singular cometa viene sobre nuestro hemisferio, y turba con su aparicion inesperada y súbita la paz de nuestras noches estivales. Nada más bello que la estrella indecisa, en torno de cuyo nucleo se irradian haces de luz semejantes á chispas eléctricas, diseminadas en la inmensidad de los espacios como la erupcion misteriosa de un volcan celeste. Comprendo que la vulgar opinion se asuste á la irregular venida de esos astros, los cuales ocupan tanto espacio y son tan tenues que suelen muchas veces envolver en sus gasas de materia cósmica y en sus ráfagas de oro nuestra tierra y su satélite. Abundan, segun la expresion de Keplero, en los repliegues del cielo como los peces en las ondas del mar, y no han podido estudiarse, ni medirse ni contarse, pues, á pesar de haberlos seguido con sus ojos y registrado en sus anales, quinientos años ántes de Cristo, los chinos, apénas conocemos dos centenares de sus órbitas; y así no es mucho que los creamos gérmenes y semilla de mundos por venir ó ruinas de mundos destruidos, ó pavesas de soles apagados, donde van cabalgando los ángeles exterminadores ó los ángeles creadores á sembrar en pos de sí la vida ó la muerte por la celeste inmensidad. Algunos de ellos tardan tres mil años en trazar su órbita y otros

ochenta siglos, perdidos en esos abismos, cuyo fondo está formado eternamente de lo infinito. Imposible que no vayan sus contornos recamados de sombras, ni los conceptos que de ellos formamos, envueltos en misterios. Siembran de llamas extrañísimas las alturas y de supersticiones las almas. Así muchos creen que encienden lo vacío y nos dan el terrible calor ahora sufrido, cuando no los creen nubes infernales preñadas de desgracias, espada flamígera tendida, como amenaza del Criador airado, sobre los mundos; signo cabalístico de perdicion escrito por los genios del mal sobre un cielo próximo á convertirse de azul espacio en negro sudario de todo nuestro sistema solar. La concepcion antigua del universo nos hacía creer que los astros se acordaban de nosotros y tenian por nosotros cuidado é interes. Existian relaciones misteriosas contra las rayas de nuestros manos y las costelaciones de nuestro hemisferio; tal astro tenía influjo sobre nuestro nacimiento, y tal otro sobre nuestra muerte; como la luna disminuye y acrecienta las mareas en el Océano, los planetas aumentaban ó disminuian la vida en nuestro seno; eran, desde el sol hasta las estrellas, lámparas de oro y plata encendidas para iluminar al hombre y su morada la tierra; miéntras ahora, perdidos en este grano de arena que arrebatan los huracanes del tiempo y que subyugan las fuerzas mecá-

nicas del universo, sabemos que nadie se acuerda de nosotros y que, á lo sumo, brillamos cuando ajenos rayos nos doran, como una pobre gota de luz anegada en los mares inmensos del divino éter.

De seguro que el cometa ha sido un agorero siniestro á los ojos de Midhat-Bajá, condenado á muerte ahora mismo, por complicidad en la desaparicion misteriosa del penúltimo Sultan. Este Midhat, gran visir que tuvo un dia el califato y el Imperio á su merced; gran reformador que despertó esperanzas desde Petersburgo hasta Lóndres; bajá de Syria, que llevó el movimiento de la vida moderna, con sus disposiciones, á la inmoral Asia Menor donde gobernaba últimamente, se ha visto de súbito arrancado á su palacio, en el cual parecia un monarca, y recluido en una de esas duras prisiones de Oriente, anticipado sepulcro. Por mucha ilustracion que le supongamos, algunas de las supersticiones propias de su raza han de quedarle por necesidad en el alma, y han de decirle algo, para nosotros incomprensible, sobre la relacion existente entre la siniestra lumbre del cometa y su siniestra sentencia de muerte. ¡Oh! Si pudiéramos saber todo cuanto guarda en sus profundidades la conciencia de un oriental, educado en la religion del fatalismo, acaso adivinariamos lo que Midhat ha dicho al cometa visto

desde uno de esos calabozos, cuyas rejas dan sobre el Bósforo, que tantas víctimas se traga de la razon de Estado. Cuando los sabios mismos no las tienen todas consigo al ver y estudiar los cometas, y hombres como Humboldt temen que las perturbaciones producidas en sus órbitas por Júpiter y Saturno pudieran convertirlos en temibles para nuestro planeta como la baba hidrófoba enrabia súbitamente á los más pacíficos animales, no es de extrañar que un descendiente de los magos y hechiceros tema, si no el choque de esos núcleos, que van condensándose cada dia más, con nuestra tierra, el enigma encerrado en esos signos cabalísticos de la inmensidad, que le habrán hecho pensar mil veces en las coincidencias de su desgracia horrible con la triste aparicion.

Todo el mundo recuerda que hace tres ó cuatro años el Sultan Abdul-Azis pareció desangrado y muerto en su palacio. Pocos hombres han demostrado, como tal tirano, hasta qué extremo de demencia puede conducir el despotismo. Quien se acostumbra de contínuo á que los seres libres le obedezcan como seres inertes, concluye por creerse, no solamente superior á los códigos políticos, sino superior tambien á los códigos morales. Hijos de esclavas y déspotas, del extremo envilecimiento y la soberbia extrema, proceden los Sultanes como los engendros naturales de la miseria y del crímen.

Una feroz kurda, una mujer de sanguinaria raza, fué madre de Abdul-Azis, é inspiró á la conciencia de su pobre cachorro la desolacion moral que producen esos desiertos llenos de víboras y serpientes, de tigres y chacales. Cuentan que, de niño, gozaba ya en arrancar las flores más olientes, perseguir las mariposas más pintadas, desplumar las palomas más blancas, y que, de mozo, en atormentar ¡bárbaro! las siervas que primero despertáran y satisfacieran la sed de sus sentimientos. ¡Cuántas mujeres del harem y de fuera del harem pasaron de sus brazos á los brazos de la muerte! ¡Cuántos vasallos perecieron en sus partidas de caza, porque inmolaba de grado á los hombres, cuando ya no queria inmolar más bestias! Pasábase sus dias entre los gallos vencedores en las riñas y entre las fieras aprisionadas en jaulas.

Hacía de sus locos y bufones ministros. Amontonaba tesoro sobre tesoro en su peculiar peculio para proporcionarse toda suerte de raros é inverosímiles placeres. De cocineros tenía mil. Todos los déspotas que llegan á tamaños excesos, acaban trágicamente. Abdul-Azis fué depuesto de su trono y sustituido por Murad V, hijo del Sultan precedente, hijo de Abdul-Mejid. A los dos ó tres dias de su caida se oyó en el palacio-prision que habitaba un golpe sobre los pavimentos como de un cuerpo que se desploma; tras del golpe un clamo-

reo de innumerables mujeres que lloran, y cuyos ecos llenan el Bósforo de rumores siniestros; y averiguado el motivo, sábese que el destronado Sultan acaba de abrirse las venas como Séneca y de morir bañado en su propia sangre. A todo el mundo extrañaba que un hombre del Oriente como Abdul-Azis se hubiera de ese modo adelantado á los decretos del destino. El griego y el romano, penetrados de su libertad moral, se daban muerte, como en prueba práctica de la facultad de disponer á su arbitrio de sí mismos. Pero el musulman aguarda sentado en las piedras del camino los llamamientos del ángel de la muerte y los decretos de la fatalidad escritos en los libros eternales. El suicidio es clásico; á cada paso se encuentra en Grecia y Roma; no es, no puede ser oriental, y sobre todo, mahometano. Quien cree en el horóscopo, en la predestinacion, en el hado, en el fatalismo, no puede, no, apelar al suicidio. A la noticia de semejante muerte siguió una general incredulidad, y, á esta incredulidad respondió la córte de Constantinopla con olvido desdeñoso. Abdul-Azis recibió la tierra y Murad la corona.

Pero el despotismo es venenoso. El nuevo Sultan, Murad V, jóven de várias y bellas prendas, se volvió loco á los pocos dias de haber empuñado el sable de Ostman, que le daba el Imperio sobre las voluntades y el Califato sobre las conciencias

de innumerables siervos sometidos y esclavizados por la supersticion y el fanatismo. Estos príncipes de Oriente, nacidos á sus padres en los serrallos, como pueden los potros nacerles en los establos; hijos del ayuntamiento de los tronos con las cadenas; criados entre odaliscas y eunucos; reducidos á minoridad constante hasta la víspera de su omnipotencia; prisioneros en palacios que, al fin y al cabo, son verdaderas cárceles; celados por una policía pública y secreta que acecha todos sus actos y sorprende hasta sus ideas y sus sueños; con el Koran por toda ciencia y el softa por todo maestro; llegan, si tienen una complexion linfática y un alma serena, pronto, á la imbecilidad; y si tienen una complexion nerviosa, y un alma exaltada, pronto, á la demencia. Murad V se volvió loco; y le sucedió su hermano Abdul-Hamed II, que ahora infelizmente reina. Hijo de una esclava ética, su complexion pobre le inclina de suyo á la melancolía; educado en una especie de escuela práctica de agricultura, su profesion, industrial por completo, le ha divorciado de las artes y de las ciencias. En su entendimiento reina el fanatismo más exagerado; y entre sus ambiciones se cuenta en primer lugar la de intentar, como sus predecesores, una restauracion del mahometismo á mano armada, por medio de una liga de pueblos musulmanes en los tres grandes continentes del

antiguo mundo. El despotismo es una necesidad de su alma, y la avaricia el vicio por excelencia entre sus vicios. Este amor á la autoridad absoluta y al oro sonante le han llevado á perseguir de muerte á Midhat-Bajá, porque le conoce autor de la Constitucion, contra la cual se estrelló, en los comienzos del reinado, su voluntad soberana, y porque le cree autor de la muerte del sultan su tio, Abdul-Azis, y acaparador del mucho dinero que este dejára ab-intestato en sus arcas. Por lo primero desterrólo hace años, deponiéndolo del visirato, y por lo segundo lo ha reducido ahora á prision, deponiéndolo del bajalato, y lo ha condenado á muerte. Así quieren los hados que sean eternamente los déspotas.

Las ilusiones respecto á la omnipotencia del poder absoluto no se pierden jamas en aquellos que lo ejercen. Ese pobre jóven, trasladado de su recatada dehesa á la Sublime Puerta, cree tener un ministerio religioso en el mundo, y apercibir á sus gentes para la restauracion del Islam sobre la tierra. Su Imperio se cae á pedazos, y procede como pudieran proceder aquellos predecesores suyos, que hacian retrogradar á los cruzados en el camino de Jerusalen ; hincarse de hinojos á la ilustre y poética Syria ; aceptar el yugo mongólico á la inmensa Rusia ; llamarse sierva de sus serrallos á la inmortal Grecia, vencida por la sombra de las

banderas verdes y por el centelleo de los alfanjes sacros; desaparecer casi del Oriente al Imperio sérvio; estremecerse á Hungría, no obstante su probado heroísmo; temblar á Viena y á toda Alemania; creer, en presencia de Cárlos V, que el Pontificado y el Imperio iban á desplomarse al pié de los sultanes, y las huestes del Bósforo á desembarcar en las orillas del Tíber, amenazando á Europa entera como ántes de las Navas y despues del Guadalete, con su Koran y su cimitarra. Los fragmentos desprendidos de su resquebrajado Imperio y las perlas caidas de su imperial diadema no le abren los ojos. Como el déspota de las leyendas orientales, no sabe que el espíritu moderno, á guisa de desbocado mar, sube las gradas de su trono y se arremolina ya sobre su cabeza y lo ahoga. En los pocos años que lleva de reinado, ha perdido la Bosnia y la Herzegovina, entregadas al Austria; la Sérvia, el Montenegro y la Rumanía desceñadas y libres hasta de su nominal vasallaje; la Dobrustka de su seno apartada; la Bulgaria reconocida independiente; la Thesalia devuelta casi por completo á Grecia; la frontera del Epiro en su daño rectificada; Chipre cedida por completo á Inglaterra; el Egipto puesto bajo una tutela financiera, y Túnez bajo una tutela política de extrañas gentes; las fortalezas mejores del Asia Menor guarnecidas por los rusos; y áun cree que puede,

buscando entre tantas ruinas, el rescoldo de la antigua fe musulmana, incendiar el mundo.

Abdul-Hamid es sultan y califa. Como sultan se cree el generalísimo de una Confederacion de príncipes; como califa el jefe de una iglesia de creyentes, y piensa en restaurar sobre los pueblos, que desde léjos le siguen y le saludan, una especie de Imperio moral, una especie de Pontificado religioso, una especie de direccion política, cuya virtud logre fundar religiosa y pretoriana confederacion, por la fe inspirada y por el sable sostenida, á fin de vencer el Cristianismo y salvar al Islam. Los poderes decadentes vuelven su vista de contínuo á lo pasado y truecan los recuerdos en esperanzas. El Sultan cree que, si despues de las Navas, donde retrocedieron los almohades venidos del África y sus desiertos á la feraz Andalucía, pudieron aún los turcos apoderarse del Asia; que, si poco ántes de caer Granada y levantarse la cruz en los torreones bermejos de la Alhambra, se levantó la media luna en las rotondas asiáticas de Santa Sofía; hoy, tras tantas derrotas, puede una grande iniciacion imperial rescatar lo perdido y vencer en Asia, en África, en Europa, en Oceanía misma, con la guerra ortodoxa predicada por nuevos profetas, contra todos los pueblos enemigos del Koran. Ese Pontificado con cimitarra, que se llama califato, es el refugio de todas sus ilusio-

nes, el alimento de todos sus ensueños, el faro de todas sus ideas, el alma de toda su fe. Mas, por desconocerlo todo, desconociendo tambien la naturaleza humana, ignora cuantas fuerzas de separacion hay en el seno de las sociedades para crear las escuelas contradictorias en la ciencia, las herejías diversas en la religion, los partidos enemigos en la política, las sectas más numerosas bajo la ortodoxia más intolerante; manteniendo así el principio de variedad y evitando esas unidades absorbentes y despóticas hasta en los pueblos más uniformes y esclavos. Hasta la historia de su religion ignora, y no sabe que si los Omniadas se gloriaron con el título de califas en Damasco y en Córdoba, los Abasidas con el título de califas en Bagdad, debiéronlo á su pura sangre profética que los hacía de la misma familia de Mahoma, y á su noble raza semítica que les daba esa mezcla de autoridad religiosa y militar, consagrada por una tradicion inmortal, y recogida en el mismo sitio donde las aureas estrellas del cielo y las aureas arenas del desierto, impregnadas de ideas religiosas, inspiraron al revelador sublime sus suras, las cuales constituyeron uno de los más formidables Imperios que han visto los siglos y que ha soportado la tierra. Los turcos, mongoles de orígen, bajados de los desiertos de Tartaria, enemigos de muchos pueblos árabes y ortodoxos, sin

ningun parentesco ya con el Profeta, sin ninguna sangre semítica, últimos llegados á la religion de Aláh, no pueden aspirar al califato universal sin que contra ellos se levanten las mismas tradiciones que invocan. Todavía existen tres califatos en el mundo musulman: el marroquí y africano, que se imagina dueño del prestigio de la Córdoba antigua y del cortante alfanje de los Abderramanes; el indio, que juzga representar en las tierras de Oriente la tradicion de los Abasidas; y el bizantino, que Selim recogió, usurpando la tradicion fatimita el dia que destruyera la república de los mamelucos. Pero todos estos califatos han nacido de las revelaciones religiosas, de los profetismos históricos, del desierto ardiente, de las almas preparadas por la sed inextinguible, de sociedades primitivas y crédulas, de conjunciones misteriosas entre ideas várias, de un Bautista que ha predicado en las orillas de misterioso rio, y de un solitario que se ha metido en las cavernas de inexplorado desierto, para bajar luégo, con un cántico en los labios y una estrella en la frente, comunicándose con los ángeles descendidos de los arreboles del ocaso, á llevar á pueblos enteros, por medio de la palabra y del alfanje, á la fe y á la muerte. ¿Quién tiene ya en tierras musulmanas el dón de los milagros?

# EL SEÑOR MORENO NIETO.

Entre todas las utopias ninguna tan falsa como la utopia reaccionaria. Querer un dogma indiscutible y eterno para nuestra naturaleza contingente y progresiva, equivale á derogar las leyes divinas del pensamiento. Heredamos la fe y aprendemos la ciencia. Necesitamos una sociedad formada por nuestro derecho, y un saber aprendido por nuestro criterio. Invencible sentimiento nos arrastra sin remision á considerarnos causa en nuestro mundo, despues de Dios, la primera entre todas las causas. Y cual no queremos una sociedad, en cuya direccion y gobierno nadie nos consulte, no queremos una ciencia, en la cual sólo se nos pida el asentimiento servil de los iniciados ó la obediencia ciega de los creyentes. Todo aquello que nos da vida lleva en sí la muerte, como la tierra los terremotos, como el agua las inundaciones, como el aire los huracanes, como el fuego los incendios. ¿Por qué maravillarnos si la ciencia lleva los errores? Discurrir y no errar, imposible, tan imposible como vivir y no

luchar. No se engañan ni las piedras ni los dioses. Éstos lo ven todo en sí mismos, y aquéllas no ven nada. Por la naturaleza perfecta de los unos, y por lo contingente de las otras, les huye con necesidad el error. Mas nosotros para saber poco, necesitamos errar mucho. Todo período de sumision obediente á una creencia tradicional, resulta un período anticientífico; toda edad de muchos errores, es edad tambien de muchas verdades. No se ha maldecido tanto de ninguna época social como de la época señalada en Grecia con la denominacion de los sofistas. Y los sofistas, al jugar con todas las ideas, refiriéronlas todas al sujeto ; y al referirlas todas al sujeto crearon la escuela socrática, la que dió una razon y una conciencia independientes del Estado al hombre, y trajo con Platon y Aristóteles, sin duda, los dos términos eternos del humano espíritu. Agradezcámosle, pues, al finado que haya instruido en discutir, con su doctrina y con su ejemplo, á una generacion, la cual sólo estaba de suyo acostumbrada, por antiguas tradiciones, ó á negar ó á creer. Y desconfiamos de cuantos han comparado este discurrir contínuo al bizantinismo decadente. Bizantiniza, permitidme el verbo, quien discurra sobre bases declaradas indiscutibles, pues se obliga y constriñe á convertir su pensamiento propio en comentario del ajeno pensamiento. Pero quien extiende sus alas en espacios

sin límites, y rueda por las esferas luminosas entre las ideas increadas, ejerce, más áun que los ángeles, un divino y sacrosanto sacerdocio. El gran Lessingh ha expresado esta idea con claridad no usada, cuando ha dicho : «Si Dios me llamára y me dijera, en esta mano tengo el camino que conduce á la verdad, y en esta otra mano la verdad entera, yo escogeria el camino.» En ciencia no sabemos sino lo que por nosotros mismos pensamos. Nuestro criterio debe recibir la verdad y asimilársela por sus íntimas facultades. De consiguiente, la contradiccion resulta como el ritmo inevitable de la idea. Lo necesario en sociedad, dado este carácter de nuestro contradictorio entendimiento, lo necesario es contradecirse y amarse. Á esta necesidad ocurrió el ilustre finado tanto con su complexion como con su entendimiento. Los mismos que se contradecian durante un debate, llegaban despues del triunfo y el vencimiento, á componer una sociedad fraternal de amigos cariñosos. Obra tan grande no resulta, no, tan fácil, cuando se ha recorrido la Europa culta y se ha observado cómo los católicos aristócratas y rancios de Francia se asilan á una en barrios que componen juderías del reves ; como los protestantes de Inglaterra lanzan del seno de sus Cámaras á los materialistas y á los ateos; como los alemanes y los rusos persiguen á sangre y fuego la raza

y la fe de los judíos; como la Edad Media reina todavía en este siglo de la libertad y de la ciencia.

Hé ahí explicados los méritos y los defectos del señor Moreno Nieto, unos y otros indispensables al desempeño de su ministerio histórico en el desarrollo de la sociedad contemporánea. Primera entre todas sus facultades: la improvisacion asombrosa. Pocos ingenios tan rápidos en concebir y expresar como este privilegiado ingenio. Diríase que la palabra no coincidia con la idea; se le adelantaba en vertiginoso adelanto. Cuando le poseian las tempestades fragorosas del alma, oíase ántes el trueno que se viese el relámpago. Con esta facultad indecible de improvisar iba unida por fuerza una falta irremediable: la carencia de correccion y esmero. Dotado, como todo grande orador, de aptitudes maravillosas para encerrar en bella forma profunda idea, no cultivaba estas aptitudes, anheloso por producir y producir pronto. En vano le pediréis, á quien tal necesidad siente, la concentracion de facultades, la concentracion necesaria para obtener la pureza clásica y las proporciones artísticas en el trabajo colosal de una grande arenga. Su afan por decirlo todo de una vez y pronto, dañaba sin remedio, así al esmero de la expresion como al método del discurso. Y por esta causa no ha sido, como debió ser, un grande y verdadero escritor. Todos los oradores

son por fuerza escritores. Quien hace lo más, una pintura al fresco, que es la oratoria, bien puede hacer lo ménos, una pintura al óleo, que es el escrito. Pero las complexiones oratorias, tan abundantes y ricas, necesitadas del público para su complemento, sostenidas por el combate gigantesco entre la idea y el verbo, alentadas por el ruido de la propia voz y el esfuerzo de la propia accion, abiertas al impulso de las contradicciones é inclinadas á los empeños del combate, amantísimas del triunfo inmediato y de inmediata y solemne atencion, unas con su auditorio, descuidan los trabajos más porfiados del escritor, y desconocen el influjo ménos brillante, aunque más duradero, del escrito. Así, Moreno Nieto no tenía tiempo ni espacio nunca para encerrarse dentro de sí mismo, y trazar en el papel, con sus maravillosos medios de rica expresion, las múltiples ideas de su encendido y gestador cerebro. Necesitaba el auditorio que le siguiese y escuchase, la contradiccion y sus aguijones, la celeridad centelleante de un relampagueo contínuo, las embriagueces de una improvisacion eterna, las ostentaciones de su facultad creadora en el minuto de la creacion misma; por toda pluma la lengua que canta y escribe; por todo papel ese aire cuyas ondas sonoras devuelven siempre al orador, en los empeños del combate y en los esfuerzos del discurso, tantas ideas como re-

ciben y difunden. No existe naturaleza tan meridional como la naturaleza de Moreno Nieto. A cada instante muestra que ha nacido en Extremadura y que ha madurado en Granada. Jamas este andaluz y extremeño hará lo del sabio germánico; encerrarse, á guisa de monje, allá en celda humilde, y de libros atestada, para meditar y reflexionar, dia y noche, sobre las verdades eternas á solas, recogiendo á solas tambien las revelaciones del estudio apartado y secreto en las intimidades profundas de un talento avaro por allegar y guardar ideas. Él estudia en las bibliotecas oficiales y en conversacion perpétua con el amigo lector que tiene al lado; produce sus ideas en controversias, ya públicas ó ya privadas, hablando con el mismo calor y entusiasmo, ya le oigan muchos, ya pocos; crea en el trato con sus discípulos, á quienes considera como hermanos; y cual se comunica sin reserva y sin doblez con todo el mundo, y á todo el mundo contradice, y tambien, prestando y recibiendo ideas, en esta circulacion de la materia científica, piensa y cree lo que cree y piensa todo el mundo. Quitadle su gaban, su sombrero, su baston, su corbata, los adminículos de la prosáica vestimenta moderna; ceñidle cualquier otro más poético traje; y veréis cuán pronto se transfigura, por metamórfosis natural, á nuestra vista, en uno de aquellos profetas semíticos, cual gnós-

ticos ebionitas, que atravesaban los desiertos predicando las doctrinas sugeridas al ánimo por las inspiraciones íntimas, sin curarse de ver la tierra donde caian y mandándolas á los cuatro vientos como la palmera su pólen fecundante, seguros de que las conducirá el soplo y las fecundará la lluvia de Dios donde quiera que caigan. Así eran aquellos platónicos, los cuales departian, por los jardines de Academo, contemplando el sol que se apagaba en las aguas del Pireo, cuando áun relucia en las cumbres del Hibla y en los triángulos del Parthenon; así eran aquellos florentinos del Renacimiento, que recibian la visita de Grecia y resucitaban el alma de Platon, á las orillas del sonoro Arno, á la sombra de los inmortales laureles, entre mirtos que ceñian las efigies de los dioses, contemplando á lo léjos la torre del Giotto con sus mármoles multicolores, la rotonda de Brunelleschi con sus líneas asombrosas, las logias de las plazas con sus coros de estatuas, en la florescencia universal del espíritu y de la Naturaleza.

Su alma, por lo nerviosa, por lo móvil, por lo música, por lo ágil, por lo brillante, por lo voladora é inquieta, parecíase á un ave, que traspasa con su vuelo todas las atmósferas, que refleja en su retina todos los colores, que acompaña con su voz todos los cánticos, que entra con sus alas en

todos los templos, que baña su breve cuerpo en todos los rocíos y en todas las esencias, que así madruga para saludar el alba como la alondra, ó vela para platicar con la luna como el ruiseñor; que así fabrica su nido, á guisa de cigüeña, en los panteones y en las iglesias, ó plañe, ántes de que sucedan, como siniestra corneja, los horrores de la tempestad y los estragos del naufragio. Á un pensador de tal linaje no le pidais fijeza en sus ideas, concrecion en su doctrina, serie en sus razonamientos, sistema en su ciencia, porque le pedís un cambio de complexion intelectual; y en el hombre cambian cada diez años todas las moléculas, y quedan perpétuos, como demostracion de la unidad y de la espiritualidad de su alma, el temperamento de la inteligencia y el carácter de la voluntad. Aparte un sentimiento cristiano proviniente del amor á la familia y de la poesía natural á los ensueños del niño y á las pasiones del jóven; aparte un espiritualismo cartesianista completado por los progresos de las ciencias naturales y por las síntesis de la filosofía germánica; aparte un vago liberalismo, temeroso de caer en las antiguallas doctrinarias y de confundirse con las escuelas democráticas, no se le conocia ninguna doctrina segura, pues anhelante de no quedarse atras, lanzábase al torrente de las ideas, y se dejaba llevar y arrastrar en ellas y con ellas y por ellas, siguiendo á

los empujes del torrente impetuoso, empapados y compenetrado en sus poros, todo el vário y tortuosísimo curso. Nada más extraño que oirle vejar, con tanta elocuencia, con arrebatos proféticos de iluminado, repitiendo las indignadas lucubraciones de los místicos y de los ascetas contra el mundo, la idea dialéctica de la extrema izquierda hegeliana, rio sin riberas, cuya fuente y cuyo desagüe apénas se une al movimiento perpétuo, productor ciego de universal metamórfosis, y luégo arrojarse á sus transformaciones, como aquel romano que se suicidó para huir de la muerte.

Su política, por fuerza debia resultar contradictoria, como aplicacion práctica y corolario positivo de su ciencia. Nacido en época de reaccion, y criado en la cárcel fabricada por el terrible partido doctrinario español, la protesta contra la arbitrariedad sistemática debia imponérsele como un deber categórico, por la conjuncion de su conciencia con su sentimiento. Perteneció, pues, al partido progresista de Granada, y obtuvo, en premio á sus desvelos y trabajos, la confianza de los electores granadinos quienes le mandaron á las Córtes constituyentes de 1854. Ya en las Córtes, la contradiccion eterna entre sus instintos y sus ideas estalló con estallido inevitable. Nada más difícil de compaginar que unos votos con otros; en su carrera parlamentaria nada más difícil de com-

prender que su doble apego á la libertad política y á la intolerancia religiosa. Recuerdo ahora mismo que votó contra el derecho de sanción reconocido por los doctrinarios al monarca ; y votó contra el artículo tímido que proscribia las coacciones á la conciencia inconcebible y la persecucion material á las ideas interiores é íntimas. La soberanía popular y el sufragio universal contáronle tambien por adversario, y decidido: incomprensible enemiga, que cohonestaba, suponiendo estas dos ideas democráticas, tan necesarias á la emancipacion popular, elementos de retroceso y resortes de violencia. Pensando así, debia llegar forzosamente al partido unionista, y sostener, en definitiva, tendencias conservadoras. Pero la incertidumbre le poseia con posesion dominante; y cuando, colocado en la penumbra de dos partidos, iba con una situacion conservadora, siempre aparecia excesivamente liberal; y cuando iba con una situacion liberal, siempre aparecia excesivamente conservador. Faltábale, pues, en política, una idea concreta, y ademas de una idea concreta, una pasion ardiente. Estos dos caractéres explican por qué no ha ocupado las altísimas posiciones asaltadas por otros de ménos aptitudes y méritos. ¡Ah! Moreno Nieto nunca tuvo enemigos.

Infeliz de aquel repúblico que no es muy amado en su vida privada y muy aborrecido en su

vida pública. Todos los hombres de más soberana influencia en su tiempo han suscitado muchos odios entre sus contemporáneos. En la confusion de las peleas materiales no se acierta con facilidad á saber quién ha corrido más peligros, y en la claridad de las competencias políticas ya se sabe quién ha en sus combates arriesgado más, aquel que sea más aborrecido de sus enemigos, señal nunca marrada ni desconocida en los azares de nuestras várias contiendas civiles. El ilustre muerto tenía, unida con el mejor natural imaginable, sobrada neutralidad para ser odiado con furor, y muy pocos odios para ser ascendido á las altas posiciones políticas con entusiasmo. Así no ha llegado á un Ministerio como tantos otros, quienes lo merecian ménos y lo alcanzaron con facilidad. En corroboracion de todos mis asertos, recuerdo ahora una de mis innumerables controversias con él, controversias, por lo demas, tan frecuentes como cordiales. Enemigo de las libertades religiosas el año cincuenta y cuatro, persuadióse de su justicia y de su necesidad el año sesenta y ocho. Á cada paso, con aquella modestia, la cual sólo se trocaba en verdadero ensoberbecimiento cuando le contradecian mucho, iba confesando que las violencias moderadas le convirtieron á las ideas nuestras en materia de cultos. Y todos creiamos, al verlo tan contrito, que un talento como el suyo no aceptaba un

principio como la libertad religiosa sin aceptar su primera aplicacion y consecuencias, el matrimonio civil.

Pero no; rebelóse contra su propia conversion y refutó larga y elocuentemente aquel primer término de la serie de ideas que acababa de aceptar, en brillantísima sesion de unas Córtes revolucionarias. Pues luégo llegaron las Córtes restauradoras, y aquí nuestra controversia fué ya pública y en pleno Congreso. Atacaba yo la base religiosa del Código fundamental de mil ochocientos setenta y seis, por insuficiente, en discurso para mí de mucho trabajo y empeño, á causa de lo agotada que se hallaba la materia y de lo difícil que era ciertamente aquel enemigo auditorio. Mi discurso alcanzó várias traducciones en las lenguas cultas de Europa. Editores de París y Lóndres publicáronlo en folletos aparte, llevando la edicion londonense á su cabeza una carta elocuentísima del actual presidente Mr. Gladstone. Pero áun alcanzó una honra mayor, que lo contestára en la sesion siguiente, y lo contestára con arrebatadora elocuencia, el Sr. Moreno Nieto. Pues bien, aquel orador mismo, que alarmára con sus afirmaciones intolerantes á un Congreso revolucionario, alarmó con sus afirmaciones cuasi democráticas á un Congreso conservador. La incertidumbre no conduce á ninguna parte. En política se toman

todas las grandes posiciones por asalto, entre un fuego muy devastador de injurias y áun calumnias contínuas, y con muchas y muy cruentas heridas en el alma. Nuestro ilustre amigo tomaba la política española como un gimnasio más de su dialéctica, y el Congreso como una inmensa y resonante Academia. No ha perdido cosa por no haber llegado á posiciones altas. Los más favorecidos por la suerte aquí bien pueden repetir la triste sentencia del Emperador Marco Aurelio: «Lo he sido todo y he visto que todo era nada.»

Sea cualesquiera el juicio que formemos de su política, en lo que todos convenimos es en la bondad angélica de su complexion y en la hermosura inmaculada de su inteligencia. Allegó tesoros de saber en trabajos afanosísimos, no para propio recreo y envanecimiento, para ilustracion y enseñanza de los demas. Sencillo á pesar de criado en las dobleces cortesanas; franco cual si nunca lo destetára la Naturaleza para entregarlo á la sociedad; separado y desasido de los bienes del mundo, tras los cuales tantos se afanan y por los cuales tantos se deshonran; virtuoso al extremo de no comprender siquiera el mal, recibió de los cielos ¡ah! la primera entre las cualidades próvidas, una caridad con las faltas ajenas comparable al rigor consigo mismo, diferenciándose de tantos moralistas al uso, crueles con todos, á reserva de

guardarse para ellos los privilegios de acuñar y traspasar, como áurea moneda de austeridad estoica, las obras hechas y las acciones movidas por el más refinado egoismo. Un pueblo de Extremadura fué su cuna. Pocas regiones tan fecundas, sobre todo en este nuestro siglo, que ha visto nacer en ella desde la tierna y melodiosa y sublime cantora, Carolina Coronado, cuya triste ausencia llorarémos á la contínua sus amigos, desamparados de tanto ingenio y tanto corazon, hasta Donoso, Espronceda y Ayala, transfigurados ya los cuatro muertos y ausentes, en los cielos de la inmortalidad. Creció Moreno Nieto al amor de las tierras meridionales, y deparóle su estrella educacion y enseñanza en la ciudad donde se juntan y armonizan la Naturaleza cantada por Garcilaso con el arte de Berruguete y de Borgoña. Conozco en Europa ciudades más hermosas que Toledo, no conozco en verdad otra de arquitectura tan sistemática y enlazada en rica variedad. Desde que la ojiva se desciñe del género bizantino hasta que se levanta en cúpulas cubiertas de grecas y cinceladas por maravillosa manera hácia lo inmenso y eterno en el género florido; desde que las construcciones árabes copian á Syria, llorada en las elegías de Abderraman, hasta que pulen y bordan las alharacas humedecidas por el último lloro de Boabdil; desde que nuestro Renacimiento reluce

cual una joya de Afre, al convertirse los triángulos góticos en romanos arcos ceñidos de grecas plateresca verdaderamente aeriformes por su ligereza y por su gracia hasta que entra en la severísima y desnuda majestad del clásico Herrera; todas las arquitecturas modernas, embellecidas y singularizadas por los esmaltes mudejares, tienen allí el templo más propio para elevar á grandes concepciones el espíritu.

En Toledo concibió Moreno Nieto la idea de consagrarse al estudio y enseñanza de las lenguas semíticas. El taller del Moro y la casa de Mesa; el Cristo de la Luz y Santa María la Blanca le inspiraron la erudicion oriental, que tantos esmaltes dió á su ingenio y tantos reflejos á su estilo. Aquellos dos grandes y sabios maestros de árabe y hebreo, con que la Universidad Central se hà glorificado en este siglo, le querian tanto como le admiraban. Yo recuerdo ahora que nuestro venerado Gayángos me decia, allá por mil ochocientos cincuenta y dos, en el salon de la Facultad de Letras, viendo mi afan de muchacho por oir á los grandes oradores, y al hablarle yo casi todos los dias del pasmo que me causaban mis dos admiraciones y mis dos amistades de entónces y de ahora, Cánovas y Mártos, por cuyas facultades respectivas tenía fervoroso culto, que han aumentado los años: « Ya oirá pronto á Moreno Nieto, y se

quedará estupefacto y atónito.» Moreno Nieto traducia entónces las inscripciones árabes de la Alhambra en compañía de Lafuente Alcántara. No puede dudarse que los estudios de las lenguas semíticas amaestran mucho el entendimiento en la juventud y sirven por extremo al cultivo del habla castellana. Sus alfabetos simbólicos, que áun llevan la sombra del jeroglífico; sus raíces triliterales, en cuya urdimbre tantas palabras nuestras se originan; sus sencillas conjugaciones, tan opuestas á las complicadas de las gramáticas arias; sus modos de decir, los cuales dan á la prosa cierta medida como al verso; toda su analogía y toda su sintáxis, parecidas á las alicatadas mudejares, depuran el gusto y abrillantan el ingenio. Pero nada más contrario al temperamento intelectual de Moreno Nieto que el temperamento intelectual de los escritores semíticos. Descansan los semitas en la fe de sus padres como sacerdotes junto al santuario del Dios inmóvil, y nuestro grande orador se afana é inquieta sin descanso, á guisa de los filósofos griegos, en el estadio y escuela de las investigaciones contínuas; trazan los semitas sus ideas en una sintáxis sencillísima, sintáxis de apotegma, de sentencia, de refran, miéntras nuestro grande orador se pierde y extravía en períodos de construccion, á veces intrincada, hasta degenerar en laberíntica; refieren los semitas las acciones de

la vida y las ideas de la conciencia en sus fervorosas meditaciones al Eterno, y se dejan de curiosidades, inútiles para quien sabe como Dios todo lo puede y todo lo sabe, miéntras nuestro grande orador interroga cielos y tierra, libros y conversaciones, el papiro de la Biblioteca y el artículo de la Revista en su anhelo por saberlo todo y explicarlo todo; hablan los semistas como deben hablar los profetas, en absoluto, dogmatizando siempre, á manera de oráculos, miéntras nuestro grande orador habla con reserva, con distingos, con atenuaciones, con vacilacion, á modo de un eterno estudiante de todas las ciencias, el cual está siempre aprendiendo, y rectificando siempre todo lo aprendido.

Indudablemente Granada sirvió á confortar las inclinaciones de Moreno Nieto hácia la ciencia y el arte. Las grandes ciudades aparecen cual focos de luz espiritual. Se aprende más en un paseo por Florencia que en un año de lectura. Y Granada pertenece al coro de ciudades que unen los mágicos prestigios de la inspiracion á los saludables encantos de la Naturaleza. Yo, pasajero en ella, nunca la he olvidado, ni ante la *piazzeta* de Venecia, ni ante la campiña de Milan ó de Lucerna. Las alamedas umbrías de los Gomeles, que asombran los arroyos desatados en trenzas desde las altas cisternas; las torres bermejas, purpúreas y

aureas, mal envueltas entre los festones de plantas parietarias y bien ceñidas por los escalonados cármenes de oriental belleza; los cenadores del Generalife con sus artesonados de cedros y sus ajimeces de mármol, que los naranjales perfuman de su azahar, los surtidores animan con su rumor y los cipreses poetizan con su sombra; las albercas de cristal, donde se retratan los metálicos azulejos y los estrellados alhamies; las estancias asiáticas, por cuyas estalactitas multicolores vuelan aún las elegías amorosas, sostenidas en los arpegios de los ruiseñores y de la guzla; el volcan extinto de Sierra Elvira, el pebetero inmenso de las vegas, la confluencia música del Darro y el Genil, los venecianos cristales de Sierra Nevada, juntamente con los recuerdos de las guerras épicas y las asonancias del Romancero árabe, y las palabras de Fray Luis y de Mendoza, y los cuadros de Alonso Cano, y los enterramientos de Fernando é Isabel, y los términos de la cruzada católica, y los comienzos de la vírgen América, y el combate de los zegríes, y el duelo de los abencerrajes, y el secreto de las inscripciones históricas orientales en los patios de la Alhambra, y el espectro de las guerras religiosas en los desfiladeros de las Alpujarras; tantas y tales grandezas obligan á respirar con el aire y á beber con el agua grandes pensamientos.

La revolucion del cincuenta y cuatro sorprendió á Moreno Nieto en el estudio y contemplacion de estas inscripciones. Desde allí salió para las Córtes Constituyentes, de las Córtes pasó á la Universidad Central, de la Universidad Central á tantas academias y corporaciones científicas donde ha elevado su palabra y extendido su espíritu. Débil de complexion, pálido de color, delicado de salud, corto de aliento, falto de voz, extraño en sus ademanes, incorrecto en su pronunciacion; los nervios acerados lo auxiliaban por tan maravillosa manera con su electricidad magnética y con su tension constante, que vencia todos los obstáculos y lanzaba en maravillosas improvisaciones, las cuales concluian por aturdiros como una erupcion volcánica, todos los relámpagos, todos los rayos, todas las lavas del volcan de ideas que lleva en su vasta mente nuestro titánico y tormentoso siglo. Interesábale por igual toda la universalidad de las cosas, y decia pensamientos y juicios erróneos unas veces, verdaderos otras, pero propios todos á despertar en los corazones el sentimiento de lo bello, y en las inteligencias los conceptos de lo verdadero y de lo justo. Lo mismo disertaba sobre las celdillas de los gérmenes, objeto de innumerables discusiones en las escuelas fisiológicas, que sobre los puntos matemáticos y los átomos primitivos, objeto de innume-

rables disertaciones en las escuelas metafísicas. Para demostrar lo indemostrable penetraba en las matemáticas y ponia el dedo sobre los axiomas, imposibles de demostrar, que prestan sus raíces á todos los teoremas vigorosos y exactos. El orígen de las especies tanto le absorbia y embargaba como el orígen de las ideas. Seguia por la inmensidad, en vuelo constante, el eterno curso de la idea hegeliana, que lleva en un extremo la vaguedad del sér esencial ó abstracto, y en otro extremo la plenitud del sér diversificado y concreto, al par que observaba la escuela contemporánea, sacando de una vértebra semejante á una línea todos los vertebrados y siguiendo la serie de los organismos, desde el mísero infusorio al humano cerebro. Y á este doctor Fausto no le tentó nunca en su laboratorio alquímico perpétuo ni el placer, ni la ambicion, ni el oro, ninguno de los demonios diseminados por los límites donde la virtud se estrella y el mal comienza.

Pero lo ha extinguido la muerte sin piedad y lo ha entregado al eterno silencio, que no responde á ninguna de nuestras preguntas. Acabamos de ver el cerebro bajo los paños tristes, inmóvil y frio como las piedras sepulcrales, sin voz y sin palabra en los labios, sin conciencia y sin pensamiento en las concavidades, y apénas lo hemos creido, á pesar de presentarlo con destellos de otro mun-

do los cirios funerarios á nuestros ojos arrasados de lágrimas. Pensad y creed; abrid las dos alas del espíritu hasta cubrir con ellas, como el azul de los cielos, toda la inmensidad; pareceos á los ángeles venidos de lo infinito á depositar el verbo creador en los mundos cansados de su larga carrera, y á llevar á los eternos arquetipos la oracion universal difundida como el éter en todos los espacios; anotad los conciertos formados por el espíritu y por la Naturaleza para abrir los oidos á las armonías celestiales y los ojos á la luz increada; elevad lo real hasta convertirlo en sublime idealidad y traed lo ideal hasta convertirlo en realidad; sed poeta, pensador, artista, sacerdote de las inspiraciones divinas, legislador de las almas inmortales, para que luégo cuatro sorbos de cualquier brevaje ó tres onzas de cualquier alimento se os detengan más de lo debido en el estómago y pudran y corrompan lo que no cabia ni en el tiempo ni en la eternidad. Como todo lo improvisaba, el infeliz ha muerto de improviso tambien.

La eterna enemiga del hombre lo atisbaba como la serpiente al pajarillo; lo seguia sin descanso mirándolo hasta fascinarlo muchas veces con sus ojos fosfóricos; lo atormentaba á golpes de dolor y asaltos de enfermedad para recordarle como estaba sujeto á su dominio hasta en los arrebatos del misticismo lírico; lo perdia de vista muchas

veces cuando en sus vuelos se trocaba en algo de ideal, como la oropéndola del campo se confunde con el sol de la mañana y la hoguera del monte con el astro de la tarde; lo dejaba libre en algunos instantes; y cuando más descuidado parecia, lo atisba, lo acecha, lo coge y lo acaba con sólo apretar entre los dedos del esqueleto eterno la más trabajada y más débil de todas sus entrañas. Cuán miserable nuestra humanidad, y cómo el fuego de un alma, prendido al cuerpo á manera que á la luciérnaga el fósforo, se apaga y extingue pronto en el humo de ilusiones mentidas y de frustradas esperanzas.

Pero ¡ah! que sin la muerte no tendria ningun problema explicacion en el Universo. No hay palabra tan elocuente como su silencio, ni amor tan ardoroso como su frialdad, ni luz tan reveladora como sus tinieblas, ni mundos tan poblados como sus copos de nieve, ni ráfagas tan calientes, ni rayos tan vivificadores como sus huracanes de ceniza. Suprimidla, y habeis suprimido el dolor, el heroísmo, el martirio, el arte, el misterio, todo cuanto hay de divino en el Universo. Suprimidla, y habréis suprimido la renovacion de las especies y de las creencias, el perpétuo rejuvenecimiento de la humanidad y del planeta. Suprimidla, y habréis suprimido para vosotros mismos la hora suprema de la reparacion y de la justicia. El espíritu escu-

driñador é impuesto que acaba de irse, habrá satisfecho su eterna curiosidad. Sí, habrá visto que nuestras raíces materiales se pierden aquí en los seres inferiores y áun extintos, llevan cal y carbono como el último de los organismos, en tanto que la obra de nuestro espíritu, el derecho, el arte, la religion, la ciencia, frisan con la eternidad, apareciendo nuestro mundo á manera de inmenso catafalco, cuyos fundamentos están compuestos de granito, y cuya cúspide termina en Dios.

Y el anhelo de su alma por saber, satisfecho ahora, le habrá explicado el enigma de Hamlet y de Job, el enigma de la muerte. Ya tendrá la incógnita de todos los problemas que han atormentado su inteligencia. Ya sabrá por qué la luz se trasmuta en calor, y el calor en electricidad, y la electricidad en magnetismo, y todos estos flúidos en fuerza, y la fuerza en movimiento; sabrá por qué todas las cosas se corresponden como los matices del prisma con los tonos de la escala, y por qué todos los seres se aman como las lunas aman á sus planetas y las tierras frias á su sol espléndido; sabrá por qué las olas crecen como si las moviera un deseo, y las estrellas lucen como si las dorára una idea, y las esferas cantan como si las concertasen para una sinfonía sin fin, y las flores huelen á incienso como si nacieran al pié de invisibles altares, y las aves entonan en sus sonatas

un hosanna inextinguible, y los hombres levantan por todas las alturas templos en cuyos suelos descansan los buenos esperando la resurreccion universal, y por cuyas cimas vuelan las oraciones incesantes en la seguridad de llegar hasta la vision beatífica del Eterno. Y allá, en las cimas del ideal realizado intercederá por nosotros, para que al terminarse los pocos dias de vida que nos restan, muramos tan queridos y llorados como él ha muerto, descansando nuestra cabeza y nuestro corazon á una en la esperanza de que habrémos de ver allá, en el cielo, la verdad absoluta, y de cumplir aquí, en el mundo, una parte no más, pero una parte cognoscible de la eterna justicia.

---

# DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Parece que le estoy viendo todavía; enjuto de carnes, rubicundo de color, cano de pelo, pequeño de estatura, corto de vista, vivo de genio, nervioso de complexion, sencillo de costumbres, afable de trato, en el comienzo de todas sus conversaciones balbuciente, y en el fin animadísimo, escondiendo á las primeras miradas en la intimidad de su sér, con el pudor de delicada sensitiva, sus méritos, cual si fueran faltas, y entregándoles luégo sin deliberacion á la amistad y á la confianza; con el pecho cargado de distinciones, la frente de laureles, el nombre de dignidades académicas; y tan modesto como al presentar sus primeros manuscritos en el teatro; y tan humilde como al tornear sus últimas sillas en la carpintería; candoroso como un niño, sensible como una mujer; y del pensamiento elevadísimo y de la voluntad enérgica que pone Naturaleza en los primeros entre los hombres, elegidos para embellecer los ho-

rizontes del alma y avivar la llama del ideal en la vida.

Nació Hartzenbusch el sexto año de nuestro siglo, entre el fin de la monarquía absoluta y el comienzo de la guerra nacional. Pocas veces nuestro coloroso cielo ha estado tan encendido; nuestra volcánica tierra tan subvertida; nuestros guerreros animosos tan encrespados como en los dias del nacimiento y de la niñez de Hartzenbusch, cuando acababa la sociedad histórica y surgia la tonante y sangrienta alborada del espíritu de nuestro siglo. Aquellos jardines de Aranjuez, á los cuales no dejaban llegar algunas veces, ni en dos leguas á la redonda, los déspotas hastiados, las sombras de sus vasallos opresos; aquellos jardines sostenidos y engalanados para recreo y deleite de los Reyes, vieron morir la monarquía antigua personificada en indigno favorito, entre las esteras de empolvado desvan y al són de las carcajadas despedidas por los petimetres, las majas, los toreros y los chulos que componian la escandalosa córte del imbécil Cárlos IV y su proterva mujer, la infame María Luisa. Año y medio tenía el poeta; en la cuna estaba tendido el 8 de Setiembre de 1808, y las incidencias de esta terrible tragedia le privaron de su próvida madre y lo redujeron á los horrores y tristezas de la orfandad. Entregábase á las faenas de su hogar la pobre mujer, y oyó

uno de esos discordes voceríos compuestos por los mil gritos de una muchedumbre enfurecida. Invencible sentimiento de caridad le advirtió que algo espantoso pasaba por la calle y la arrojó á uno de los balcones de su casa. En efecto, el pueblo arrastraba ensangrentado, espirante, hecho una llaga, el cuerpo de cierto espía de Godoy, de este favorito destronado, más aborrecido entónces que en los tiempos de su fortuna, por haber aconsejado á sus reyes la cesion y venta del pueblo español á Bonaparte. La generosa madre de Hartzenbusch no conocia ni le importaba la gravedad del crímen; lo que conocia y le importaba era la crueldad del castigo. Un semejante suyo padecia y se lanzó á impetrar, á interceder, á exigir que le dejáran la vida. Aseméjanse las muchedumbres en esos momentos de exaltacion á los rios que salen de madre; á los terremotos que sacuden las profundidades del terreno; á las nubes que llueven duros granizos y chispas eléctricas; á los huracanes que desarraigan los árboles; y así, no sólo escucharon sin moverse á compasion los clamores de la pobre madre, sino que estuvieron á punto de castigar su humano interes por aquel hombre, como una complicidad con el delito. Á las miradas airadísimas, á las voces discordantes, á los rostros furiosos, á las amenazas horribles, á la vista de aquel infeliz, herido, desfigurado, deforme,

magullado, escupido, próximo ya á la muerte, y todavía insultado, objeto de aquel furor insaciable, víctima sacrificada por los delitos de otro, la pobre mujer, feliz en su hogar, adorada de su esposo, bendecida por el nacimiento de su hijo, perdió, primero la razon, y luégo la vida. Quedó, pues, Hartzenbusch huérfano de madre y al cuidado de un padre entristecido por la soledad de una viudez inesperada y las estrecheces de una posicion precaria.

Ignoro por qué accidentes de la vida se trasladaria el fundador de la familia desde Colonia á Madrid, y en Madrid se instalaria. Declaro, sí, que su hijo, el poeta, mostraba en las dotes del ingenio la raíz de su estirpe. Si nervioso de complexion, si inquieto de ánimo, si exaltado de pasiones, si ardiente de fantasía por su madre, ¡ah! era por su padre, en verdad, meditabundo, silencioso, amigo del estudio y enemigo de toda improvisacion; en sus sentimientos tan vago y en sus ideas tan general, que revelaba con clara revelacion todo cuanto en él habia de su raza paterna. En efecto, Hartzenbusch es un aleman-español, como Heine un aleman-frances. Muchas veces, leyendo sus cuentos á los niños, he creido sorprender algo del candor de Grimm y del naturalismo de Gesner. Lo cierto es que, en el comercio con nuestra sociedad, tan dispuesta á malgastar el tiempo

por la impresion meridional que nos hace imaginarnos eternos; en el seno de nuestra naturaleza, la cual nos llama fuera del hogar á la vida exterior, á la comunicacion perpétua con el cielo azul y con la luz espléndida y con el aire embalsamado; entre las emociones de una capital como Madrid, donde la política diaria tiene aspecto tan dramático y los debates al aire libre interes tan vivo, Hartzenbusch aparecia, ciertamente, cual una abstraccion, capaz de aislarse en su personalidad, y de departir con su pensamiento, recluyéndose en su biblioteca y contando sus diptongos léjos del mundo y sus combates, á guisa de cualquier erudito de las regiones del Norte.

Sin embargo, la reaccion del veintitres le tuvo, como á todo cuanto habia de ilustre en España, entre sus víctimas, pues á sus golpes la familia de Hartzenbusch perdió sus escasos ahorros; y el renacimiento liberal de mil ochocientos treinta y cuatro le contó entre sus más ardientes partidarios, pues llegó á figurar en las huestes del partido progresista y no recuerdo si en las filas de la Milicia Nacional. Su padre le matriculó en el Colegio de San Isidro, con deliberado propósito de hacerlo sacerdote, ignorando, sin duda, el sacerdocio natural que recibiera de los cielos, el sacerdocio de poeta. Las angustias de su situacion, las estrecheces de su vida, las exigencias de su familia, vol-

vieron á recluirlo en su taller de carpintería y á impulsarlo á su trabajo de oficial. Nunca olvidó aquel tiempo ni aquel oficio. Recuerdo una tarde en que estábamos reunidos para desempeñar cierta comision artística confiada por el Estado, en salon del Escorial, cuyos muebles pertenecian á los últimos dias de Fernando VII, y como yo cogiera un taburete para sentarme cerca de él, díjome: «Trabajé tanto para la córte en mis mocedades, que creo haber torneado los piés del mueble mismo en que ahora va V. á sentarse.» Quien haya tenido desde sus primeros años esmerada educacion literaria no comprenderá cómo escritor tan limado y académico tan sabio pudiera formarse entre las fatigas de un trabajo manual que absorbia toda su existencia y embargaba todas sus fuerzas. Las inclinaciones democráticas de nuestra raza compensaron con creces las tristezas de la infancia de Hartzenbusch, pues el poeta debió una gran parte de la acogida que tuvo entre sus compatriotas y del entusiasmo que despertó en sus obras á la humildad misma de su orígen y á las penalidades de sus trabajos.

¡Cómo robaria el infeliz al sueño su natural tributo para pensar en los proyectos que pasarian por su cerebro; para leer los autores que contribuirian á su cultura; para escribir á hurtadillas, en sus instantes de vagar, algun borrador ó ensayo,

y allegarse así los conocimientos indispensables á las vocaciones de su inteligencia henchida de ideas y á la noble ambicion de gloria que retozaba en su pecho, y que le descubria entre dudas é incertidumbre todo su destino! Este combate perpétuo á que vivia condenado, combate de las facultades superiores de su alma con las exigencias materiales de su trabajo, dióle, desarrollándose en su interior, la virtud para presentar los conflictos dramáticos que demostró luégo en toda su vida literaria. El teatro, que representa la guerra de las almas, nace siempre despues de las grandes crísis guerreras de los pueblos: el griego, tras la lucha con los persas; el español, tras los descubrimientos de América; el frances, tras los disturbios civiles de la Fronda; el inglés, tras la revolucion religiosa; el aleman, tras la guerra por la independencia. Todo autor dramático aparece como un combatiente: Lope ha luchado entre sus vocaciones de militar y sus vocaciones de sacerdote, entre su amor á la literatura erudita y su amor á la literatura popular; Shakespeare, entre sus ensueños de genio y sus penalidades de palafrenero; Molière, entre la grandeza nativa de su alma y la humillacion contínua de su oficio; Schiller, entre sus aspiraciones al idealismo poético y sus fatigas materiales de cirujano y practicante; Hartzenbusch, entre los vuelos de su alma inspirada y la servidumbre

de su oficio penoso: porque todos han de combatir con perseverancia en la vida para expresar los combates con verdad en el teatro, que es intensa y perdurable lucha.

Con tal vocacion, imaginaos las emociones que despertaria en su alma la primer fiesta escénica vista en su vida. Quince años contaba y no habia ido á ningun teatro. La austeridad de su padre le vedaba toda suerte de fiestas y le imponia en sus mocedades las tristezas de la ancianidad y los lutos de la viudez. Pero, con motivo de una ausencia fortuita de aquél, y empleando algunos cuartos recibidos para comprar juguetes, vió el año veintiuno variada funcion dramática. Todo el mundo sabe cómo sintió el Correggio palpitar en las sienes sus inspiraciones de pintor cuando surgió un cuadro de Rafael ante sus ojos. Pues en lo porvenir se contará tambien cómo Hartzenbusch sintió sus vocaciones de poeta dramático viendo un drama. Ópera, comedia, pantomima, baile, sainete hubo en escena, como si la casualidad quisiera reunir todos los géneros con presteza á la consideracion del jóven que debia cultivarlos con gloria. Sus ojos se deslumbraron á la vista del teatro; su atencion se fijó en cada accidente; su cabeza sintió como vértigos al levantarse la cortina y descubrirse las decoraciones; toda la emocion que pretendian producir las incidencias del argumento

agolpábase á su pecho, ahogado por el empeño de retener la respiracion para no desperdiciar ni una palabra; sus oidos no se cansaban de recoger acentos, ni su idea de calcar sobre todo lo presenciado sus planes para lo porvenir; temblaba unas veces como azogado, reia otras como loco, saltaba casi de su asiento á cada sacudida de sus nervios, salia, al eco de los versos y de la música, como de sí mismo; porque aquella ocasion representó el contacto entre el ensueño y la realidad, entre su ingenio ardiente y el objeto único á que debia consagrarlo en lo porvenir para determinar su suerte definitiva y fijar en tierra la rueda de su destino. Hartzenbusch se sintió poeta dramático en aquel supremo instante, y Hartzenbusch fué lo que entónces sintiera, escuchando así la voz sobrenatural de sus vocaciones y siéndole fiel hasta la hora misma de su muerte.

No lo dudeis; el drama de *Los Amantes de Teruel* resuelve el problema entero de su vida. Antes de esta obra pasaba de oficial de carpintero á tornear sillas; de tornear sillas á escribir taquigráficamente; de escribir taquigráficamente á verter dramas franceses al español; de verter dramas franceses al español á urdir arreglos de las comedias antiguas para el teatro moderno; de urdir arreglos en ajenas obras á idear en alguna propia, presentada con recelo y admitida con desden:

despues de *Los Amantes de Teruel* ya teneis al poeta popular, y al dramático aplaudido, y al académico laureado, y al autor de los prólogos para los libros nuevos, y al médico de las consultas literarias, y al oráculo de los jóvenes, y al socio honorífico del Ateneo, y al bibliotecario de Madrid, y al comentarista del *Quijote*, y al colector de la dramática española, y al respetado por todos y de todos querido como una de las más gloriosas personificaciones de nuestro ingenio y como uno de los más ilustres renombres que hayan brillado en los anales de nuestra historia contemporánea.

En efecto, *Los Amantes de Teruel* todo lo merecen: el romanticismo que á la sazon reinaba, presentará este drama como una de sus obras capitales. Europa entera sabe la poética historia de los infelices jóvenes muertos de amor, cuyos cadáveres momificados conserva Teruel hoy en el claustro de la iglesia de San Pedro, juntos en la tumba, ya que un adverso hado separó en vida sus dos corazones, consumidos del mismo sentimiento. El jóven se despide ¡ay! de su amada para granjearse un nombre que ofrecer á su familia y un escudo con que blasonar su matrimonio; y, cautivo en sus correrías por el Asia, menosprecia la mano de hermosa sultana y la cima de poderoso trono por fidelidad á la ausente, mereciendo los resplandores de poesía que lo circundan hoy en

nuestra memoria y las lágrimas de ternura que ha arrancado á todas las almas doloridas por las tristezas infinitas y los desengaños acerbos del amor. Aquella pobre Isabel, nueva hija de Agamenon ó de Jephté, se inmola por el honor de su madre, y se casa, bien contra su voluntad, con quien desamaba, despues de haber creido en la muerte ó en el abandono de su amador, no llegado á la ciudad en el dia que de antemano señaláran á la conclusion de sus antiguos compromisos y á la mutua libertad de sus recíprocas y empeñadas palabras.

El interes de la doble accion se encuentra en los esfuerzos del héroe Marsilla para llegar á Teruel ántes de que termine el plazo fijado á su regreso, al cual se opone con todo género de industrias la enamorada reina mora, y en los incidentes terribles que obligan á Isabel á casarse para salvar el limpio nombre de su noble familia y la fama de su madre. ¡ Oh fatalidad ! El amante llega despues que la Iglesia ha bendecido el matrimonio y ántes de que los novios hayan entrado en la cámara nupcial. ¡ Oh ! Al oir las campanas de la torre, que repican de júbilo; al presenciar los festejos de boda que deslumbran con su esplendor; al cerciorarse, porque la misma Isabel se lo dice, de su desgracia, muere el jóven como herido de un rayo, muere de dolor, y al verlo muerto, muere tambien su amada sobre el cadáver del esposo verdadero á

quien la unieran los mandatos de la naturaleza y de quien la separára la crueldad de los hombres.

La escena en que Marsilla, ceñido á un árbol á que lo maniatára una cuadrilla de bandidos enviada por la sultana á cerrarle el paso é impedirle la llegada, oye la alegre campana que anuncia la victoria de su envidiado rival y los funerales de su propio amor ; el encuentro de los dos amantes, él cubierto de polvo y de sudor y de sangre, y ella vestida de boda, en que el sentimiento de su mutuo cariño los acerca y el sentimiento de su mutuo honor los separa ; la catástrofe súbita de la muerte de ambos, preparada con tanto arte y cumplida con tanta naturalidad, quedarán en lo porvenir entre los mejores fragmentos de nuestro imperecedero teatro. Y con decir esto se ha dicho de una vez todo el respeto que en pueblo como el nuestro ha merecido la vida de Hartzenbusch y todo el duelo que ha causado su muerte.

---

# GARIBALDI.

Cuantos hemos tenido educacion liberal, guardamos, desde los primeros á los últimos dias de nuestra vida, el recuerdo religioso de ciertas fechas y el culto idolátrico á ciertas personas, cualesquiera que sean las alternativas del tiempo y las circunstancias del momento. Habia entrado ya en años el sesenta y ocho, cuando topé con Cabrera en una calle de Lóndres; y me dieron su nombre y su presencia escalafríos tan desagradables, como si no trascurrieran cinco lustros de aquellas tremendas fugas, en que las familias cristinas solian trasportarse al primer pueblo fortificado, en guisa de los vencidos de la clásica antigüedad, con sus haberes más móviles y sus penates más amados, al amago tan sólo de una correría preparada por el implacable guerrillero carlista. Pues, de igual suerte que temiamos y odiábamos á Cabrera, seguiamos con el pensamiento volandero de la infancia y amábamos con los primeros latidos de nuestros niños corazones á Espartero en España y á

Garibaldi en Europa. No puedo, no, desechar de mi memoria el regocijo de Alicante, donde á la sazon cursaba yo mi segunda enseñanza, el dia que un ministerio Pacheco reabrió las puertas de nuestra patria, en el claro de reposo que le diera súbita veleidad liberal de la reaccionaria córte, al héroe de Luchana y de Morella. Muchos campaneos han resonado en mis oidos por acontecimientos políticos desde tal dia, pero ninguno tan jubiloso y alegre como aquel, sólo comparable á los campaneos del Sábado de Resurreccion y del Domingo de Pascua en mi religiosísimo pueblo. De Garibaldi no hablemos. Estudiaba yo el preparatorio de Derecho en la Universidad Central, y me habia ido á pasar las vacaciones por Aragon el verano de sus combates homéricos en Roma y de su retirada increible á Venecia. Viviamos, allá por la provincia de Teruel, entre ágrias montañas, á la márgen de frio y cristalino riachuelo, en villa quemada y destruida por los furores de la guerra civil, entre gente muy liberal; y si cada uno de aquellos sitios, testigos mudos de mis emociones, pudiera hoy hablar, contaria que rasgaba las fajas de los diarios liberales como los aguardados sobres de las más queridas cartas, y me desesperaba y retorcia de pena en cada rota infligida por las tres naciones invasoras á la república, queriendo sin tasa y admirando sin reservas al héroe inmortal, cuyo esfuerzo

escribia una protesta del derecho contra la fuerza y la fatalidad en los campos luctuosos de nuestra vencida y desgraciada Italia. ¡Cuántas veces, despues de haber devorado las relaciones de *El Clamor* ó de *El Pueblo*, volvia los enrojecidos ojos al Este para buscar en los repliegues del azul horizonte la sacra sombra de Roma; é imaginándome á mi sabor el Foro donde áun truena la ira de Bruto, el bosque donde áun humea la sangre de Graco, el Aventino donde áun ruge hoy el primer encrespamiento de la plebe y el Capitolio donde áun vaga la última oracion del monje Arnaldo en las tinieblas del duodécimo siglo por la libertad y por la patria; saludaba con el pensamiento y veia en la imaginacion la figura de Garibaldi, sacando el rayo de las ruinas frias y de las cenizas apagadas como gigante condensacion del vapor que todas las grandezas de aquellos sitios exhalan; pareciéndome superior á sus predecesores, pues á nuestra vista y en nuestro tiempo lográra convertir su personalidad en una idea y sus hechos en misteriosa y fantástica leyenda.

Yo, acostumbrado á leer diariamente sus hazañas, no podia imaginar, cuando Roma y Venecia enmudecieron, la una bajo el poder de los Bonapartes, la otra bajo el poder de los Austrias, que Garibaldi hubiese adormecido su pensamiento y acallado su voluntad, hasta resignarse al ocio y

al olvido, despues de embargar la atencion del mundo con su fe y con su heroismo en tantos trágicos y singulares encuentros. Pero, por más que desde mil ochocientos cuarenta y nueve á mil ochocientos cincuenta y cinco, buscaba su nombre, no podia dar con él, pues jamas se le mentaba en ninguna parte, durante aquel período tristísimo de la reaccion teocrática é imperial, que paralizaba todo movimiento de la democracia europea y detenia su necesaria reaparicion. Como ya, en nuestros corazones, la apoteósis garibaldina estaba hecha, sentiamos en su ausencia inexplicable algo de la triste ausencia de un dios, cual sucede al meditar aquellos poemas clásicos donde bajan de su gloria en una poética nube para participar del dolor de la tierra y del combate de la humanidad, y luégo vuelven de nuevo tras otra nube á ocultarse por mucho tiempo y á vivir en las serenas cimas de su incomunicable inmortalidad. Por noticias contradictorias y múltiples sabía yo, de oidas, que Garibaldi andaba entónces, cual en sus mocedades, tripulando un barco, sobre cuyas tablas leia en los astros del cielo profecías de santas esperanzas, y en las olas del mar experimentaba estremecimientos y latidos de una nueva vida, seguro de volver al combate con los tiranos y sus seides lo mismo que habia vuelto al combate con los mares y sus tormentas. En esto pasaba, y deprisa, Mayo

del cincuenta y cinco. No hacía ocho meses que pronunciára yo mi primer discurso político en el teatro Real, cuando la Redaccion de un periódico republicano, de *La Democracia*, me requeria para que defendiese ante el Jurado de Madrid un artículo, cuyas ideas se exponen á maravilla con sólo leer de corrido su título : «¡ Despierta, Italia !» Muchas veces he visto encresparse al pueblo, exaltado de entusiasmo, en torno de mi tribuna ó de mi cátedra, no ciertamente por la calidad mejor ó peor de mi elocuencia, sino por la exaltacion republicana de mis ideas ; pero jamas como aquella tarde, que nunca se borrará de mi corazon y de mi memoria. Costóme inmenso trabajo evadirme y escaparme á que me lleváran en triunfo por las calles de Madrid. El público llenaba con apiñados grupos los patios de la entónces Audiencia y los espacios de la plazuela de Santa Cruz, y contaba cómo habian logrado muchos de los oyentes alcanzar y distinguir tal discurso, no sólo en el vestíbulo, sino hasta en mitad de la calle. Pues aquella arenga no era más que la expresion de las emociones angustiosas experimentadas seis años ántes á la lectura de los esfuerzos de Garibaldi y la manifestacion de ciega confianza en la resurreccion de un pueblo que tenía tales hijos.

Temeridad de la fe decir esto cuando habiamos visto pasar por Madrid al rey Cárlos Alberto ven-

cido en Novara, para ir á espirar en Portugal; cuando Radestky acababa de reproducir las irrupciones bárbaras en los fructíferos y frondosos campos del Milanesado; cuando los Borbones de Nápoles enviaban, como en ataudes flotantes los Poerios, á quienes creiamos enterrados en vida, y los soltaban, á instancias de los gobiernos civilizados, sobre las inhospitalarias playas del continente africano; cuando el croata, ébrio de sangre, no sólo montaba la guardia en los muelles de Venecia, sino en los palacios de Parma y de Florencia; cuando Meternich remachaba los cuatro clavos del terrible cuadrilátero lombardo-venéto que mantenian la crucifixion de Italia; cuando el Papa se habia hecho gibelino hasta el extremo de negar la independencia italiana, como Pedro á Cristo, y los emperadores de Alemania y Francia se habian hecho güelfos hasta el extremo de hacer el pacto de Carlo-Magno con la Iglesia y sujetar al pueblo romano, siervo y rendido, bajo el peso de sus armas y de sus cetros; cuando llegaban á la puerta de nuestros hogares los desterrados errantes, con las señales del martirio en el rostro, á decirnos, balbucientes de hambre y de penas, cómo ellos, los que habian ensanchado la historia con el Renacimiento, el mar con la brújula, el planeta con Colon, el cielo con Galileo, el arte con su coro de pintores, el espíritu con sus escuelas de sabios y filóso-

fos ; ellos, los dioses de la tierra, no tenian en la tierra ni un hogar ni una patria. Yo creí entónces, y como creí, acerté. Mi discurso fué traducido al italiano y publicado en Turin. Una carta firmada por Mamiani, Mancini, Tomaceo, Manin, Farini, Montanelli, Crispi, decíame que « mis frases habian conmovido y alentado de un extremo á otro toda la península.» Tenía veintidos años entónces y era la primera vez que mi nombre llegaba con aplauso allende los límites de nuestra España, y no puedo negarlo, envanecíame por extremo aquella distincion. Pero no aguardaba lo que treinta dias más tarde iba, sin esperarlo ni presentirlo, á sucederme. Trájome una carta cerrada en sobre turco el correo extranjero ; la abrí, y encontré estas palabras en castellano : « ¡Qué discurso! ¡Qué esperanza y qué aliento para Italia! Ademas de vuestro admirador, será siempre amigo vuestro, Garibaldi.» En efecto, no ha desmentido un minuto esta noble amistad, á pesar de haber llegado hasta su isla y su hogar las calumnias vomitadas contra mí por los que perdieron la República española con sus exageraciones y los que la abandonaron en sus lutos al desden y á la indiferencia. Á mi nombramiento de diputado por Barcelona y por Huesca, me felicitó tambien, y no me causa rubor alguno decir que me lisonjeó tanto su última como su primera felicitacion.

¿Será mucha soberbia de mi parte historiar las dos ocasiones en que vi á Garibaldi, y las várias en que me escribió? No tema quien leyere que vuelva de nuevo á molestarle con actos ó recuerdos íntimos de mi propia vida. Si ántes he osado tal cosa ha sido solamente para explicar cómo Garibaldi estaba en todo, cuando leia desde lejanas tierras hasta el discurso inexperto de un jóven, oscuro y desconocido entónces, porque se referia á la libertad y á su patria. Redactábamos pocos años despues de esto *La Discusion* todos los escritores más decididos por la democracia, y así como experimentamos acerbas amarguras en el combate diario, tambien experimentamos indecibles alegrías en los progresos y triunfos de la libertad europea. Pero no recuerdo período ninguno de tanta satisfaccion como el período de las grandes empresas garibaldinas por el cincuenta y nueve y el sesenta. ¡Cómo trascribiamos y comentábamos aquellos sucesos! Los generales franceses preguntaban si tenía ó no alas de águila, cuando áun las tropas regulares suyas no habian abierto las apretadas filas austriacas, ni resentídolas siquiera, y ya estaba él en Corni y en Varesse, condensándose y desvaneciéndose como las tempestades veraniegas, á guisa de esos guerrilleros españoles, cuyas aparentes derrotas parciales, al fin y al cabo se truecan, por milagro, en una victoria definitiva y total.

Nadie podia explicar cómo iba y volvia por los desfiladeros y las llanuras, cual si las distancias desaparecieran á sus conjuros mágicos y las fuerzas individuales del hombre se acrecentáran y centuplicáran sin medida en él; por qué virtud congregaba un ejército de voluntarios, idos unos al reclamo de la idea, pero muchos otros al impulso del interes ó al amor de las aventuras, y los mantenia disciplinados sin más ordenanza que los mandatos de su voluntad imperiosa y la fulguracion de sus miradas sobrenaturales; qué arte de verdadera hechicería empleaba para sostener y aplicar su táctica de guerrillas en los países donde ha nacido casi la táctica moderna, pues no permite sino grandes operaciones, ó encuentros en línea, la extension de sus llanuras, en las cuales se han dado desde la batalla de Pavía hasta la batalla de Marengo. Era el héroe de siempre, abandonado á la inspiracion del momento, creido de que la fe trasporta las montañas; combatiendo incansable, más como un arcángel bajado del cielo de los milagros, que como un general sujeto á las leyes de la estrategia y á los cálculos de las matemáticas. Era el mismo que desde un lanchon rindiera una escuadra en los rios de la América meridional. Su grandiosa personalidad llevaba consigo ya el sitio de Montevideo, las hazañas del Plata, los encuentros homéricos á la vista de Roma, la retirada inmor-

tal á Venecia, todos los prestigios de la leyenda. Su espada parecia en los combates por la libertad universal como la espada misteriosa de esos ángeles pintados por Rafael en sus cuadros religiosos al frente de los ejércitos cristianos. Así no maravilló á nadie que concibiera la idea de atacar con un puñado de hombres un ejército de sesenta mil combatientes, y un gobierno sustentado en la tradicion y reconocido por Europa. Fiado en la fuerza de su voluntad y en el poder de su idea, arriba á Sicilia y la conquista; atraviesa el estrecho, se presenta desarmado ante los batallones del Rey de Nápoles y los somete; porque todo el mundo le cree, no un militar más ó ménos afortunado, un pensamiento del espíritu moderno que se ha hecho carne en él y ha recibido del Dios de la libertad una espada misteriosa, cual inexplicable cometa, que él esgrime por los oprimidos y contra los opresores, en una guerra sin término y sin fin. Y todos lo vimos sencillo entre las mayores grandezas; corriendo en alas de su genio, donde quiera que se veia el peligro, y recatándose donde quiera que se veia el poder; dictador de una hora, que no acierta por ningun medio á disponer de la material autoridad recogida en sus milagrosas victorias, y que, despues de haber visto el reino más hermoso de la más hermosa entre todas las naciones modernas, á su merced y arbitrio; despues de

haber tenido en sus manos el cetro esplendente de la Italia meridional, ¡ah! lo desdeña todo, y entregando el poder á Víctor Manuel, sin oir las sugestiones de cuantos le incitaban á proclamar allí la república democrática y dividir la unidad nacional; cuando las luminarias de las fiestas no se han extinguido todavía, desamarra su esquife, anclado en el muelle de la Mergelina, y dando sus velas á las brisas del Mediterráneo, corre al humilde seno de recatado islote, y á su trabajo de pescador y de marino en brazos de la Naturaleza. Creedlo, el hombre que acaba de morir tenía mucho del héroe Cincinato en sus gustos, y mucho del monje Arnaldo y del monje Savonarola en sus sacrificios y en sus austeridades. Una voz sobrenatural, y á todas horas oida en los aires, decíale, por medio de vocaciones pertinaces, que aquel antiguo pensamiento de Dante, de Maquiavelo, de Miguel Ángel, expuesto al mundo con todos los prestigios del genio, iba en su tiempo á cumplirse por su esfuerzo, y tenía el solemne acento de un Profeta, la figura de un Mesías, semejante á esos semipenitentes y semiguerreros que la fe religiosa de los pueblos semitas finge allá en las reverberaciones del sol sobre las fecundas arenas del desierto, uniendo á todo esto el sello característico de su raza heleno-latina, la rapidez y la claridad de los conceptos, el sentimiento artístico, la palabra

nítida, la inspiracion pronta, el amor á la libertad y á la Naturaleza, los rasgos característicos de aquellos hombres ilustres nacidos en la Grecia antigua é inmortalizados por las sencillas narraciones de Plutarco.

¿Lo creereis? Acabo de leerlo con mis propios ojos y no puedo, no, dar asenso á lo leido. Un escritor frances, á quien no mentaré ahora, en necrología semejante á ésta que yo escribo á vuela pluma, compara, ¿con quién diréis? á Garibaldi lo compara con César Borgia. Parece mentira. Si yo quisiera hacer una antítesis viva, colocaria estos dos hombres de nuestra raza al uno frente al otro. Por casualidad bien rara, personifica y representa el príncipe todo lo contrario de lo que personifica y representa el héroe. Garibaldi se encuentra, desde su juventud, en su elemento, en el mar; y César Borgia se encuentra en la Iglesia, en el cardenalato. Aquél sólo piensa en ejercitar sus vocaciones de marino para luchar luégo con los tiranos, como ha luchado con las olas; y éste sólo piensa en soltar su capelo de cardenal, porque le embaraza para ceñirse una corona de rey. Á pesar de que ha asesinado al hermano mayor, el Duque de Gandía, y al tercer marido de Lucrecia; el Papa, su padre, le ama cada dia con más exaltado amor y le sirve con más rendida y cautiva y obediente sumision. Conociendo César que lo do-

mina todo, juega con la tiara como con dócil instrumento de sus desapoderadas ambiciones. Lo primero que de Alejandro VI exige es que lo redima de su carácter sagrado, y que le arranque ese capelo con el cual no puede, no, aspirar á los principados civiles y laicos. Buen cardenal, precedido de hombres en armas, rodeado de cortesanos y de prostitutas, con una turba de conspiradores á un lado, y á otro lado otra turba de esbirros y de asesinos, pasando de las guerras á las orgías, de las orgías á los asesinatos, especie de demonio nacido con toda la hermosura física y toda la fealdad moral que debió tener el ángel caido en la hora misma de su rebelion y de su culpa. Un consistorio convino en despojarle de su carácter sagrado. El Papa mismo aseguró que para salvar su alma era necesario desconsagrar y desungir su cuerpo. Desde aquel momento sólo pensó César en dos cosas: en granjearse la voluntad de cualquier rey que le ayudase á reinar, y en hacerse con una mujer cualquiera en cuya dote hubiese mucho cebo y mucho alimento á sus exaltadas ambiciones. En efecto, César Borgia recogió de Francia un ducado, comienzo á mayores empresas y á mayores medros. Llamóse Duque de Valentinois, y como tal prestó homenaje al rey frances. Áun recuerdan las crónicas del tiempo todos los esplendores de aquel espléndido viaje. Agotaron las fábricas los

brocados de oro y las telas de seda. Vendió la curia en cantidades fabulosas todos los beneficios vacantes. Presentóse César el dia de su partida como una aparicion fantástica de caballeresca novela: sobre la espaciosa frente, gorra cubierta de vistosísimas plumas, prendidas todas ellas con broches de rica pedrería; ceñido al cuerpo traje de damasco blanco, relumbrante de pasamanerías y de bordados; á la espalda, la capilla francesa de terciopelo negro; al cuello, deslumbrador collar de fabulosa riqueza; y en torno espléndido cortejo, como jamas lo tuvieron los reyes, compuesto de príncipes eclesiásticos y laicos, caballeros todos en briosas cabalgaduras, que piafaban de orgullo y relucian deslumbradoras con sus arneses de vistosos colores, sus frenos de oro y sus herraduras de plata. Y habia para qué. Este bastardo de oscura mujer romana, este hijo sacrílego de epicúreo Papa, este cardenal dimisionario, este asesino impudente, este ladron con corona ducal, condotiero y jefe de condotieros, sin pudor y sin conciencia, emparentó con la casa Real de Francia, y tuvo por mujer á toda una hermana del Rey de Navarra.

Duque, hijo predilecto del Papa, enlazado con régias familias de Europa, ningun obstáculo se podia oponer ya en el mundo á sus ambiciones, ningun freno á sus apetitos, ningun valladar á los impulsos de su voluntad intensa é imperiosa.

Como se cuenta de Tiberio, la hermosura del cuerpo sólo en él podia compararse á la fealdad del alma, serpiente venenosa de brilladoras escamas, abismo cubierto de aromáticas flores, lago de superficie azul y de traidoras entrañas. Cuantos recorran Roma deben correr á mirar aquel retrato, en el cual todavía está vivo, presentando el tipo perfecto de la raza heleno-arábiga, que puebla las costas de Sagunto, las huertas de Játiva, las vegas de Gandía. Nada más griego que su perfil olímpico, nada más atractivo que sus ojos profundos, nada más pérfidamente engañador que su sonrisa tranquila, nada más vasto que su frente espaciosa, nada más gallardo que su postura caballeresca, nada más elegante que su traje, ni nada más terrible que su alma. Naturaleza puso en él todos los medios de la seduccion, todo lo que puede encantar el sentido, todo lo que materialmente puede arrastrar, encadenar y dominar con esa especie de flúido, al que llama la ciencia moderna magnetismo animal. Todas las delicadezas de la hermosura femenina habíalas puesto Dios en robusto cuerpo de atleta, como si quisiese someterle por la seduccion á todas las mujeres, y por la fuerza y por la energía á todos los hombres. Abríanse sus labios á una elocuencia de franca sinceridad, y replegábase su alma en los dobleces de una astucia increible. Pocos hombres han co-

nocido ménos la virtud ni han acertado más á fingirla. Actor de primer órden, la máscara más espesa se sobreponia con la mayor facilidad á las íntimas ideas y á los interiores movimientos del alma, que tomaba todos los aspectos y todos los disfraces imaginables, de igual guisa que los demonios de las leyendas monásticas. Imposible superarle en lentitud para madurar un plan, ni en rapidez para cumplirlo. Semejábanse sus movimientos á esas caidas súbitas del milano sobre los pajarillos, desplomándose de los abismos cerúleos en la espalda de su presa, para cogerla y llevársela ensangrentada con la rapidez del relámpago, á la vaguedad del aire. La bondad y la crueldad le eran igualmente congénitas, y las ejercia indiferente una y otra, segun las necesitaba.

Nadie más avaro en adquirir ni más pródigo en dar. Todos los caminos le aparecian iguales, con tal que condujesen á su meta. El mismo desprecio tenía por las personas que por las cosas; y como rompia una joya ¡oh! asesinaba á un hombre. Tuvo todas las grandezas: la religion, el arte, la ciencia, el poder, la poesía, la política le iluminaban con sus resplandores, y no supieron hacerlo grande, porque le faltó la única grandeza que granjea la verdadera inmortalidad, la grandeza moral. Los hábiles del mundo, los políticos de la razon de Estado, los adoradores de la victoria y

del éxito, le llaman digno de estudio y de envidia por haber sabido prescindir de la conciencia y haber encadenado la fortuna, miéntras llaman pequeños y misérrimos y despreciables á hombres como Savonarola y como San Francisco, que sólo han sabido amar, padecer y morir. Pero en torno de César Borgia y de su nombre, las furias de la historia, coronadas de serpientes, que silban y que derraman veneno de sus fauces entreabiertas, arrojan toda suerte de maldiciones, que se dilatan de siglo en siglo y extienden el frio del ódio de generacion en generacion, miéntras en torno de San Francisco de Asís, en torno de Savonarola, como en torno de todos cuantos han sabido padecer y amar, los monasterios se levantan, las leyendas se cuajan, los peregrinos se congregan, los artistas se inspiran, los ideales se dilatan y las esperanzas vuelan; porque sus ideas y sus recuerdos son como rayos de luz y de calor espiritual, que todo lo vivifican y engrandecen. Aquel genio brilla, pero como brillan los cometas. Ha conquistado á Sinigaglia; ha rendido á Faenza; ha dominado á Bolonia; ha combatido á Florencia; ha puesto sus plantas sobre la cerviz de Roma; ha enviado sus condotieros á los cuatro puntos del horizonte, como lebreles, para que le cacen castillos, condados, reinos; ha sometido los barones feudales; ha mandado ejércitos; y, sin embargo,

todas estas grandezas pasaron como el humo de sus orgías, como el eco de sus bailes, como las carcajadas de sus placeres, á causa de tener por objeto único el propio engrandecimiento y la propia medra: que solamente resultan grandes y duraderos los servicios prestados á los pueblos ó á la humanidad, y aquél que sólo se cura de su propio engrandecimiento se achica, de seguro, á los ojos de la posteridad y se suicida moralmente en la historia.

Todo lo contrario, precisamente todo lo contrario, Garibaldi.

Sea cualquiera el juicio que mis lectores hayan podido formar del guerrero italiano, á la verdad, no puede ninguno de ellos dudar que ora les parezca una serie de faltas, ora una serie de virtudes, la vida de Garibaldi es siempre una vida extraordinaria. Nacido entre el Mediterráneo y los Alpes, su alma tiene algo de la poesía de aquella hermosa naturaleza. Criado en el mar, acostumbrado á vencer sus olas y sus huracanes, á deslizarse sobre los abismos, á recoger en la vela para marchar el mismo viento que parece venir á combatirlo, cree, como todo marino intrépido, que ninguna fuerza social puede resistirse al que ha vencido los elementos. Los hombres muy dados al mar, toman esa especie de carácter romántico que dan los horizontes inconmensurables, las luminosas estelas, el

hervidero de las blancas espumas, la palpitacion del oleaje, los mundos embrionarios que hay en esos gérmenes de nuevos seres, los movimientos concertados de los astros que parecen hacer con sus moles infinitas combinaciones aritméticas para señalar la ruta de la humilde nave, el estruendo de los huracanes azotando las alteradas aguas, en fin, la realizacion palpable, visible de lo infinito. Para que nada faltase á acrecentar esta especie de carácter legendario, Garibaldi pasó los dias más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus rios que parecen mares; en aquella especie de exaltacion de la vida en infinitos seres que tanto contribuye á exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es ademas italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su patria, como Miguel Ángel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religion para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre que hoy declara muerto el catolicismo y caido el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pío IX, convertido al liberalismo, salvaria á su Italia. Hay que mirarlo para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centellear de la mirada de ave nocturna que tienen los impla-

cables guerreros, sino la dulce resignacion de los mártires; su rubia melena y su no ménos rubia barba, surcada por algunas blancas canas, le rodea de una especie de atmósfera luminosa, como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media á sus místicas figuras. Decid de él cuanto querais; pero no dudeis que por su ingenuidad y por su candor se distingue en el mundo maquiavélico de los diplomáticos y de los anexionistas, ese marino, ese guerrillero que tiene una sola pasion en el corazon, y ese mismo corazon siempre en los labios. Se estrella contra las realidades de la vida moderna; pero si hay quien crea, si hay quien ame, si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre culto al hombre que combatió por la libertad á las orillas del Plata; que vino en alas de su amor patrio á luchar en el sitio de Roma; que emprendió la inmortal retirada á Venecia, digna de compararse á la retirada de los diez mil; que volvió á reaparecer en los desfiladeros de los Alpes cuando Italia peleaba por su independencia; que fué de Caprera á Palermo, y de Palermo á Nápoles ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que, despues de haber levantado con los conjuros de su genio y con el brillo de su espada un trono, se volvió humildemente á su isla; que fué herido por el mismo á quien le habia dado la corona de Italia; que do ve un pueblo en peligro allí

está, inspirado por su ideal, á dar su vida por todos los oprimidos y á pelear contra todos los opresores.

Un hombre así no puede medir los obstáculos de la realidad. Corre el año 1867, y por medio de la convencion de Setiembre se acuerda que no haya un soldado extranjero en Italia. Garibaldi, que ya en otra ocasion se habia encaminado á Roma con sus voluntarios, y habia recibido de manos del ejército regular, empeñado en detenerle, una sangrienta herida, la cual estuvo á punto de causarle la muerte, debia responder á la historia de sus antecedentes y al mandato de su temperamento. Italia se agita mucho y Garibaldi representa como siempre esta agitacion. Las tropas francesas son sustituidas por una legion llamada de Antibes y compuesta en su mayoría de legitimistas franceses. Los italianos dicen que ésta es una intervencion extraña é indirecta y protestan contra ella. Ricasoli cae por sus tendencias á la dictadura ministerial y por su incapacidad en la gestion administrativa. Rattazzi le sucede y trata de impedir con halagos la expedicion á Roma que Garibaldi idea con entusiasmo. El antiguo dictador sale de su isla, toca en tierra firme, remueve los ánimos, subleva las ciudades, se dirige amenazador á Roma. Rattazzi le detiene y por Italia se extiende una sublevacion moral. Tener á Garibaldi preso

es como tener presa á la Italia. La nacion forcejea como en los tiempos más adversos. Garibaldi es conducido á su isla y guardado por una escuadra italiana. Pero Garibaldi pasa en una lanchilla, aborda á un buque norte-americano, monta, se dirige á las costas, desembarca, corre por aquellas campiñas, subleva á los pueblos, reanima á los suyos y los conduce en Monte-Rotondo á una victoria que pareceria legendaria en el tiempo de las leyendas. Jóvenes desnudos, hambrientos, desarmados, despues de marchas fabulosas combaten cuarenta horas en escarpadísimas montañas, desde cuyas cimas fortificadas vomita sobre ellos la artillería con rabia el espanto y la muerte, y concluyen por plantar, subiendo unos sobre los cadáveres de los otros, en las torres casi inexpugnables, la bandera de Italia. El sentimiento nacional crece, llega al delirio. El Rey nombra ministro á Menabrea. Es un antiguo saboyano, honrado por carácter, frio por temperamento, devoto como nadie en Italia de la reaccion clerical y amigo del Gobierno frances. Su nombramiento es un desafío al pueblo italiano. Florencia se conmueve profundamente. Las calles se llenan de gentes que llevan banderas, en cuyos pliegues van escritas estas palabras: *Abajo el Gobierno y á Roma.* Algunos gritos se oyen tambien de *Viva la República.* Víctor Manuel se escapa casi de Florencia y se refugia en

Turin. Pero al llegar oye los mismos gritos, y más acentuados, más amenazadores. En Nápoles, la sublevacion moral es unánime. En Génova la policía tiene que trabajar mucho para impedir al pueblo derribar las estatuas de Víctor Manuel en la plaza pública.

La nacion italiana puede indignarse; pero el Gobierno frances envia sus legiones. Entónces ese mismo ministerio Menabrea, que tanta consideracion ha guardado á los clericales, decide, á su vez, intervenir en los Estados Pontificios y manda á sus tropas que pasen la frontera. La decision es tardía, porque nada evita, ni la marcha de Garibaldi ni la marcha de las tropas francesas. Ademas, miéntras éstas se adelantan hasta entrar en Roma, las tropas italianas parece que se han evaporado, pues nadie sabe dónde se encuentran. La noticia de la decision del Gobierno italiano cae como un rayo sobre la frente del Gobierno frances. *La Patrie*, uno de sus periódicos oficiales, llama á este acto del Gobierno italiano, que le imponian todos sus deberes, una declaracion de guerra á Francia. Aunque el *Constitutionnel* desautoriza esta interpretacion, se ve bien claro que el Gobierno frances se halla decidido á jugar el todo por el todo y á correr hasta el riesgo de una guerra europea. Impulsa la política contra Roma un clerical, Menabrea; toma el mando de un ejército que va á

cumplir una obra revolucionaria un conservador, Cialdini. Garibaldi se fortifica en Monte-Rotondo y no quiere oir al Gobierno italiano, que le pide se someta á su direccion.

¿Qué saldrá de aquí? preguntaba todo el mundo. Es una cuestion pavorosa esta cuestion de Roma, respondia la conciencia pública. El Papa no consentirá nunca en que le arrebaten el poder temporal. Á todo arreglo político ó diplomático responderá vibrando los rayos de la excomunion en sus manos. Italia no puede ya retroceder, tiene que ir hasta Roma. Si vacila Víctor Manuel un punto perderá su corona, arrancada de sus sienes por la Revolucion. Francia no puede retroceder tampoco. El negociar no cabe cuando se hallan los dos Gobiernos con las armas en la mano. Un Congreso europeo es una utopia. Las más grandes potencias de Europa son protestantes, como Prusia é Inglaterra, ó cismáticas, como Rusia, ó enemigas del poder temporal de los Papas, como Italia. Francia tendrá entónces que retroceder ante Europa. Miéntras tanto Bismarck se aprovecha de las tristes complicaciones de la política francesa para intervenir en el Sur con su poderosa influencia y forzar al Wurtemberg y á Baviera á que acepten la unidad económica despues de la unidad militar, hasta que llegue el dia de realizar la unidad política y administrativa.

En medio de todas estas tempestades se destaca la gran figura de Garibaldi. Él no ha medido las dificultades, no ha pensado en los obstáculos; inspirándose en su fe maravillosa y en su amor á la patria, se ha lanzado sin armas en medio de la revolucion. El antiguo dictador vuelve á la isla de Caprera, no en aquella sencilla nave en que cruzaba el golfo de Nápoles cuando arrojó á los piés de Víctor Manuel la corona de Italia, que no habian podido forjar quince siglos de guerras y de revoluciones, sino prisionero de ese mismo rey en oficial nave del Estado. Los chassepots franceses habian hecho milagros, segun decia el general que los mandaba, cazando como tímidas avecillas á los voluntarios diseminados en los campos de Roma.

Pues, á pesar de haberle vencido los franceses, corre Garibaldi á Francia en cuanto su libertad peligra. Este nombre, que ha sido un talisman para los pueblos libres, reaparece así que la República sufre uno de sus mayores infortunios, amigo leal de la desgracia. Las victorias del pueblo, sus alegrías, acaso no verán á Garibaldi, pero lo verán siempre los dias nefastos, pronto al sacrificio. Puede llamársele el soldado de la humanidad. Su númen es el derecho, su pasion la justicia, su ejército el pueblo, su alma la idea. El campo de batalla donde ha peleado está lleno con

los despojos de la tiranía, que, á su paso por la tierra se han estremecido y se han derrumbado los tronos y los cadalsos.

Viejo, enfermo, herido todavía por la bala del rey ingrato que le debiera una corona, asaltado por las enfermedades anejas á sus largas campañas, á sus gloriosas peregrinaciones, consagra á la democracia la última centella de su vida, lo que resta de sus heroicas fuerzas, consumidas en defensa de los oprimidos, en el titánico combate con los opresores del mundo.

Los pueblos que tienen el instinto de todo lo grande, lo buscan y lo aclaman como la personificacion de sus aspiraciones y de sus ideas. Sus piés flaqueaban ya entónces; pero su cabeza conserva aquella serenidad escultórica en la cual brilla la inspiracion de Italia. Aquella espaciosa frente, aquellos rubios cabellos, aquel esférico cerebro que indica su inagotable benevolencia, la azul profundidad de sus ojos de marino, la sonrisa candorosa de sus labios, la alteza de sentimientos que revela su faz, por la cual no ha pasado la sombra de un remordimiento, su palabra sencilla, breve, poética, le dan en el juicio de los pueblos el carácter y el sello de los redentores y de los profetas.

Hasta su traje ha pasado á ser legendario. Cuando los pueblos de Sicilia veian su camisa roja, su manto gris, su sombrero tiroles, creian ver la

imágen de la victoria. Más que la pólvora, más que el plomo, llevaba la explosion de las grandes ideas de nuestro siglo. Con ellas ha recorrido la tierra vencedor, dejando tras sí fundidas las cadenas, resucitados los pueblos, abiertos los horizontes del progreso, sin acordarse jamas de su propia persona, fijos sus ojos en la luz inmortal de la conciencia humana.

En el desastre general de la guerra franco-prusiana solamente él en Dijon obtuvo una victoria. Y en medio de los horrores de la guerra conservaba aquel indómito leon la ternura de una hermana de la Caridad. ¡ Cómo contaba que habian machacado á culatazos los cráneos de los franceses rendidos é inermes, prisioneros de guerra, sagrados por el derecho de gentes! ¡ cómo se dolia de que los cirujanos destinados á curar los heridos de uno y otro bando hubieran sido asesinados! ¡ con qué horror delataba que sus cabezas y sus corazones sirvieron de blanco á las balas prusianas! Un capitan de franco-tiradores que, herido, quedára en el castillo de Poully, fué cogido, atado de piés y manos, puesto en el tormento, herido de nuevo con toda suerte de brutales agresiones y luégo quemado vivo. En estas horribles carnicerías de la guerra, más bárbara cuanto más progresiva es la sociedad donde se despliega, cayó muerto un hombre heroico, el general polaco Bosak, amigo de

Garibaldi. Delante de mí, en Tours, pidió Garibaldi el nombramiento de jefe de brigada para este ilustre mártir de la libertad. Yo le conocí en Ginebra.

Era un jóven de treinta y ocho años, alto, elegante, nervioso, de barba rubia y ojos azules, en los que se notaba una honda tristeza, como si la luz del dia no entrára en ellos sino á traves del duelo por la patria muerta, duelo que ponia en su retina nubes invisibles de lágrimas eternas. Recuerdo una reunion donde pronunció algunas palabras por su infeliz patria. No era aquello un discurso, era un sollozo. Sus manos se crispaban como si los dolores de todas las generaciones polacas las sacudiesen. Sus ojos relampagueaban. Las palabras salian del pecho entrecortadas por suspiros profundos, amarguísimos, que parecian el lloro de todo un pueblo. Tendió los brazos al aire, habló en frases cortadas, expresó un dolor vivísimo, algo semejante á los trenos de Jeremías, á las lamentaciones de los profetas bíblicos en las orillas del Eufrates. Yo en el sollozo de aquel héroe vi pasar, como en espesa nube de lágrimas, el alma de Polonia herida, desgarrada, produciendo y devorando generaciones de cuerpos esclavos y de almas muertas. Pues bien; aquel jóven fué á pelear y á morir por una gran nacion, que defendia la independencia del hogar y

la independencia de la patria, perdidas para Polonia. Su fe, su exaltacion, le llevaron hasta el sacrificio.

Empeñado en atrevidos reconocimientos, intentó detener á numeroso ejército con unos cuantos hombres. ¡Valor inútil! Cayó atravesado por las balas prusianas consagrando hasta el último aliento de su vida á la libertad y á las nacionalidades. Leonidas le llama Garibaldi. Más sublime que Leonidas le llamo yo. En los desfiladeros de las Termópilas se sacrificó Leonidas por la independencia de su propia patria; y en los campos de Borgoña, Bosak por ajena patria. Su alma se ha desprendido de todo carácter terreno, y ha pasado á ser, en virtud de tan heroico sacrificio, como un matiz del alma luminosa de la humanidad entera. Su sacrificio no ha sido infecundo; la batalla de Dijon es uno de los pocos triunfos que registra la nobilísima causa de la justicia y del derecho. Ahí teneis los compañeros de Garibaldi, tan calumniados por la reaccion europea.

Acaba de morir para la Naturaleza y no morirá nunca para la humanidad y para la historia. En los últimos tiempos ya estaba completamente paralizado y apénas vivia. El descuido sistemático de su salud y de su cuerpo, la porfía perpétua con los tiranos, la guerra en los dos mundos, la lucha con los vientos y las olas, las heridas de Mentana

trajéronle reumas, gota y otras enfermedades análogas, las cuales han postrado su cuerpo en tales términos que no podia, no, valerse hace ya tiempo de sus músculos y de sus miembros, aquejado como estaba en una irremediable parálisis. Su viaje último á Sicilia, emancipada por su poderoso esfuerzo, parecia como el entierro de aquellos generales y emperadores antiguos, á quienes llevaban, reproducidos en parecida estatua de cera sobre una cama mortuoria desde el lugar de su muerte á la pira, donde se disipaba en humo su cadáver.

Apénas conocida la noticia de su trance último ha mostrado Europa entera intensísimo dolor. Las Cámaras italianas han suspendido por ocho dias sus sesiones. Y coros de alabanza han resonado en las dos orillas del Plata, donde su nombre inmortal y su rostro legendario, consagrados por una grande apoteósis sin término, representan recuerdos tan heroicos y epopeyas tan sublimes que parecerán como la poesía de los genios y no como la realidad de los anales á las venideras generaciones.

Las entrevistas con héroes de tan excepcional condicion jamas suelen olvidarse, aunque muchos años y muchos hechos hayan pasado sobre su recuerdo. En mi primer viaje á Italia no dí con Garibaldi, encerrado él en su islote, donde se apercibia con tiempo á nuevas hazañas; deseoso yo de visi-

tar los monumentos, cuyas sombras evocára mil veces en mis estudios literarios. Pero nefasta ocasion me deparó la fausta de verle y tratarle personalmente, por la ley misteriosa de las compensaciones. Acababa de llegar muy tarde yo cierta noche de Octubre del setenta, inolvidable año, á Tours, donde residia una fraccion del Gobierno provisional de la República francesa proclamada en la tarde histórica del cuatro de Setiembre. Al amanecer, con mi costumbre de madrugar, el dia siguiente, ya estaba en la calle, cuando percibo ruidoso estruendo de aclamaciones y veo gentes desaladas que corrian hácia el sitio donde se alza la estacion. Era Garibaldi que, sin prévio anuncio y aviso, habíase partido, como dije ántes, de Caprera á Marsella, y de Marsella á Tours. Poco despues, dos horas más tarde, Gambetta, recien caido de su globo, toma el primer tren disponible y arriba con apresuramiento á la capitalidad del Gobierno escapado al sitio y asedio de París. Mi venerable y venerado amigo D. José María Orense, á quien quise y respeté como á un padre, habia ideado, en su entusiasmo por la República, organizar una legion española y ofrecerla en su trance al pueblo frances.

Como no perdonaba sacrificio alguno, ni mentia jamas afecto que no sintiera hondamente aquel gran patriota en su ardiente y exaltado cora-

zon, el primer nombre inscrito por su mano en la lista de los voluntarios fué sin vacilacion y sin reserva el nombre de su hijo. Necesitaba ver al Gobierno y yo podia facilitarle con prontitud esta entrevista, por mi antigua y constante amistad con Gambetta, Spuller y Laurier, los cuales constituian la representacion del Gobierno parisiense, revestida de facultades extraordinarias, que debia unirse á Cremieux, Glais-Bizon y Chaudordy, los cuales salieran de la ciudad sitiada mucho ántes de formalizarse aquel sitio.

Nos encaminamos, pues, á la Prefectura, gran palacio, como casi todas las prefecturas francesas, con jardin ameno, aunque triste, y con ámplias salas, desde cuyos miradores se descubren los rientes montecillos situados á las márgenes derechas del caudaloso Loira. La primer persona que hallamos al paso fué Cremieux, ministro de Gracia y Justicia, gran orador, jurisconsulto eximio, antiguo abogado del rey José, discípulo en declamacion de Talma, con quien estudiára los comienzos de su carrera oratoria, maestro de la Raquel, cuya maestría le consultaba en los más peligrosos ensayos, varon de tan claro ingenio parisiense, que se habia sobrepuesto en él, judío de religion y de sangre, la gracia elegante á la solemnidad uniforme de su sacerdotal estirpe semítica. Recibiónos con sincero entusiasmo, y llamó con voces repeti-

das al fiel Acates de Gambetta, el honradísimo é inteligente Spuller, á la sazon de linfático en nervioso trastrocado por las balas de los tiradores tudescos asestadas al globo aerostático y por el mareo sentido en las altas capas de la atmósfera, parecidas en esto, á pesar de su silencio y su reposo, al oleaje inquieto de la mar alterada. Vimos en seguida, como era natural, á Gambeta, y apénas acabábamos de abrazarle, oyóse abajo, en torno del palacio, una confusa gritería demandando la salida *in continenti* al balcon de los ilustres huéspedes. Á tal demanda no habia resistencia posible y se llamó á Garibaldi.

En efecto, apareció á la puerta del salon, apoyado en una muletilla, pues el tiro dado al pié le hacía cojear un poco. No recuerdo figura humana que tanto se acercára en el mundo al concepto que tenemos de una figura divina. Parecióme un Cristo de Juanes, circuido por su atmósfera etérea. Las facciones presentaban el dibujo escultórico de las facciones del Mediodía; y la color el blanco y sonrosado de las encarnaduras del Norte. Caíale sobre la espalda el cabello como un torrente de luz, y en las retinas claras se reflejaba, como en lago serenísimo, un cielo de armonía y de paz. Más que á un guerrero se asemejaba por completo á un redentor, ó cuando ménos, á un profeta. La muchedumbre quedó complacida; Gambetta habló, Garibaldi ha-

bló, Orense habló, y yo hablé tambien el último, recogiendo todos muchos aplausos con aquella retórica, de la cual se burlaba luégo el maligno Thiers, llamándola retórica de balcon. Mas no puede, no, dudarse que Garibaldi ejercia influjo sobrenatural con su virtud magnética sobre la voluntad y el corazon de los pueblos.

El Gobierno frances no mostraba mucho deseo ciertamente, ni de aprovechar la espada itálica ni de tener la legion española. Garibaldi se impacientaba de un modo horrible, y me escogia en su exaltacion á mí para confidente de sus impaciencias. No habia nadie allí que pudiese como yo atravesar los salones á su antojo y ver á los ministros á su arbitrio por conocer á la gente de escalera abajo mucho, á causa de haberles visto á todos en el café de Madrid y en la calle de Bonaparte meses seguidos y áun años, durante mi larga emigracion. Por tal motivo iba yo del salon de Gambetta frecuentemente al gabinete de Garibaldi, que tambien habitaba la prefectura, para ver de concertarlos en sus continuos disentimientos, receloso el uno de que la presencia del terrible inmortal ofendiera por ciertos recuerdos á una parte del ejército frances y suscitára en Europa dificultades, el otro anhelante por emplear sus fuerzas, aunque debilitadas, sostenidas por su carácter animoso, en holocausto á la República. Al fin la legion es-

pañola no se organizó, yendo Antonio Orense, por mandato de su ilustre padre, á la guerra enteramente solo; y Garibaldi recogió el mando que le designaron, pero con tal regocijo, que le creeriais, al verlo partirse tan alegre, llamado á una fiesta y no al combate y á la muerte.

Durante los dias de incertidumbre y perplejidad del Gobierno frances, Garibaldi enflaquecia y desmayaba como cualquier angélica niña privada de ver á su amante, y así que le dieron la órden de ir á la guerra, sacudió su melena como un leon su guedeja, se esperezó como un tigre, relampagueó el furor bélico de sus ojos profundos, creció como crecen los héroes en las ocasiones tremendas; revelándonos aquella índole de marino y de guerrero, aquella vocacion para el combate, á la cual parecia indisolublemente unida la victoria.

Cinco años más tarde le vi en Roma acompañado de varios españoles, entre los cuales mentaré al gran pintor Casado, cerca de la Puerta Pía en una quinta, desde cuyo retiro enviaba gigantescos planes al Gobierno italiano y á los Cuerpos Colegisladores, para el saneamiento de la campiña romana. Postrado ya por sus enfermedades, no habia podido acudir al gran banquete que me diera el partido liberal, y envió como representante suyo á Menotti, quien me señaló el dia y la hora de ver á su padre. Hallábase tendido en un sillon-cama,

y al frente de una gran mesa cubierta toda ella de libros, mapas y apuntes. Á pocas personas he oido hablar el español con tanta gracia como lo hablaba Garibaldi, cuyo acento, entre nicense y americano, tenía un dejo semicatalan y semiandaluz, muy extraño, y por su extrañeza y variedad muy agradable. Comenzó por preguntarme noticias de la política española, que no podian ser muy gratas, reciente como estaba el triste fin de la República y el tristísimo advenimiento de la Restauracion.

Calificó, lo recuerdo bien, muy duramente las resistencias puestas por el escrúpulo de los sectarios al restablecimiento de la pena capital en las ordenanzas del ejército y deploró la votacion del tres de Enero, si bien añadiéndome que yo debia olvidarla, siempre que olvidára el antiguo partido federal sus exageraciones doctrinales; cosa que califiqué de imposible. Y despues entró á explicar sus planes relativos á la campiña romana, con tal copia de datos estadísticos y de refranes nuestros, todos traidos á pelo, que estábamos como embobados oyéndole. Me recordó al gran Lesseps cuando explica su historia del Istmo de Suez ó sus proyectos del Istmo de Panamá, á ese Lesseps, hijo de Barcelona y de Marsella, como Garibaldi es hijo de los Alpes marítimos, milagro uno y otro de la Naturaleza, lustre y ornamento uno y otro del

Mediterráneo. En tiempo de Cincinato la campiña romana excedia en saludable y fructífera seguramente á todas las campiñas de Italia. Mas vinieron las conquistas; con las conquistas, el crecimiento de la nobleza y el decrecimiento de la plebe; con esta calamidad, la trasformacion de las tierras de labor en tierras de pasto; con esta trasformacion, descuido del riego y del arado tan fecundantes; y tras todo esto, perdicion de las acequias, aguas estancadas, soledad, abandono, miasmas palúdicas, fiebres pontinas, el envenenamiento de una gran ciudad.

Creia, pues, necesario desviar el Tíber, abrir canales, rehacer la agricultura, roturar las tierras para viñedos y sembrados, rodear á Roma del aire purísimo que necesita la eterna capital del mundo. Y en estas disertaciones se consumió una tarde que no la olvidaré jamas, porque al irme y verlo tan demacrado, presentí la puesta de ese sol inmortal, á cuya lumbre se han avivado y han crecido cien pueblos.

# L Dr. D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO

Y SU HISTORIA DE LOS HETERODOXOS.

Procuremos, ántes de volver al estudio de los problemas sociales, una diversion de nuestro ánimo, embargado en la realidad de la política corriente, hácia los ideales de las artes y de las ciencias, tal como brillan por fortuna en nuestra patria y en nuestro tiempo. Hallábame yo, cierto dia, en reunion amistosa con varios ilustres ingenios de Francia, cuando inesperada salida trajo á cuento un vulgar fenómeno de allí, por mis largas observaciones tambien notado de frecuente y diario entre nosotros, á saber: lo poco y lo superficialmente que suelen leerse á una entre sí los sabios y literatos franceses. Aquella ocasion me industrió en cuán dañoso es tal hábito, más de reprobar y punir en quien, por falta de tiempo y otros auxilios, como yo, no logrará jamas de aficionado pasar á maestro, y díme á seguir con atencion el triple movimiento de las artes, las ciencias y las letras españolas de hoy, en cuanto me lo permiten la inconcebible actividad del espí-

ritu moderno y la escasez irremediable de mis pobres fuerzas. No podia, pues, cumpliendo con lo impuesto por mi conciencia y aceptado por mi voluntad, exentarme de leer los dos gruesos volúmener sobre materia tan vasta é interesante como la heterodoxia española, publicados por escritor tan ilustre y célebre como mi jóven compañero de Universidad y Academia Sr. Menendez Pelayo. Aparte los méritos del autor, aquilatados por la sana crítica y reconocidos por el sentir comun, requeria yo de aquellas páginas lo más necesario á las inteligencias convencidas, como la mia, la contradiccion que acera el temperamento intelectual, como acera el gimnasio la fuerza material, produciendo ideas semejantes á las chispas que producen el pedernal y el acero en contacto, y la nube y la tierra magnetizadas por dos electricidades contrarias. Nada tan opuesto como el sistema filosófico mio y el sistema de mi contradictor, los cuales distan cuanto dista un sentido racional y humano de un sentido sectario y eclesiástico. Dentro de la Iglesia misma y sus símbolos propende, ora por su naturaleza, ora por su educacion, Menendez Pelayo al más ciego ultramontanismo. Muy aferrado á mis doctrinas soy; pero nacido en la intolerancia de otros tiempos, resolvíme desde mi mocedad á recabar la tolerancia, y comencé por cumplir la doctrina que debia sostener y realizar, siendo tolerante con to-

dos los principios, cuyo derecho á la espontánea y ámplia expresion tengo por el principal de todos, en las jerarquías ó en las divisiones de las humanas libertades. La experiencia, que tantas convicciones rectifica, y el gobierno, que de tantos errores aparta, sólo han servido en mí á fortalecer las instintivas inclinaciones y la misteriosa intuicion de mis primeros años. Inhumanas me parecieron las leyes de Mayo concebidas por un estadista del poder y mérito de Bismarck, aunque dadas contra los mismos que subyugáran mi conciencia en sus hierros; inhumana la expulsion de las órdenes monásticas en Francia, siquier se cohonestase con una defensa innecesaria de la libertad y de la República; inhumano el movimiento antisemítico de ódio exterminador á una raza gloriosa que ha traido al acervo de las ideas el concepto fundamental de Dios; inhumana la brutal excepcion opuesta en el Parlamento británico á un materialista sincero; inhumanos todos los ataques al principio de los principios, á la libérrima expresion del pensamiento y la santa inviolabilidad del espíritu. Un nuevo alegato á favor de la intolerancia merece un grito de reprobacion y de anatema.

Si yo cogiera en las manos libro del valor excepcional de semejante libro, y le regateára una refutacion, demostraria, no á los ojos de los demas, á los ojos de mi propia conciencia, cómo

perdiera el sentimiento de otros tiempos y olvidára la fe de toda mi vida. Creo que las ideas viven cuanto el género humano las necesita, y que la contradiccion acompaña siempre á la idea. Sin tonos graves y agudos no habria música; sin colores y sombras no habria pintura; sin tésis y antítesis no habria síntesis. Somos unos ángeles del cielo atados á un planeta del abismo por la cadena de las contrariedades eternas.

Tengamos la seguridad completa de que si el señor Menendez Pelayo no representára la escolástica secular, la intolerancia religiosa, el absolutismo histórico, la ortodoxia neta, como subsisten todos estos recuerdos en nuestra edad y con nuestros progresos coexisten allá en las almas aquejadas del amor á la muerte, representaria otro ingenio, quizás ménos honrado, todo ese hemisferio de los espacios parecidos á sudarios y de los astros extinctos. El libro atesora una inmensa erudicion. Sus noticias no tienen número ni precio. Las clasificaciones se hallan hechas con gran conocimiento de la materia y distribuidas con verdadero sentido. El saber que revelan, honra ya, de seguro, no á un mozo en sus floridos años, á una sociedad de benedictinos que se trasmitiera en largos períodos de tiempo el vínculo secular de la ciencia. En tan prolijo exámen algunos descuidos y algunos vacíos se notan, pero que ponen como

de relieve los indudables méritos de saber y competencia sobresalientes en toda la obra. Pero ¡ay! que la obra tiene los defectos irremediables de su escuela. Todo en ella está muerto, el espíritu y el estilo. Aquél tiene la rigidez cadavérica de cuantas sectas pugnan con el espíritu progresivo de los tiempos modernos, y éste una frialdad marmórea como las losas de los grandes sepulcros. Diriais que todo él está escrito con zumo de plantas funerarias y pensado entre sombras eternas.

¿Cómo así comprender y explicar época de tanta vida y de tanta luz cual esa creadora época de la Reforma? Luciano, juzgando los mártires del cristianismo que abren con sus sacrificios los surcos y riegan con su sangre los gérmenes de una sociedad nueva; los iconoclastas de la Edad Media, viendo en sus furores las armoniosas estatuas helenas, que juntan la serenidad del pensamiento con la perfeccion del dibujo; un patriarca griego decidiendo de la Iglesia latina, ó un pontífice latino de la Iglesia griega; el hugonote Michelet al encontrarse con la España del siglo décimosexto, y el emigrado frances al ver la obra de la revolucion democrática: tal me parece á mí el ortodoxo español, tratando asunto en cuyos senos penetra, no como un magistrado que juzga, como un combatiente que pelea. Con decir que se desvive por demostrar la tolerancia de la Inquisicion y por

disminuir la necesidad de la Reforma, está dicho todo. Con mostrar que, al discurrir sobre los reformadores nuestros, sólo ve ingenios vulgares, pensamientos mezquinos, lenguaje ramplon, para caer luégo en la cuenta de que Valdez ha publicado las más bellas páginas de nuestra prosa, y Serret ha traido el más glorioso invento de nuestra ciencia, mostrado está cómo el vapor de la pasion hirviente oscurecerá la serenidad del juicio histórico. Un ortodoxo tan extremo, juzgando de una heterodoxia tan radical como la de nuestros grandes pensadores del siglo décimosexto, es un ciego que juzga de los colores, ó un sordo de los sonidos, ó un clásico de Shakespeare, ó un romántico de Racine, ó un positivista de cualquier catedral, ó un español chapado á la antigua de cualquier aljama musulmana. Para persignarse, exorcisar á sus enemigos, no tiene tiempo el Sr. Menendez Pelayo, extático ante las cruzadas exterminadoras de los herejes de África, y ante las hogueras de la Plaza Mayor en Madrid.

El empeño deliberado en disminuir la importancia de la Reforma, préstale una ligereza de juicio comparable sólo con la ligereza de los enciclopedistas al empeñarse, deliberadamente tambien, tratando de la Edad Media, en menguar la importancia del Pontificado. Como inútilmente le mostrariais á un volteriano, para mostrarle toda

la grandeza del Pontífice, los bárbaros domados, la ciencia salvada, las órdenes monásticas establecidas, las raíces del derecho moderno enlazadas con el derecho canónico, las Universidades hechas, los municipios nacidos bajo la enseña de los cruzados, las ciudades italianas ligadas y abriendo con sus naves el comercio y despertando con sus pinceles el arte, inútilmente le mostraréis á un Menendez Pelayo la colosal Inglaterra, la puritana América, Suiza con sus libertades, Holanda en sus trabajos, Alemania en su ciencia, el Parlamento reconstruido, el espíritu emancipado, el yugo de la Inquisicion roto, la iniciacion misteriosa del período creador de las revoluciones modernas comenzada, los peregrinos conduciendo su Dios al templo vivo de la Naturaleza vírgen: todos los fundadores de tantas grandezas, por nopensar como él, sólo merecen el califica tivo de míseros estrafalarios. En su ódio á esta fase del espíritu moderno, cierra los ojos sobre los peligros que tuvo para la Iglesia y para sus dogmas la excesiva idolatría pagana del Renacimiento.

No conoce que si los reformadores trataron de oponer á la Iglesia tradicional una religion fundada en la categoría de lo bueno, los artistas á su vez trataron de oponerle una religion fundada en la categoría de lo bello. No advierte las analogías

entre aquellos poetas que trataban de fundar la religion del derecho en la Roma pagana é imperial, cuando Cristo y sus discípulos fundaban la religion del espiritu, y estos platónicos de Florencia y helenizantes de Venecia y humanistas de Roma, los cuales oponian, lo mismo á la religion de Martin Lutero que á la religion de San Ignacio, una serie de dogmas derivados ántes de Alejandría ó Aténas que de Jerusalen y del Calvario. En este combate á muerte entre la religion tradicional y la religion nueva, no puede, no, desconocerse que si aquélla, por defender la virtud de las obras, salvó el libre albedrío, y con él toda la raíz de la voluntad, ésta, por defender los méritos de Cristo y la divina gracia, si anuló el libre albedrío, realizó la emancipacion del pensamiento individual y de la humana conciencia. Aunque no seamos protestantes, como no lo somos ninguno; aunque profesemos por el catolicismo esa piedad filial debida, ciertamente, á la religion santa, en cuyo regazo hemos nacido y á cuyos cielos hemos confiado nuestras oraciones y librado nuestras esperanzas; no podemos, no debemos desconocer cuánto ha contribuido á la cultura universal humana, sean cualesquiera sus faltas y sus errores, la gran revolucion religiosa del siglo décimosexto, como no podemos desconocer y olvidar cuánto ha contribuido á la religion cristiana, como contribuyen

los rios al mar, la hermenéutica de los judíos, la metafísica de los alejandrinos y la moral de los estoicos.

El Sr. Menendez Pelayo, empeñadísimo en que toda la reforma religiosa le ha de parecer mal, y todos los reformadores perversos, júzgala por sus minuciosidades y detalles, como esos pesimistas que sólo ven de la revolucion francesa los cadalsos, pero no las ideas, y del universo-mundo los insectos incómodos y no los astros rutilantes. Juzgar la Reforma por los delirios ó las exageraciones, porque tal cura se casa y tal predicador se desvía de lo verdadero y de lo justo, es como juzgar el sistema platónico por sus símbolos paganos, el helenismo por la sensualidad antigua, el Evangelio por el endiablamiento de los cerdos, la teología por las argucias escolásticas, el Pontificado por Alejandro VI: en todo lo terreno se mezclan el mal y el bien, la verdad y el error, cosa innegable, á cuya evidencia se resisten los ufanados hasta creerse á sí mismos demiurgos entre la tierra y el cielo, guardadores del Verbo divino en sus palabras y del Espíritu Santo en sus molleras. Hay en la conciencia, y se demuestra por la Historia, una revelacion permanente y luminosa. Será, como quieren unos, recuerdo borroso y lejano de tradiciones primitivas; será, como quieren otros, una serie de verdades gradualmente allegadas por

el esfuerzo tenaz de la razon, ejercitando su propio criterio; pero no puede, no, desconocerse cómo el concepto del bien, y el concepto de la verdad, y el concepto de la hermosura se purifican y perfeccionan á medida que corren los siglos y adelantan las ideas. Si esto no es verdad, yo debo preguntaros, ultramontanos rancios, por qué vuestros eclesiásticos aprovecharon las basílicas para iglesias; vuestros ritualistas las lupercales romanas y los solsticios de verano é invierno, consagrados por el paganismo para fiestas, como la Candelaria, San Juan, ó Navidad; vuestros Pontífices el nombre de los ingenieros que levantaron los antiguos sacros puentes, para sus santas magistraturas; vuestros jurisconsultos el Derecho romano para su Derecho canónico; vuestros doctores ó Aristóteles, como Santo Tomás en la Teológica Suma, ó Platon y Plotino, como San Buenaventura en sus místicos deliquios; vuestros literatos la moral de Séneca y la retórica de Ciceron; vuestros artistas, y el divino Rafael no me dejará mentir, para sus Vírgenes, las Gracias encontradas en las ruinas; esas Gracias que se han erguido desnudas durante tres siglos, cual si fueran ortodoxas efigies, en la sacristía de Sienna, ó las Galateas circuidas de ninfas y tritones que llevan aún los versos de Teócrito en los labios, y en la cabellera rubia, como las algas doradas por el sol de Sicilia,

las gotas y las perlas de los mares de Grecia; vuestra Roma, el panteon de todos los dioses, levantado por Miguel Ángel á las alturas, para coronar la Iglesia universal de todos los católicos. Puesto que hay una revelacion permanente, no es permitido excolmugar ninguna fase del espíritu, ni oponer las persecuciones y las violencias á ninguna manifestacion del pensamiento.

La obra del Sr. Menendez Pelayo se funda en sentimientos opuestos á mis sentimientos, como larga y tenaz apología del absolutismo católico. Á la vuelta del relato sumario, que cuenta la ineficacia de las persecuciones romanas contra los fieles cristianos, topa con las primeras herejías y con los primeros herejes, y ensalza en los emperadores pertenecientes á su Iglesia las violencias condenadas en los emperadores pertenecientes al paganismo. Ninguna consideracion le detiene, y ninguna consecuencia le asusta. Si hay enseñanza que demuestre la torpeza de toda persecucion religiosa, es la enseñanza contenida en la historia del donatismo. Conoce á fondo el autor todas sus insidencias dramáticas, y las cuenta con claridad; pero desconoce toda su enseñanza moral y la omite sin escrúpulo. Tal secta cristiana tomó su nombre de Donato, quien pertenecia en alma y cuerpo á la Iglesia de Cartago. Extraña herejía ésta. No se apartaba del sentir y del pensar de la Iglesia,

pero creia un crímen revelar las doctrinas eclesiásticas y entenderse con los traidores y con los disidentes. Su disentimiento consistia en proclamar que Ceciliano, obispo de Cartago, cometió ambas faltas, y que habiéndolas cometido, pecaba gravemente la Iglesia católica de debilidad y de flaqueza, con sostenerle y guardarle dentro de su seno, cual si nunca hubiera faltado á la disciplina. En estas contiendas los católicos puros llegaron hasta el extremo de acusar al donatismo, infundadamente por cierto, de admitir las doctrinas de Pablo de Samosata contrarias á la base del cristianismo, contrarias á la divinidad de Cristo. Mas ya tuvieran éste ú otro carácter los donatistas, no puede negarse que produjeron, sobre todo en África, con sus exageraciones y con sus intransigencias, un cisma, el cual duró más de cien años. Entónces fué cuando apareció verdaderamente, por iniciativa de San Agustin, á quien corresponde tan triste invencion, el principio odioso y anti-evangélico, y derogador del puro cristianismo, que proclamaba la necesidad de convencer á los herejes por medio del hierro y del fuego, y de amparar las doctrinas cristianas por la coaccion y por la fuerza material de los gobiernos. San Agustin, con motivo y ocasion de la herejía donatista, sostuvo esta doctrina, verdaderamente africana, que luégo moviera el brazo de los Omares y de los Muzas para

extirpar del África el cristianismo, esgrimiendo en su seno la cortante cimitarra de Mahoma. No, no puede condenarse con acerbidad bastante el orígen y nacimiento de esa doctrina de coaccion material, sustentada por un espíritu tan luminoso y tan vasto, si llega uno á recordar todos los crímenes que ha avivado en el mundo; las persecuciones religiosas, las guerras dogmáticas, la expulsion y extrañamiento de pueblos enteros, el potro que ha descoyuntado tantos huesos, la hoguera que ha consumido tanta sangre, la intolerancia que ha afeado y oscurecido con manchas tan grandes como indelebles las páginas inmortales de la humana historia. Siempre que vemos, ya en las alturas de los montes, ya en la profundidad de los valles, un templo, una iglesia, un monumento elevado á lo ideal, y en cuyos aires las lágrimas se han esparcido, y en cuyas paredes los ex-votos se han colgado, y en cuyos pavimentos los muertos han dormido, y por cuyos altares las oraciones han volado, hemos visto en ellos un esfuerzo para la ascension á lo perfecto, un vuelo á lo infinito, una grada en la escala que conduce á lo eterno, algo de esos misterios divinos, que en nosotros destruyen la terrena naturaleza de las bestias, con las cuales nos hallamos confundidos por la materia, y nos prestan la etérea naturaleza de ángeles, con los cuales nos hallamos confun-

didos por el espíritu; pero si vemos que al pié de esos monumentos, verdaderas estrellas místicas, se han desencadenado las guerras y las persecuciones religiosas, manchándolos de sangre, parécennos verdaderas carnicerías con verdugos por sacerdotes y con dioses antropófagos bien distantes del supremo bien, de la suprema verdad y de la perfecta hermosura, que en Dios reconocerán y proclamarán á una todas las generaciones. Por eso maldecimos con maldicion inapelable la doctrina de las coacciones sustentada por San Agustin, y reproducida por el Sr. Menendez Pelayo para compeler á entrar y á quedarse en la Iglesia, doctrina errónea absolutamente, y sobre la cual se ha fundado la mayor y más criminal de todas las tiranías, la tiranía eclesiástica.

Nos hemos detenido aquí, porque aquí comienza una de las más terribles calamidades que han pesado sobre la historia moderna, la calamidad de las guerras religiosas, desconocida por la implacable intolerancia del Sr. Menendez Pelayo. Cuando los enemigos de los donatistas se dirigian á los poderes constituidos, pidiendo su cetro y su espada contra la herejía, ignoraban, en la ceguera de su conciencia, la complicidad eterna con todos los perseguidores del cristianismo, con los Nerones y con los Commodos; y la preparacion y apercibimiento de armas, con las cuales, tarde ó tem-

prano, habian de herir nuevamente los poderosos del mundo las entrañas de la Iglesia católica. Ellos, los intolerantes, pusieron la persecucion religiosa en manos de los déspotas. Ellos lograron que el imbécil Honorio, incapaz de soportar sobre sus sienes la gloriosa y pesada corona del Imperio, despues de haber cedido como un rebaño sus súbditos de España y de las Galias, empuñára en las débiles manos la deshonrosa espada no esgrimida contra los bárbaros, y corriera ciego á devastar provincias perdonadas por las irrupciones, y á imponer la ortodoxia católica, que sólo puede admitirse por la persuasion y sostenerse por la fe, con los malditos y homicidas instrumentos de la conquista. El castigo no tardó mucho tiempo, no, pues en la historia resplandece, más todavía que en la naturaleza, la providencia de Dios. Áun estaba fresca la sangre vertida por los católicos; áun humeaban los incendios atizados por el soplo letal del piadosísimo emperador Honorio ; áun yacian los cadáveres insepultos, cuando los crueles vándalos, olvidados de la religion de sus selvas y convertidos á la secta arriana, entraban como una tromba de esas que el huracan levanta con las arenas del desierto, por las tierras de África, y perseguian á los perseguidores, y mataban á los asesinos, y reproducian contra los ortodoxos la misma crueldad de los ortodoxos contra los dona-

tistas, dando á los manes de estas inocentes víctimas la triste compensacion de una cruenta venganza. ¡Y en presencia de este resultado, Menendez Pelayo loa la infame intolerancia!

Despues de todo esto no le queda ni residuo de razon ni apariencia de motivo al jóven autor para condenar la intolerancia protestante, que maldice como sólo podemos maldecirla nosotros, los partidarios de toda tolerancia. Y si tal iniquidad inspira sus sentimientos, imaginaos los errores en que se inspirarán sus ideas. Para mirar espacio tan ámplio como el espíritu de la reforma religiosa, cargado de mundos y de soles, necesítase un grande instrumento, que vea lo muy lejano y escudriñe lo muy misterioso; necesítase con seguridad del telescopio, y ha escogido el señor Menendez Pelayo el microscopio, á fin de que le muestre con minuciosidad todos los gusanillos encerrados en las menores partículas. Así el contínuo inquirir los detalles y el contínuo menospreciar los conjuntos. Así el aparecerle como un misterio almas trasparentes de puro diáfanas. Imposible analizar con más exactitud los errores y las faltas de Erasmo, sobre quien gira todo el segundo tomo de su obra, el más interesante por cierto y más erudito; pero imposible tambien desconocer con más ciego desconocimiento el secreto de sus vocaciones, el resorte de su ministerio his-

tórico, la filosofía de su fin providencial y humano. ¡Ah! Siempre que se trata de la Reforma y del Renacimiento, hay que volver los ojos al holandes Erasmo, no porque los literatos le consultáran, no porque los reyes le oyeran, no porque tres ó cuatro correos expedidos de tres ó cuatro Imperios aguardáran constantemente sus cartas á la puerta de su modestísima casa de Basilea, no porque los primeros perfeccionadores de la imprenta aguardáran las pruebas de sus obras y las recorrieran todos los dias, no porque improvisára sobre materias innumerables aquellos artículos y aquellos tratados que tenian algo de la ligereza y de la gracia y de la prontitud y de la variedad de nuestros periodistas contemporáneos; no por todas estas raras ventajas y cualidades, sino por haber comprendido, ántes que nadie en Europa, cómo una sociedad nueva, que dobla el espacio con los descubrimientos de América y Asia, que dobla la vida con la resurreccion de Aténas y de Roma, que posee un instrumento como la prensa, que aniquila un régimen como el feudalismo, necesitaba para elevarse á la verdadera grandeza, una reforma religiosa, la cual, sin herir lo esencialísimo al dogma, destruyese tantas supersticiones como habian adulterado y pervertido los presentes y las confianzas del cielo. Hay más de una analogía entre la obra improvisada de Savonarola y la obra

reflexiva de Erasmo. Salvar el catolicismo por la reforma de las costumbres en el pueblo, y en el clero por la reforma de los cánones, de las instituciones, y de la disciplina, queria Savonarola: salvar el catolicismo por la erudicion, por la ciencia, por una alianza con las letras antiguas, por una renuncia incondicional á las supersticiones más arraigadas, queria vivamente Erasmo. La diferencia está en las complexiones distintas, en los caractéres opuestos, en las tendencias contradictorias, en los entendimientos de todo en todo diversos. Pero el fin de su obra resulta en ambos á dos idéntico. El uno lo busca por el éxtasis y el otro por la razon; el uno por los arrebatos y el otro por las meditaciones; el uno por los milagros y el otro por los argumentos; el uno se acuerda siempre de los demas, y nunca de sí mismo; el otro, para dirigir á los demas, se acuerda sólo de sí: por tanto, Savonarola resulta en la historia un profeta y un mártir, miéntras Erasmo un erudito y un egoista. Pero Savonarola y Erasmo tienden desde las alturas, á donde los ha elevado su genio, los brazos á la Iglesia, y le ofrecen ó la ciencia ó la libertad, ó las letras ó las democracias, ó la República cristiana ó el Renacimiento literario, para defenderse y para salvarse. Erasmo representa en el movimiento religioso la prevision que precave; la astucia que husmea; el frio juicio que medita; la im-

parcial advertencia que conmina sin acritud; la severa lógica que busca el enlace de los efectos con las causas y de las consecuencias con los principios; la moderacion que concilia tendencias opuestas; el exámen que desecha lo pernicioso y encuentra lo saludable; todo cuanto hasta entónces hubiera podido salvar á la Iglesia, ántes de que estallára la inevitable tempestad y viniera el irremisible naufragio. Mas, con todas estas cualidades, sobrábale una cosa, su excesiva ironía; faltábale otra, la fe creadora. Aquel hombre no sabía amar como aman los redentores, no sabía sufrir como sufren los mártires, no sabía enardecer, por tanto, como enardecen los profetas. Su elocuencia sábia, correcta, magistral, carecia del fuego de las pasiones, únicas que tienen las virtudes generadoras de obras duraderas en la sociedad y admirables en la historia. Era el término medio incoloro, la vaguedad ecléctica, la cortesía diplomática, la erudicion clásica, la doblez completa: no era la fe, no era la abnegacion, no era el sacrificio. Por eso, cuando os acercais á él, sentís el frio que al tocar el mármol; miéntras, en presencia de Savonarola, sentís la hoguera interna en que ha ardido su alma y la hoguera externa en que ha muerto su cuerpo. Y por eso comprendeis cómo la obra de Erasmo ha fracasado, al paso que no podeis comprender por qué la obra de Savonarola no

ha prevalecido. La fe, la abnegacion, la grandeza, la vehemencia, las pasiones todas del monje italiano debieron ser más fecundas; miéntras la duda, la indiferencia, la frialdad, la ironía de Erasmo debian quedar estériles; que el escepticismo no tiene hijos ni mártires.

Da tristeza el contemplar los últimos dias de este hombre, su mano tendida siempre para pedir limosna, sus pensiones mal pagadas y perdidas entre las infieles mañas de administradores y de intendentes, toda suerte de enfermedades sobre su cuerpo débil, toda suerte de zozobras sobre su alma atribulada, la soledad y el abandono en que al fin y al cabo cae siempre el egoismo, la incertidumbre, así para escoger el lugar propicio á su vida como el lugar digno de su muerte, no queriendo ni pasar por un puro ortodoxo ni pasar por un innovador y por un revolucionario. Sin embargo, ha combatido en ésta su existencia llena de perplejidades dos plagas que afligian entónces á la Iglesia: el exceso de supersticiones monásticas y el exceso de reaccion pagana; y ha defendido al mismo tiempo dos principios saludables: la filosofía cristiana que razonaba el dogma y la vuelta á los tiempos evangélicos que purificaba las costumbres. Ningun crítico ha zaherido con tanta crueldad, ninguno, los hábitos paganos de la Roma de su tiempo y las imitaciones serviles de los

predicadores pontificios, conocidos con el nombre de ciceronianos, los cuales no usaban en sus discursos latinos palabra que no estuviese en Ciceron contenida. Y como no usaban palabra que no estuviese en Ciceron contenida, proscribian el nombre de Cristo, comparaban á Julio II con Júpiter olímpico, traian á cuento Sócrates ó Arístides, pero jamas los mártires; y á Dios le llamaban óptimo, y á la Iglesia Asamblea, y á la herejía faccion, y al cisma sedicion, y al obispo presidente de las provincias, y á las excomuniones interdiccion del agua y del fuego, y al Colegio de cardenales Senado de padres conscriptos, y á la vida eterna y la comunion de los bienaventurados sociedad de dioses inmortales. Realmente, si la Iglesia le hubiera oido, aceptára un poco más la razon en sus dogmas, la ciencia en su teología, el evangelio en su moral, desechando tantas y tantas supersticiones como atraian sobre su cabeza el rayo asolador de una revolucion inevitable. Mas para hacerse oir, para impulsar, para mover, faltábale á Erasmo el motor de los motores, faltábale el divino y sacrosanto entusiasmo. Seméjase en todo á Voltaire, en la ironía, en la gracia, en el ingenio, en la ligereza, en la universalidad de conocimientos, en el gusto por la polémica, en la tolerancia filosófica y religiosa, en la iniciativa tomada para traer una revolucion, cuyas consecuencias asustaban al uno y al

otro, poco amigos del movimiento y del ruido engendrados con sus propias palabras, y muy amigos de los reyes y los papas, á quienes combatian y denigraban en sus respectivos apostolados y en sus incansables propagandas. Por esto Voltaire, que destruye la sociedad antigua, no comprende á Rousseau, que trae la sociedad nueva, como Erasmo, que destruye la religion antigua, no comprende á Lutero, que trae la nueva religion. Mas uno y otro, Lutero y Rousseau, tienen las exaltaciones, los delirios, los arrebatos, los impulsos heroicos, los desmayos y las flaquezas, los ataques nerviosos, las inspiraciones súbitas, los desarreglos intelectuales y las vocaciones extraordinarias que distinguen á todos cuantos inician una nueva idea en la conciencia humana y abren una nueva edad en la historia.

El Sr. Menendez Pelayo, que sabe todas las particularidades mínimas de la materia por él historiada, ignora toda su filosofía. Y la ignora, no porque su comprensivo entendimiento deje de comprenderla, no; la ignora porque no quiere alcanzarla su voluntad piadosa, ni decirla sus beatos escrúpulos. El Sr. Menendez Pelayo no teme errar; teme pecar. Se abstiene de filosofías en el libro, como se abstiene de carnes en los viérnes: por no faltar á los preceptos de la Santa Madre Iglesia. Dice lo que es verdad, dice que influyó Eras-

mo en los protestantes españoles más que ningun otro reformador, y no dice por qué influyó, á pesar de saberlo, pues sacrifica con frecuencia su sabiduría profunda en aras de su salud eterna. El protestantismo toma caractéres particulares y varios, segun los pueblos donde se desarrolla y arraiga. El protestantismo aleman es dogmático; el protestantismo suizo, moral; el protestantismo inglés, parlamentario; el protestantismo frances, jurídico; el protestantismo español, eminentemente político. Y el más sabio entre todos los innovadores era el holandes Erasmo, y el más radical entre todos los protestantismos era el protestantismo castellano. Su mayor literato, Valdés, y su mayor filósofo, Servet, no creian en la divinidad de Cristo. Y la idea de la divinidad de Cristo fué tan necesaria en el siglo décimosexto para salvar la nueva Iglesia protestante, como necesaria en el siglo cuarto para salvar la vieja Iglesia católica. Los padres griegos y los padres latinos abominaban igualmente al innovador Arrio, como los doctores protestantes y los doctores católicos abominaban igualmente al innovador Servet. Una doctrina tan radical no podia prevalecer en el pueblo que concluia la guerra con los árabes y comenzaba la conquista de los indios. Si los reformadores españoles tuvieran un pueblo, apeláran á los grandes agitadores de los pueblos, á Lutero y Calvino, que eran

la pasion y el sentimiento; no tuvieron un pueblo, no necesitaron ni sentimiento ni pasion y cayeron á los piés de Erasmo. Pero los hubo mayores que Erasmo todavía. ¿Por qué lo desconoce, y si no lo desconoce, por qué lo calla el Sr. Menendez Pelayo?

Larguísimo este artículo, pero ya que lo comenzamos, no lo acabemos sin convertir los ojos á Servet y apuntar algunas consideraciones acerca de cómo trata el Sr. Menendez Pelayo á este pensador extraordinario. Corto número de hombres dispiertan la curiosidad y atraen la general atencion, como el doctor navarro, de padres aragoneses, que, poco despues de haber descubierto Copérnico en sus astronómicas observaciones cómo discurre la tierra por el cielo, descubrió, á su vez, en los estudios fisiológicos y materialistas, cómo circula por el cuerpo la sangre. Si la vida errante y aventurera; si la consagracion total á las ideas; si el combate con los ortodoxos, luteranos y católicos; si la conjuncion de altísimo, sintético y profundo talento analizador; si las aptitudes de un metafísico juntas con las aptitudes de un médico no le dieran tanto y tan dramático interes, daríaselo su nefasta muerte: que no hay resplandor para iluminar un alma y esclarecerla con los reflejos de la inmortalidad en estos períodos de combate como la luz siniestra de las horribles hogueras del martirio.

Ninguno de todos estos pensadores viene súbitamente al mundo. Todos ellos encuentran sus raíces en los pensamientos diseminados por la conciencia ántes de su aparicion providencial, y todos ellos se nutren y alimentan con el jugo de las ideas de su siglo. Grandes por algunos pensamientos propios, como descubridores que son de nuevos celajes ó de nuevos orbes en los senos de la conciencia, iluminan con algunas gotas de luz, parecidas á estrellas, los hemisferios del humano espíritu, y despues, ó bien caen, por regla general, en la uniformidad de los abismos tenebrosos que forman la noche, ó bien brillan con el débil é indistinto resplandor de la vía láctea, en compañía de numerosos espíritus análogos, los cuales componen grupos de pensadores semejantes á las jerarquías angélicas en el Empíreo católico y á las constelaciones sidéreas en el inmenso espacio.

Ante los ingenios extraordinarios, precisa estimar aquello que deben á su siglo, y aquello que deben á la propia inspiracion y al propio pensamiento. Difícil tarea ésta, por la multitud de estudios que supone y exige; más difícil aún tratándose de grandes almas, que tocan á los dos polos del universo científico, á las ciencias abstractas y á las ciencias naturales; dificilísima en el Renacimiento, que parecia centuplicar las fuerzas del hombre y darle á éste con su electricidad y

con su calor las gigantescas estaturas y las colosales proporciones alcanzadas por los sitiadores del Olimpo divino en los metamorfóseos de los poetas antiguos. La correccion y la unidad del tipo clásico no se halla, no, en estos grandes iniciadores de nuestros grandes tiempos. Allá, en Grecia y Roma, cada hombre cumple ministerio unipersonal y único. Por algun poeta cuasi filósofo, como Lucrecio, y por algun médico cuasi metafísico, como Hipócrates, hallais en cambio una inmensa muchedumbre de inmortales ingenios, á quienes les ha faltado tiempo y vida para seguir y realizar más de una sola vocacion y de un solo destino. Épico Homero, trágico Sófocles, lírico Píndaro, historiador Herodoto, filósofo Platon, poeta de la sociedad Horacio, poeta del campo Virgilio, poeta de la política Lucano, poeta de la sátira Juvenal, han hecho de sus respectivas profesiones otros tantos pedestales donde se levantan como armoniosas é imperecederas estatuas. Pero en el siglo décimosexto ha vivido tanto la humanidad, se ha desarrollado el planeta; la Historia, recien desenterrada, tiene halagos tan seductores para los entendimientos; la Naturaleza, rejuvenecida, llama el amor humano á su hermosísimo seno con tales provocaciones; todo aquel espíritu artístico y literario que hiciera de Grecia la musa de la Historia; todo aquel espíritu religioso y profético, que hiciera de

Jerusalen la sacerdotisa del divino templo; todo aquel espíritu científico, que hiciera de Alejandría la maestra del saber humano y la intéprete del gran museo de las ideas; todas estas tres direcciones, cada una de las cuales encierra los tres infitos, el ideal de lo hermoso, el ideal de lo bueno, el ideal de lo verdadero, se juntan en tal ayuntamiento, que producen mundos innumerables habitados por espíritus universales y sintéticos.

¿Dónde hallaréis un Leornardo de Vinci, pintor, matemático, geólogo, arquitecto, ingeniero; dónde? ¿Quién sobrepujará en aptitudes várias al escultor de La Noche, al pintor de la Sixtina, al defensor de San Miniato, al poeta de Vitoria Colonna, al arquitecto que ha cogido del abismo el panteon clásico y lo ha lanzado á los aires? Está en la complexion y naturaleza del siglo décimosexto semejante universalidad. La tiene tambien Servet, humanista, filósofo, astrónomo, fisiólogo, químico, naturalista, teólogo; un sabio digno de tan luminoso como creador ciclo. Así la inquietud del pensamiento agitaria como una especie de Sibila en demencia su acalorado cerebro; así la vibracion de sus nervios, dándole una gran variedad de profundas emociones, le daria tambien una grande variedad de riquísimas aptitudes. Su casta y única esposa será la ciencia; su ocupacion el trabajo y el combate por la idea; su

posteridad los libros. Nada le interesa, ni el placer, ni la ambicion, ni la riqueza, como le interesa la verdad. Por poseerla pasará sus noches en claro y sus dias en ayuno; por salvarla combatirá con heroismo y morirá en el martirio. La idea es la sangre de su sangre y el alma de su alma.

Imposible conocer un hombre de tan claro linaje; imposible, sin estudiar el movimiento que lo impulsa y el espíritu que lo anima. Los grandes soles brillan en el espacio porque condensan la luz, y las grandes almas brillan en el tiempo porque condensan la idea. Toda sociedad es un sistema, y todo sistema es un organismo. Así como en el sistema se unen y enlazan las ideas en serie, las instituciones, á su vez, se unen y enlazan en las sociedades, á pesar de su realidad, con rigorismo verdaderamente lógico. El rayo que hirió al Pontificado hirió á la teología, hirió á la escolástica, hirió al arte católico, hirió al pintor litúrgico, hirió á la catedral gótica. Los nominalistas y los realistas, pretendiendo anularse mútuamente, anulan el sistema que los ha engendrado y desaparecen del mundo como si una sola voz los hubiera despedido. Los edificios góticos se interrumpen todos casi á un mismo tiempo, y sus arcos ojivales se truecan en arcos de medio punto, cediendo el genio ortodoxo de la Edad Media su puesto al genio clásico de los griegos y de los ro-

manos, lo mismo en la Basílica de los Papas que en el Escorial de Felipe II. Á las místicas visiones del Dante suceden las sensuales visiones de Ariosto. El Cristo muerto de Giuntta da Pisa, resucita en el tercer siglo, á la voz del Paganismo, por los frescos de Rafael y de Correggio. Al pontificado de Gregorio VII é Inocente III, verdaderamente católicos, sucede el pontificado de Alejandro VI y Leon X, verdaderamente paganos. La ciencia no se llama ya Santo Tomás, se llama Vives ó Erasmo; la elocuencia no se llama San Bernardo, se llama Savonarola ó Lutero. ¡Inmensa trasformacion!

¿Por qué ha cambiado todo esto? Porque ha cambiado la antigua metafísica. Todos aquellos místicos sucesores de los últimos nominalistas que, tras la grandiosa síntesis de Santo Tomás entre la teología de los ortodoxos y el Aristóteles de los árabes, declaraban imposible razonar la fe y abrian un abismo insondable entre la ciencia y la creencia, iban derechamente á la revolucion religiosa. Lo mismo descomponian el dogma Wieff, Juan Huss, Jerónimo de Praga, desde las iglesias, que Roger Bacon, Raimundo Lulio ó Nicolas Clemanger desde las escuelas. Aquéllos, los teólogos, ora pedian el cáliz para los laicos, ora la interpretacion sacerdotal de la Biblia para las conciencias; y éstos, los sabios, ora ponian la fecundidad de las

leyes naturales sobre las logomaquias de los silogismos escolásticos, ora declaraban que la razon y la ciencia no pueden demostrar el dogma; con todo lo cual, aunque estén ellos esclarecidos por las reverberaciones panteística de un misticismo iluminista, sin quererlo, sin pensarlo, sin decirlo, á despecho suyo, indeliberadamente, abren las vías del racionalismo moderno.

La caida de Constantinopla se asemeja á la caida de Troya; los helenos venian como el infeliz Eneas, con sus penates de Ilion al seno del Lacio, trayéndonos sus recuerdos y sus manuscritos, humedecidos por las olas del naufragio y santificados con las lágrimas del infortunio. Así como las Cruzadas no sirvieron para rescatar el sepulcro de Cristo, y sirvieron para traer la cuna del municipio y del pueblo, los Concilios de Rávena y de Florencia no sirvieron para unir el papa de Roma con el patriarca de Constantinopla, y sirvieron para unir el genio de Italia con el genio de Grecia; y Platon ascendió, trasfigurado, á los altares de Jehová; y el Verbo Divino, mezclándose á la miel del Hibla, pasó por los labios creadores de los artistas que llenaban con sus coros los jardines del Arno; y al empirismo escueto de las áridas escuelas tomísticas sucedió un universo idealizado, aéreo, trasparente, dentro del cual sobrenaturales virtudes mágicas se comunicaban con estirpes y

jerarquías angélicas, venidas á bandadas, como en los primeros instantes de la Creacion, ceñidas del íris, palpitantes de amor, con los ojos llenos de celestiales alboradas, las gargantas de beatíficos cantares, las manos de áureas arpas, á sembrar ideas nuevas y nuevas revelaciones en el espacio, animado como por una eternal primavera, y en el espíritu, rejuvenecido como por una embriagadora esperanza.

Habia, en aquel instante, dentro de la Iglesia católica, á la solemne aparicion de tantas herejías contra el catolicismo, algo de lo que hubo en la Iglesia pagana, á la solemne aparicion de tantas sectas contra el paganismo como pululaban, así ántes cual despues de la venida de Cristo. Por idéntica suerte que Plotino, Proclo, Jamblico elaboraban una especie de paganismo idealista, espiritual, con ideas sobre Dios, el Verbo, el espíritu, capaces de ofuscar el dogma cristiano, los grandes filósofos del siglo décimosexto, con prevision profética ántes de la Reforma y despues reflexion profunda, elaboraban una especie de cristianismo platónico tambien, espiritualista, místico, etéreo, que pudiera fácilmente separar los labios ardientes de los católicos, así del naturalismo aristotélico y sensualista, como de la revolucion religiosa y germánica que por sus tendencias idealistas se llevaba consigo una parte considerable de las

mayores y más luminosas inteligencias en esta fase del Renacimiento. No se acaba nunca de penetrar en los misterios históricos. Aquel Aristóteles que llamaba las almas, divertidas en la contemplacion del mundo, á la realidad y á la experiencia, sirvió en los siglos medios, inoculado por los árabes y los judíos en la Iglesia, para mezclar cierto naturalismo con la excesiva idealidad cristiana; y aquel Platon, eterno sacerdote de lo divino, eterno intérprete de lo misterioso y sobrenatural, mediador entre la tierra y el cielo, sirvió para llevar al seno del Renacimiento, propenso de suyo al naturalismo, como al seno de la Iglesia, paganizada y materialista entónces, las ideas sobre los arquetipos eternos, el Verbo increado, el Espíritu Santo, la inmortalidad del alma, que levantan á lo absoluto nuestras alas cuando las abruma y las paraliza el barro de la tierra. Por manera que Platon sirvió igualmente al paganismo y al cristianismo, en circunstancias análogas, como si aquella grande alma hubiera condensado toda la idealidad del espíritu.

Al mismo tiempo que Besarion y Jemisto y Nicolas de Cusa y Reuchlin y tantos otros idealizaban el Universo, los peripatéticos verdaderos oponian al Aristóteles, mal traducido por los árabes y peor comentado por los escolásticos, otro Aristóteles completamente opuesto al tradicional

y ortodoxo, cuya infalibilidad se confundia casi con la misma tradicional infalibilidad de la Iglesia. Estaban ciertamente con la creencia tomista de que el aristotelismo debe tenerse por la filosofía misma en sustancia; pero lo restauraban en su texto verdadero, y al restaurarle en su texto verdadero, apartábanlo por completo del seno de la Iglesia. Para tales peripatéticos, el alma, segun la concebia Aristóteles. era como una funcion del cuerpo, y por consiguiente, no podia del cuerpo separarse. Lanzada tal tésis, no hay que decir adónde iban á parar los principios de la personalidad, de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma humana. Si ésta no puede separarse del cuerpo, quiere decir que no es inmortal el alma, puesto que muere como cualquiera de nuestras funciones fisiológicas y desaparece y se entierra tristemente allí donde tambien desaparece y se entierra nuestro cuerpo. Acusar de esta suerte al oráculo del tomismo equivale en el fondo á acusar á toda la ortodoxia tradicional. Y no sólo el sabio peripatético de aquellos tiempos niega la inmortalidad del alma, sino que niega tambien el milagro, apelando al oráculo del catolicismo en la Edad Media; y no sólo niega el milagro, sino que niega el dogma de los dogmas eclesiásticos, el dogma mismo de la libertad, en el cual fundaba la Iglesia católica toda su primacía

intelectual y moral sobre la Iglesia protestante. ¡ Con qué cruel complacencia hablaba de la eterna é inconciliable antinomia entre la presencia de Dios y la libertad del hombre ! ¡ Cómo dice que si Dios lo ha ordenado todo, lo ha sabido todo y todo lo ha previsto desde los primeros tiempos, ninguna libertad le queda al hombre ; y si el hombre es libre para obrar malamente, y obra, pudiendo la omnipotencia divina evitarlo, cuán grande complicidad le queda necesariamente á Dios en el vicio y en el mal! Así, no es mucho que peripatéticos vanidosos y audaces dijeran que á nadie le contarian sus ideas sobre la inmortalidad del alma hasta que no fueran viejos y ricos. En todo este movimiento, lo mismo en el platónico ó idealista que en el peripatético ó sensualista, iba contenido el clamor de la época, el clamor de la emancipacion del espíritu, ya lo dilatáran unos hasta confundirlo con Dios y la eternidad, ya lo restringieran otros hasta confundirlo con la materia y con la Naturaleza. Los filósofos puestos en los altares de los dioses ; las estatuas griegas sirviendo de modelos á los artistas cristianos ; el mundo pagano rejuvenecido en los mismos panteones del catolicismo ; el Nuevo Mundo trayendo la savia excesiva y exuberante de una raza y de una tierra que ni siquiera habian oido hablar de la redencion cristiana ; el rompimiento del espíritu moderno

con todas las fórmulas escolásticas, indicaban bien que se iba la cristiandad apercibiendo y aparejando á una revolucion intelectual.

¡Qué cambio! Miéntras la conciencia humana se concentra en el centro hácia que gravitaban todas las ideas, la tierra perdia su situacion central en el Universo. La oposicion radicalísima entre nuestra planeta y el cielo desaparecia completamente, al encontrarse aquél en el cerúleo infinito, hecho un astro más, compañero de los otros rutilantes en las noches serenas. La tierra inmóvil, asentada sobre sus bases graníticas, atrayendo en torno suyo los mundos, como atrae el cáliz de las flores las mariposas y las abejas, convertíase, por la nueva ciencia, en áurea esfera lanzada en el éter á un perpétuo movimiento elíptico en torno de su sol y otro movimiento de rotacion sobre sí mismo; con lo cual se conocia y explicaba, contra la tradicion comun y el testimonio de los sentidos, criterios principales de la ortodoxia en ruinas, la sucesion, así del dia y de la noche, como de las estaciones anuales. En el seno de las frias y apagadas cenizas levantábanse las voces de la historia antigua y las estatuas del arte clásico, para dilatar nuestra vida por los horizontes de lo pasado, y en el seno movible de las ondas surgian continentes desconocidos ú olvidados, tierras vírgenes sembradas de paraísos sin mancha, razas

inocentes y jóvenes, la cuna de la Naturaleza junto al sepulcro de la Historia, para dilatar nuestra vida en la esperanza de un constante progreso. Casi al mismo tiempo que en el romano Foro escudriñaba Copérnico los jeroglíficos luminosos de la noche y movia en aquella inmensa fosa de generaciones extintas la tierra en triunfal y eterno movimiento, los descubridores andaluces, extremeños, portugueses, evocando islas y archipiélagos, recorriendo inexplorados estrechos, dilatando con sus quillas el espacio, descubrian los antípodas, daban la vuelta entera al globo, y ceñian al Océano inmenso un zodíaco luminoso de increibles glorias y de vivificadoras ideas. Y no solamente se descubrian mundos en el mar y astros en el cielo, sino que, merced á la paleta creadora de nuestros artistas, la Eva y el Adan, metidos en el saco y en el silicio de la Edad Media, envueltos en el sudario de la teocracia, dejaban sus sayales de penitentes y surgian á la vista, por los frescos de las estancias y de las capillas vaticanas, en la casta desnudez del Eden sin pecado, miéntras la Medicina con su escalpelo encontraba en la triunfante Anatomía el esqueleto de nuestro organismo y en la reveladora Fisiología el secreto maravilloso de la circulacion de la sangre.

Esto era Servet, un hombre de aquel tiempo. Su grandeza consiste toda entera en haber coope-

rado á la obra colosal de tanto siglo. Juzgarlo, como el Sr. Menendez Pelayo, por sus defectos; por sus ideas más ó ménos atrevidas sobre la Teología; por sus creencias mágicas, natural resultado del platonismo en boga; por sus contradicciones, que nacen de la grandeza y de la variedad propias de sus talentos, los cuales tocan así en la Fisiología como en la Metafísica, es juzgarlo, en verdad, con una incomprensible y ligera estrechez de miras, bien ajenas, por cierto, al criterio humano de la Historia en nuestro luminoso siglo. ¿Qué grande obra conocida está por completo separada del terron donde ha nacido y del tiempo en que se ha desarrollado? Como nuestro cuerpo no puede salirse del aire de la atmósfera, nuestro pensamiento no puede salirse del espíritu de su tiempo. Juzgar á Servet con nuestro naturalismo depurado de todo sortilegio y con nuestra ortodoxia fijada ya por tantas y tan largas depuraciones, como el Sr. Menendez Pelayo, equivale á juzgar con las ideas de hoy á los escritores bíblicos, que, obedeciendo las supersticiones semitas, proscriben la Pintura y la Escultura en sus templos; á los escritores evangélicos, aquejados de mil supersticiones judaicas; á los escritores atenienses, cuya mente compendiaba el mundo en su diminuta hermosa ciudad; á los escritores latinos, pagados de la eternidad de su Roma; á los escritores de la

Edad Media, ricos en fábulas más ó ménos divertidas y en milagros más ó ménos absurdos. Un positivista encontrará que Servet es demasiado teólogo y discurre demasiado sobre la Trinidad y otras entelequias; como un Menendez Pelayo lo encontrará, dejándose llevar del criterio estrecho de su escuela, tan sectario en el fondo como el mismo positivista, lo encontrará protestante, más aún que protestante, arriano, heterodoxo vitando, alquimista, quiromántico, pitagórico, eleático, neoacadémico; y despues de maldecirlo y excomulgarlo, llorando que tal presa de la Inquisicion haya dado en poder de Calviño, lo condenará sin apelacion á las llamas eternas del infierno. Imposible la Historia en manos de semejantes sectarios, los cuales hacen de su secta el Josafat de las instituciones y de los siglos.

---

# EN EL CENTENARIO DE CALDERON.

Debemos gratitud, no solamente á los que han levantado el hogar de la pàtria sobre el territorio comun de la nacion, sino tambien á los seres superiores que llenan de ideas la conciencia y de inspiraciones la fantasía nacional. Mucho debemos á los héroes celtas ó iberos, cuyos labios balbucearon la palabra independencia en los oidos de las tribus nacientes, y cuyas venas se abrieron para fecundar el suelo con sangre así que aparecieran sobre él aquellos primeros conquistadores codiciosos de nuestras mujeres y de nuestros edenes; pero no debemos ménos á los últimos poetas, cuya guerrera trompa esparció el entusiasmo en los aires donde pasaban los empeños de Bailén ó los holocaustos de Zaragoza, y á los oradores, cuya palabra, verbo divino de la libertad humana, encendió los grandes sentimientos necesarios á los combates y á los sacrificios de que surgiera como el fénix de las llamas, nuevamente creada y fortalecida y rehecha nuestra madre España. Gratitud al

rumi que no desmayó en Guadalete, y desde los riscos de Covadonga presintió el dia de Granada; gratitud al héroe que, caballero sobre su alazan feudal, abrió con la espada en los anchos campos de Castilla el surco donde habian de brotar el Municipio y las Córtes; gratitud al cruzado que detuvo á los emires del desierto líbico en las cumbres de los montes andaluces; gratitud al navegante, creador de nuevas tierras en los mares y de nuevos astros en el cielo, como si hubiera de Dios recibido en depósito la virtud divina de crear; gratitud á los soldados, á los martires, á los santos del Calendario español, que con levadura de su sangre y de sus cenizas han amasado el patrio suelo; y gratitud mayor, si cabe, á quienes lo han embellecido con el esmalte de su pensamiento y lo han iluminado hasta convertirlo en sol radiante de ideas y consagrarlo en los altares de la gloria sobre los cuales no reina la muerte; gratitud á quien levantó las góticas agujas de la catedral de Toledo en las orillas del Tajo; á quien, allá donde el Darro y el Genil confluyen, bordó en los patios árabes los alicatados de encaje; á quien esculpió sobre las piedras de nuestras montañas las guirnaldas y los ángeles del Renacimiento, pintó en las tablas de los bosques los redentores y las vírgenes de nuestra hermosura; gratitud, sobre todo, á los pensadores, á los sabios, á los

poetas, cuya mente nos ha dado esa patria espiritual, mayor que los espacios, pues en su grandeza ¡oh! se confunde lo infinito y por su duracion entra en la eternidad.

Así como, por mucho tiempo, la historia se redujo al relato de la guerra, por mucho tiempo tambien se reservó el culto exclusivamente á los héroes de la Iglesia. El ara santa, el consagrado altar, la luz encendida, las humaredas del incienso sacro, las oraciones comunicativas entre la eternidad y el tiempo, la conmemoracion del nacimiento y de la muerte, las festividades, los panegíricos, las misas, las ceremonias, las procesiones significan toda la piedad que los bienhechores muertos inspiran á los mortales vivos, necesitados en sus angustias contínuas de todas estas expansiones para explayar el corazon y consolarse de la muerte diaria con el presentimiento y esperanza de la inmortalidad. Supersticiones añejas, hábitos inveterados, el vigor natural de las ideas tradicionales, la herencia de costumbres por una generacion á cien trasmitidas, arraigaron la necesidad de limitar todas estas muestras públicas de gratitud á los santos de la Iglesia, tenidos por los intermediarios únicos entre cielos y tierra y los únicos intercesores para con Dios de todos los hombres. Hoy comprendemos que la religion se extiende á más, que la Naturaleza entera se pare-

ce á una catedral inmensa, que Dios tiene muchas manifestaciones y el culto muchas formas, que son arcángeles venidos del Empíreo y seres sobrenaturales formados por el alma de la tierra todos aquellos que con sus arpas nos anticipan las armonías celestes y con sus paletas diluyen por nuestras lágrimas los íris eternos y con sus creaciones y sus artes nos dan alas, abriendo á los ojos ciegos de nuestra carne los ocultos santuarios en que vagan los arquetipos contenidos en la eterna y suprema idealidad.

De todos estos seres privilegiados, ninguno que tenga la vista interior llamada intuicion y llegue á las cimas de lo infinito; ninguno que acerque á la realidad el ideal; ninguno que lleve al sentimiento el *sursum corda* por cuya virtud subimos transfigurados á otro mundo, como el poeta, quien idea en su mente algo superior á todo lo contingente y variable de nuestra impura vida. Y entre los poetas, ninguno que señale con tanta exactitud la edad madura de la poesía como el poeta dramático. En los tiempos primitivos suena el cantar religioso y el poema épico; aquí se oyen los hieráticos versos de Orfeo y allí las fórmulas metafísicas de Pitágoras; extiéndense las poesías cíclicas y caballerescas en la Edad Media mezcladas con las salmodias eclesiásticas: para vivir, necesita el teatro una plena civilizacion, y sólo

despues de las guerras medias crece la escena griega; sólo despues de las victorias del Renacimiento, la escena británica; sólo despues de las navegaciones y las conquistas, el teatro español. Y entre los poetas dramáticos, los mayores, los más sublimes, los puestos en el mundo para personificar una fase del humano espíritu, son, á la verdad, entre los helenos, Esquilo; entre los germanos, Shakespeare; entre los latinos, Calderon. ¿Tenemos, pues, ó no, motivo para ensalzar tan grande nombre?

La civilizacion contemporánea créese hoy obligada á mostrar á los pueblos algunos otros nombres más que los nombres de sus santos. En cada efigie, ornamento de las calles; en cada fiesta, ocupacion por algunos dias de ciudades enteras; en cada certámen donde la Música, la Poesía, la Pintura celebran y glorifican un nombre, contiénese tal cantidad de ideas, que llegan hasta los hondos abismos de la conciencia popular y divulgan el saber rudimentario indispensable á los pueblos. Por virtud de tal sentimiento unge con su predileccion ciertos sitios y los consagra como templos del arte para que los habite la humana memoria y los trasmita consagrados y bendecidos al agradecimiento universal. Por tan sencilla manera, en estrecho rincon de la Elida helénica, un bosque, más ó ménos bello, se convertia en habitacion de dioses;

un arroyo, más ó ménos copioso, en alfeo de poetas; una colina, más ó ménos alta, en base de templos; y todo esto lograba que Fídias dejase allí su estatua de marfil, que Píndaro allí leyese sus versos de oro, que el héroe de Platea ó de Maraton arrojase sus trofeos al pié de aquellos armoniosos altares, que el historiador de Grecia recitase como un orador elocuente sus olimpíadas repetidas en coros, que los templos surgiesen allí en las cimas de los montecillos, que el espíritu de una federacion griega exhalase del contacto entre tantas almas y del comercio entre tantos y tan ilustres pueblos.

Pues lo mismo sucede ahora con los sitios consagrados por el nacimiento de los grandes hombres. Cuando recorreis las calles de Florencia, tan serena como hermosa, entre los palacios de pedruscos ciclópeos, terminados por torres áereas como las cresterías góticas y trasparentes como el eléctrico ámbar, las dos figuras capitales que vislumbrais, son la sublime del poeta que llevaba las llamas del infierno en el corazon y la luz del cielo en la mente, componiendo con sus tercetos sublimes la nueva lengua italiana, tan música como la más suave melodía; y tras de esta figura, como su sombra proyectada en las artes plásticas, la de aquel titan que copiaba los torsos griegos inventados entre las ruinas antiguas y expresaba el trá-

gico dolor cristiano en la Dolorosa levantada sobre los altares católicos ; que dibujaba por los sepulcros de su patria la elegía en mármol llamada la Noche, y sobre los arcos capaces de competir con los romanos, erigia el panteon de los dioses, lanzado á los aires como un templo que subiese á lo infinito material y se dorase en la increada luz ; que abrazaba en las cíclicas pinturas de la Sixtina desde el dia primero de la creacion paradisíaca en que la humanidad se levanta entre las flores del Eden, hasta lo último del Juicio final en que la humanidad se desploma sobre el valle de Josafat entre los destellos de los soles que se apagan en pavezas y los remolinos de los mundos que se truecan en mares de cenizas. Pues bien : si visitais el templo de San Márcos, todavía empapado en las ideas platónicas de los primeros Médicis, despues de recorrer las celdas en cuyas paredes brillan las suaves místicas composiciones de Fra Angellico y los claustros por cuyos intercolumnios anda errante aún el ceñudo y sublime Savonarola saliendo para la prision como Cristo para el pretorio, preguntad por los trofeos de las dos grandes fiestas consagradas al Dante y á Miguel Ángel, y advertiréis en aquellos sus trofeos cómo la inspiracion divina de los sobrenaturales ingenios reune el alma de los pueblos y la hace una como la nacion mucho ántes de que lo hayan

intentado las revoluciones y lo hayan establecido los tratados; que si el mundo físico se rige por fuerzas cósmicas, el mundo social se rige por grandes é inspiradas ideas.

Siguiendo tal ejemplo, festejó Ambéres á Rubens, el pintor que ha esmaltado la corona de sus glorias llenando de cuadros, inmortales por la magia de sus colores y por la sabiduría de sus composiciones, toda Europa; y festejó Ferrara con otro centenario al poeta de la imaginacion ardiente, de la fuerza creadora, de la risa inextinguible, de las creaciones disparatadas, de la fantasmagoría riquísima, de los tipos inolvidables, de los viajes inverosímiles que regocijára los dias primeros del siglo décimosexto é ilustrára el período, sólo semejante á los períodos de Grecia, al Ariosto; y festejó á Camöens Lisboa, en justa gratitud por sus cánticos, los cuales anunciaron el despertar de la Naturaleza tras las penitencias de la Edad Media; y Moscou festejó á un poeta que ha muerto en nuestro siglo, Pouchkine, y á un poeta París que vivirá en todos los siglos, á Víctor Hugo. Y nosotros, con tantos nombres como brillan á manera de constelaciones en el cielo; con tantos héroes como llenan los anales de la Historia y dejan huella profunda en las encrucijadas de la tierra; con una tradicion que parece soñado poema, y unas artes que parecen celestial escala,

¿no habiamos de tener ningun nombre ilustre que conmemorar y en cuyas sílabas unir el propio culto y admiracion con el culto y admiracion de toda la humanidad? Sí, hemos elegido para nuestras fiestas cívicas y nuestros centenarios profanos á D. Pedro Calderon.

Acertada preferencia. Si la Escultura es el arte griego por antonomasia, pues representa la indisoluble armonía entre el fondo y la forma, entre el espíritu y la Naturaleza; si la Pintura es el arte cristiano por excelencia, pues representa la interioridad y la espiritualidad del alma; si pertenece á la Roma antigua la sátira sarcástica y á la Alemania moderna el poema filosófico; si el Oriente se caracteriza por sus templos colosales, y la Edad católica y feudal por sus agujas góticas; si el género propio de las letras inglesas se llama la novela íntima, y la gloria de Portugal consiste en haber dado su mayor y cuasi única epopeya de verdaderas inspiraciones á la Península; si Francia se reserva el secreto de hablar y escribir en prosa con ilacion y claridad; nosotros, los españoles, somos la nacion madre del moderno teatro. Desengáñense los extranjeros: ni áun teniendo Francia, como tiene, al cómico más observador y correcto del mundo; áun teniendo Inglaterra, como tiene, al más profundo y más humano de todos los dramáticos, pueden competir con la escena es-

pañola, de una variedad infinita, de un carácter general incomparable, de una espontaneidad sin límites, de una fuerza creadora que parece fuerza de la Naturaleza por lo vigorosa, de un número tal de autores, que cada uno de ellos podria constituir por sí mismo la literatura entera de todo un pueblo. Y este gran teatro no sigue ningun impulso extraño, no obedece á ninguna extraña tradicion; se cuaja de nuestro aire y se nutre de los jugos de nuestra tierra, como aquel Romancero, que nace castellano puro en Sahagun y Cardeña, elevando á ideal de toda la nacion la figura heroica del Cid, y concluye allá, en las rejas de Granada y al pié de las Alpujarras, entre zambras y jácaras, con todos los reflejos y todas las reverberaciones del Oriente: Iliada inmortal escrita por todos y por todos cantada, que se diria creacion del alma colectiva de nuestra España en los empeños del combate secular y en los círculos del sacrificio eterno acrisolada.

Su originalidad: he ahí la virtud por excelencia del teatro español. Su númen está en nuestro cielo, su ley en sí mismo. De aquí el sello nacional que lleva en su conjunto y que lo hace propio de la humanidad por su natural patriotismo. Así, en nuestros dias, cuando los ingenios quieran romper las convenciones aristotélicas y pugnen por sacar el teatro de la córte y de la Academia, don-

de languidecia como planta necesitada de aire y luz en estrecha y artificial estufa, tendrán que recurrir al ejemplo de España y que imitar aquel nativo esfuerzo, por cuya virtud sacudieron toda servidumbre y tomaron como norma literaria y teatral cánon la interior naturaleza de su ingenio poetas tan grandes como Lope, Tirso y Calderon. Y cuenta que se necesitaba mucho valor para prescindir de Grecia y Roma en pleno Renacimiento. Si los descubridores pilotos, azotando con sus quillas y remos las ondas, poblaban de nuevas tierras, que parecian recien creados edenes, los mares infinitos, buzos de las cenizas y de las ruinas entraban allá en los desolados desiertos de escombros y en los abismos de tinieblas para traer, quién la columna ceñida de acanto, quién la estatua radiante de armonía, quién el bajo relieve esmaltado por correctísimos dibujos. El mundo de lo pasado resucitaba en el mismo instante creador en que surgia el mundo de lo porvenir. Grecia traia una revolucion al arte, como América una revolucion á la Naturaleza. Ninguno de los ingenios de aquel tiempo se sustraia á su imperio. En los jardines de la griega Florencia brillaba la trípode áurea encendida junto al ara de Platon; por los salones de la brillante Farnesina veíase la metamórfosis de Psíquis en su lecho, y el jubileo de Galatea en su concha; bajo la mano de los papas

católicos entraban á formar parte de las iglesias los arcos de las termas y los templos de todos los dioses; copiábanse para las logias del palacio de Leon X los grotescos y las guirnaldas de la casa áurea de Neron; erraban allá en los muelles de Venecia, como náufragas, las gentes helenas con sus manuscritos á la espalda, como en otro tiempo el troyano con su padre Anquises sobre los hombros, y en los Concilios ecuménicos se juntaban la Iglesia católica y la Iglesia griega, como en un solo Dios, en una sola alma. ¿Quién podia emanciparse de esta autoridad clásica, pues? El teatro español mismo nacia bajo la sombra de las tragedias de Séneca y recortaba sus mantillas por los antiguos patrones de Horacio y de Aristóteles. Su genialidad propia no aparecia en su cuna. Para desplegarla se necesitó que surgiera el ingenio de Lope, agrandado por el ingenio de Calderon, dando á la hispana escena su carácter romántico, su independencia nativa, su libertad absoluta, su íntimo sér, toda su grandeza. Indudablemente, la madurez completa del teatro español se alcanza en la inmortal personalidad de D. Pedro Calderon. Excédele ¡ah! Lope, así en sencillez de lenguaje como en facilidad de invencion, pero no en fuerza de pensamiento. Ningun autor antiguo ni moderno ha lucido la variedad de aptitudes que luce nuestro autor. Lo mismo enreda la intriga de una come-

dia de capa y espada, enmarañando los incidentes al extremo de parecer imposible la salida ó el desenlace, que materializa y concreta las ideas más abstractas de la teología más sublime; lo mismo mueve al gracioso ébrio, último límite de las especies sociales inferiores, que á la mujer sublime cuya pureza y amor se confunde con el amor y la pureza de los puros espíritus; lo mismo desempeña un drama de Historia que un drama de carácter; y con tanta virtualidad entra en los cielos de la revelacion y de la fe, como en los círculos de la razon y de la creencia, pues en lugar de una sola persona en sí, parece la literatura teatral en su conjunto. Admiramos en Calderon lo mismo que nos admira en Velazquez, su salvacion de la universal decadencia que postraba entónces á nuestra patria. ¡Época tan triste no se conoce en ningun tiempo! La escolástica podrida en las Universidades petrificadas, el Ente dilucidado por toda filosofía, el Romancero de los bandidos sustituyendo al Romancero de los Cides, los duendes en los aires y las supersticiones en la conciencia, el Rey hechizado, el confesor exorcizante, las beatas haciendo milagros mágicos, el auto de fe allá en la plaza de Madrid, el proceso de las monjas en los tribunales, las Córtes sustituidas por los cortesanos, las embajadas de Francia, Inglaterra y Austria echando suertes sobre nuestro territorio, Churriguera en la Ar-

quitectura y el culteranismo en las letras, Cárlos V sustituido por Cárlos II, el Don Juan de Lepanto sustituido por el Don Juan de los pronunciamientos, los cultos en las letras y los gerundios en los púlpitos, una tumba por todo símbolo de la patria y un endemoniado por toda personificacion del trono: tal era la España de aquel tiempo. Y, sin embargo, Velazquez pinta y Calderon escribe como si nos halláramos en el cenit de la fortuna y de la gloria.

De todas suertes, si Esquilo es el poeta de la teogonía griega, y Dante el poeta de la teología católica, y Ariosto el poeta de la restauracion pagana, y Shakespeare el poeta de la humanidad, Calderon es el poeta de la metafísica. Las ideas invisibles, que vuelan en torno de las cosas visibles, aparecen como de relieve á los ojos de su alma. El lenguaje mudo empleado por los orbes en sus cerúleas elipses viértese con exactitud á la matemática sublime de su pensamiento. Él sabe lo que dicen las lunas á sus planetas, los planetas á sus estrellas, las estrellas á sus soles centrales, los soles centrales á la Divinidad. Sus versos presienten esa unidad sublime de la ciencia moderna, que identifica las notas del pentágrama, con los colores del íris; la luz, que todo lo esclarece, con el calor, que todo lo vivifica; el aereolito, que brilla centelleante por nuestra baja atmósfera, con el cometa, que

rueda en los confines del Universo; la electricidad tonante allá en las nubes del cielo, con los flúidos esparramados por el arpa de nuestros nervios; la vida que brota en la yema de los árboles y en el cáliz de las flores, con la idea que vaga en la mente del Eterno. Diríase que, á traves de los velos de la Naturaleza, en los abismos del hondo firmamento, en esa inmensidad que nos separa de Dios, descubre los ideales brillantes, á guisa del coro armonioso de los arcángeles, sobre todos los seres; los verbos divinos que llevan el aliento de la creacion á todas las criaturas; los arquetipos, á los cuales se ajusta como al modelo suyo todo el Universo. Los minutos del tiempo y los puntos del espacio; la relacion misteriosa entre las causas y los efectos; los seres sobrenaturales que bajan trayendo alientos divinos y suben llevando místicas oraciones; los choques del alma con las paredes oscuras de la cárcel de su cuerpo; los átomos, cuyas afinidades se buscan, y los corazones, cuyos sentimientos se encuentran en la otra vida y el otro mundo, en los cuales conviértense los podridos sepulcros de esta baja tierra en inocentes y aromosas cunas; los caminos del hombre entre el infierno y el cielo; los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos; la gran trilogia, compuesta por la humanidad, por la Naturaleza y por Dios; las ideas más abstractas toman en sus autos sacra-

mentales forma humana y entran por los conflictos de la accion en las escenas de un drama que bien puede llamarse divino y eterno. En nuestras procesiones de Corpus, al repique de las mil campanas de Madrid que llenan los aires, al olor de las flores y plantas aromáticas que cubren el suelo, realzados por las vistosas vestiduras de tantos pintorescos grupos, descúbrense los carros de los autos en forma de nubes, de templos, de dragones, de astros, donde las compañías embargadas de Real órden representan á la luz del sol, en medio de las calles, aquellos dramas, en que las ideas abstractas toman las formas de personajes vivos y representan desde los misterios de la creacion hasta los misterios de la culpa, siendo así la condensacion de los principios contenidos en la *Suma teológica* el desarrollo de la *Divina Comedia* del Dante, la apoteósis de toda la civilizacion cristiana, uno de los aspectos del espíritu, una de las fases del género humano, una de las edades del planeta, uno de los principales cánticos del Universo.

---

# UN OBISPO ESLAVO

## Y LA UNION DE LA IGLESIA GRIEGA Y LA IGLESIA LATINA.

## I.

Escribo en Semana Santa. La conmemoracion de tales dias me trae á la memoria en tropel miles de sacros recuerdos, y los recuerdos me traen al corazon miles de vivas emociones. El *Miserere*, salmodiado por el clero de mi parroquia en las Tinieblas del Miércoles, que concluian con tan trágicos estruendos, y leido por mí en los libros del dómine, que me industriaban en el latin eclesiástico, decíame, desde la niñez primera, los dolores, los arrepentimientos, los combates guardados para todo mortal en los caminos de la vida, y me anticipaba las voces de socorro enderezadas tantas veces al cielo desde los abismos y los naufragios del mundo. Ignoraba todavía que hubiera dolores propios y me daban escalofríos los lamentos de los dolores ajenos, parecidos á inexplicables misterios. Aquellos capuces que caian sobre la cruz del altar; aquellas tristezas que se levantaban á los

aires, cargadas de lágrimas, en cadenciosas elegías; aquel estruendo, parecido á los estremecimientos del terremoto, costreñíanme, al extinguirse la vela mayor y última en el tenebrario, á cogerme y asirme á la basquiña de mi madre, temiendo que las losas funerarias del pavimento se abrieran y me tragáran en la oscuridad como bocas desdentadas y cavernosas de la muerte, presentida ya entre los regocijos de la infancia.

No sé decir qué trasformacion súbita de alegría se obraba en mí el Juéves cuando llegaba de mañana temprano á la Misa mayor, veia los celebrantes vestidos de argénteas casullas, y el velo morado del altar convertido en blanca gasa, semejante á los cándidos albores de la esperanza y de la aurora. Las trompetas angélicas del órgano, los cánticos regocijantes de gloria, el alegre repique de las campanas, me inspiraban la idea de que podia el hombre redimirse á sí mismo sin necesidad del sacrificio y salvarse para siempre sin necesidad de la pasion y de la muerte del Justo. Conforme la Misa iba de suyo adelantando, mi corazon se iba tambien de suyo entristeciendo. Las campanas y el órgano habian callado; el Evangelio, que yo leia como pudiera leer el relato de un suceso en aquel mismo instante ocurrido á mi propia familia, me hablaba de tierna despedida, de sublimes encargos, de próximas traiciones y entregas, de testa-

mentos dolorosos, de conmociones, en las cuales, con los signos del pan y del vino, habian de comulgar todas las criaturas por siglos de siglos en mística y sublime cena. Paréceme ver aún la procesion, que conducia la hostia consagrada en los Divinos Oficios al recien construido monumento. Rozagantes pendones de antiguo damasco recamado la encabezaban y abrian. Sobre las sotanas rojas de los monaguillos y sus roquetes blancos, relucian los altos candeleros de plata, iluminando la cruz cubierta que llevaba el sacristan, cuya negra sotana resaltaba entre aquellos subidos colores y los hacía resaltar, á su vez, con extraña viveza. Venía luégo el clero en cuerpo, y á dos filas, llevando cada clérigo su vela y diciendo el himno al Sacramento en una salmodia fúnebre, cuyos ecos provocaban á lágrimas como si oyera el entierro de un sér querido del alma. Tras el clero venian los celebrantes bajo el palio áureo, revestidos de sus casullas litúrgicas ó de sus capas pluviales, y llevando el cáliz al recatado sagrario. Tras el clero, los concejales, con sus capas azules de vueltas negras y sus cirios blancos, de gran peso, cuya cera derretida cogian los muchachos del pueblo como pudieran coger frutas ó dulces. Muchas veces he oido caer el ataud en el hoyo y sobre su tapa la tierra. Pues no recuerdo que me haya este ruido aterrado como el redoble primero de la matra-

ca en la alta torre anunciando las Completas. Me caia de pena, tras el rezo al pié del monumento, viendo los altares desnudos, las sacras volcadas, las lámparas extintas, la puerta del santuario abierta, las cruces caidas, el sagrario abandonado: ¡ah! mi corazon parecia el sepulcro de tantas y tan sublimes tristezas.

Desde aquel punto y hora seguia yo la pasion de Cristo en el pensamiento con tal viveza, que diríase sucedida y pasada en mí mismo. Las angustias del Huerto, los horrores de la persecucion, las brutalidades de los sayones, la fuga de los discípulos, el beso de Júdas, la mentira de Pedro los odios del fariseo y el escriba, las infamias del Pretorio, los azotes en el cuerpo, la sangre chispeada sobre la columna, el abrojo en las sienes y la caña en las manos, el tránsito por la terrible calle de Amargura, los dados sobre los vestidos, la cruz acuestas, el divino rostro impreso en el blanco paño de la caritativa Verónica, el enclavamiento en los brazos del terrible suplicio; todos aquellos dolores, no sólo servian para moverme á compasion sin límites, sino para enseñarme cómo la vida humana es un holocausto sin término y el mundo un Calvario iluminado á la contínua por siniestros y centelleantes relámpagos. No me cansaba de oir los sermones en que tales tragedias se referian, ni de arrodillarme ante la Pasion,

donde constaban sobre toscos azulejos en humildes capillas alzadas á las puertas de abandonado monasterio y cubiertas con la sombra de viejos y melancólicos cipreses. El Viérnes Santo parecíame la tierra desquiciada y el cielo ausente y el Juicio final cumplido, no quedando en lo vacío más que una cruz gigantesca ocupada por un cuerpo rígido y teñida con las pálidas fosforescencias de los fuegos fatuos, esos amarillos y vacilantes soles de la muerte. Los trenos de Jeremías, dichos en la sencilla manera del canto llano, expresaban á maravilla el horrible luto de mi alma. Yo, en aquella iglesia sin luces, sin órgano, sin campanas, sin mirra ó incienso, oscura y triste, cubierta con paños mortuorios, veia la sublime Jerusalen del profeta llorosa y viuda. Mis ojos contemplaron á los que atravesaron el desierto libres de los reyes de Egipto, atravesarlo de nuevo esclavos de los reyes de Babilonia. Mis orejas oian las ráfagas del Aquilon asolador, los relinchos de los caballos guerreros, los rugidos de los cachorros hambrientos, los gritos de las águilas furiosas, los resoplidos de los basiliscos envenenados, las maldiciones de los ángeles exterminadores. En torno mio se dilataban los huesos de los muertos predilectos de Israel arrancados á los sepulcros y esparcidos por las encrucijadas solitarias á guisa de montones de estiércol. Cuando los diáconos, desnudos de sus casu-

llas negras, y envueltos en sus albas, se tendian al pié de las escalinatas del altar mayor, ocultando en las bayetas su rostro, creia yo asistir al sueño último de todos los mortales en todos los planetas reducidos á mares de cenizas. Y no tenía otro medio de expresar mi tristeza que repetir las lamentaciones proféticas y llorar la ciudad desierta, sus muros derruidos, sus piedras diseminadas, su santuario abandonado, su templo roto, sus tiendas profanadas, sus defensores muertos y sus hijas cautivas en aquella desolacion universal.

Pero bien pronto la vida renace de la muerte. Al dia siguiente, Sábado, no bien dan las diez, cuando las campanas de la iglesia recobran su voz, los tubos del órgano sus melodías, las lámparas del altar sus llamas, los incensarios de oro y plata sus aromas, los cánticos de gloria su vuelo, porque Cristo ha roto la losa del sepulcro y ha resucitado en todo el esplendor de la vida. Cual si de antemano ignoráramos lo que iba de nuevo, como en los anteriores años, á suceder, sobrecogíanos loco y exaltado regocijo. Corriamos, saltábamos á guisa de coribantes antiguos. Quemábamos la pólvora como los árabes del desierto, con la misma exaltacion y el mismo estruendo. En aquel intervalo de los repiques de gloria, toda broma, por pesada que pareciese, era consentida y aceptada. Nosotros rompiamos los cántaros más

hermosos en las cantareras más frescas, y abrumábamos de petardos los zaguanes más limpios y los balcones más floridos. Perseguiamos con cartuchos de cenizas y harinas á los campesinos que venian al mercado, y estrellábamos los huevos frescos recien cogidos en el corral sobre los pañuelos y los mantos de las muchachas que volvian de Misa. Ántes del Sábado no parecia llegada la primavera: tanto nuestro dolor la entristecia y asombraba. Despues del Sábado la espiga brotaba en el tope de los trigos y la amapola en las raíces; las almendras comenzaban á endurecerse y las guirnaldas de los demas frutales á trocarse en menudillas frutas; volvia de su emigracion la golondrina, rizando con las alas el mantial, y cantaba, oculto en los bosques, el enamorado ruiseñor; sobre cada rama cubierta de follaje habia un nido y en cada nido de lanillas ó pajas un coro; el azahar mezclaba sus blancos pétalos con los rojos del granado; florecian las espinas del nopal y temblaban al recibir las visitas del fecundante pólen los cogollos de las palmeras; subian á los cielos, á guisa de oraciones, los arpegios de las madrugadoras alondras, y bajaban, como lágrimas de alegría, las gotas del matinal rocío: todo era esperanza y amor. El suelo de las modestas calles cubríase de rosas olientes, sobre las cuales andaba una procesion, saludada por las campanas y por las músicas, en la

que volvian á encontrarse la Vírgen-Madre con dolor y el Hombre-Dios con vida. De igual suerte que la zumbante abeja saca del amargo romero dulce miel, nosotros sacábamos así de la vida material y diaria purísimos ideales, y esperábamos, en verdad, que, al morir, el sepulcro podrido y oscuro de nuestro cuerpo se trocaria en la cuna vívida y eternal de nuestro espíritu.

¿Quién avivará estos recuerdos? ¿Qué doctrina podrá traer al seno del alma este consuelo y estas esperanzas? ¿Dónde volverémos á libar esta poesía? ¿Qué cántico penetrará nuestros huesos de tales escalofríos? ¿Qué poema nos interesará como el Evangelio? ¿Qué tragedia como la Pasion? ¿Qué alas llegarán al cielo tan pronto cual llegan las dos alas de nuestras oraciones? Aunque la fe se haya trasformado en raciocinio, el sentimiento en idea, la religion en ciencia, los pensamientos nos penetran más y más nos dominan cuanto más llegan por la sensibilidad en nuestro sér intelectual y más los dora é ilumina en sus espléndidos cielos nuestra fecunda fantasía. Y la patria de nuestra imaginacion ha sido la iglesia, como la cuna de nuestro sentimiento ha sido el hogar. Experimentamos por vez primera en el seno de la familia el amor, y por vez primera en los senos de la Iglesia el arte. Y estos comienzos importan á la vida particular del individuo como el eden perdi-

do á la vida general de la humanidad. Una filosofía superficial podrá eliminar la religion de nuestra vida; pero no la eliminará, no, tan fácilmente de nuestra sociedad. Las Iglesias, aunque no tubieran otra importancia, tendrian siempre inmensa importancia política. Por esta causa hemos consagrado los dias de la Semana Santa y Pascuas á meditar sobre los problemas religiosos relacionados con los problemas orientales, en cuyo estudio venimos empeñando hace tiempo á nuestros antiguos y tenaces lectores. Casualmente, ahora mismo se suscita una cuestion gravísima en los pueblos eslavos, la cuestion de un reanudamiento de relaciones entre la Iglesia griega y la Iglesia latina para llegar á una unidad completa. El sabio y popular obispo croata Strossmajer la plantea con toda la grande autoridad que le dan sus talentos, sus virtudes, sus servicios, su historia. En luminoso informe dirigido al presidente del Sínodo ruso recuerda el célebre obispo eslavo que solamente la Iglesia de Roma y la Iglesia de Constantinopla pueden llamarse verdaderamente ortodoxas y apostólicas. Ellas dos constituyen y forman á una la grande asociacion de cristianos que debe aspirar al título de católica. Ellas dos guardan, por la sucesion de sus pontífices y de sus patriarcas, el sacerdocio instituido en persona por Cristo. El prelado no desespera de atraer la canónica autoridad de

Leon XIII á su trascendental proyecto, puesto que lo esbozaba ya en una de sus últimas alocuciones pontificias, y lo extendia más aún, si cabe, ante la última peregrinacion eslava. Como le doy importancia grande á este movimiento religioso, quiero mostraros la persona de Strossmajer, y para mostraros la persona de Strossmajer quiero deciros que presidió y encabezó la oposicion á la infalibilidad del Papa en el último Concilio. Su competencia en la teología y su expedicion en el latin diéronle un grande influjo conciliar. De haberlo escuchado el Concilio, sobre todo el Papa, no se promulgára un dogma que tan contrario ha sido á la Iglesia y tan funesto al mismo Pontificado. La Croacia perteneció un tiempo á la Iglesia griega; mas al unirse con Hungría pasó á la Iglesia latina. Despues tuvo, en el siglo décimosexto, grandes inclinaciones á la Reforma, sobre todo al calvinismo, que contrastó con su empuje la valiente aristocracia magyar, muy adicta en sus principales familias á la histórica y antigua causa del catolicismo. Colocada Croacia entre los dálmatas, los servios, los húngaros, los rumanos, ejerce inmenso predominio intelectual sobre todos estos pueblos juntos. Y, por consecuencia, nada más natural que la propuesta de su primer pensador á las dos Iglesias entre quienes comparten sus almas estos pueblos, conjurándolas

á una conciliacion. El asunto merece que nos detengamos ante él y que lo estudiemos con calma. En tanto estudio nos sirve de mucho la Historia, escuela viviente, donde, no sólo se aprende á conocer lo pasado, sino tambien á indagar lo porvenir. Así como el encuentro de muchos individuos análogos nos induce á registrar una especie más en la Naturaleza, la repeticion de muchos hechos análogos nos induce á encontrar un sistema de ideas en la Historia. ¿Qué ha sucedido cuando se ha tratado de unir la Iglesia griega con la Iglesia latina? Vamos á verlo.

Á mediados del siglo décimoquinto verificábase un célebre viaje con este mismo fin. Juan Paleólogo, emperador de Bizancio, al embarcarse para Occidente con ánimo de reunir las dos Iglesias, latina y griega, desconocia por completo cómo estas grandes oposiciones, que duran tanto en la Historia, arrancan de la misma naturaleza humana. Levantándose con el pensamiento al seno de todos los tiempos, y comprendiendo la historia de todos los pueblos, estalla ese principio de variedad tan necesario como el principio de unidad á la vida de todo el Universo. El éter, que parece increado, se vuelve luz, la luz calor, el calor movimiento, el movimiento vida, y la vida proviniente de este principio único, se diversifica y separa en aerolitos y soles, en planetas y lunas, en fajas cometá-

reas y vías lácteas, en cuerpos luminosos ú opacos, ya de resplandores propios ó ya de resplandores prestados, que componen las contradicciones y las armonías, la atraccion y la repulsion, los edios y los amores reinantes en todos los espacios. De aquí facultades en el hombre que tienden á lo vário, como la fantasía, y facultades que tienden á lo uno, como la razon; de aquí leyes en la Naturaleza que dan lo múltiple, lo individual, y leyes que dan lo general y lo sintético; de aquí en la sociedad las personas, las familias, las naciones, las razas, que son lo vário, y la humanidad, y la razon, y la conciencia, y la idea, que vienen á ser lo universal y lo uno. ¡Ah! No trateis de acabar en nosotros la unidad, porque acabariais con el género humano; y no trateis de acabar la variedad, porque acabariais con los pueblos, con los individuos, con las familias y con las razas. No tenemos derecho á derogar leyes fatales que pertenecen á la autoridad y á la promulgacion de Dios, pues tenemos derecho á reconocerlas y á proclamarlas. Las naciones, las razas, las sociedades, viven de eternas competencias, de rivalidades eternas, de batallas sin número que se extienden al arte, al dogma, al comercio, á la industria, á la ciencia, á casi todos los caractéres de la vida.

Francia una, igualitaria, clásica, escéptica, esencialmente democrática, é Inglaterra vária,

desigual, romántica, individualista, creyente y, por su naturaleza y por su historia, de todo en todo aristocrática. Asia llena de pueblos que han pasado, que se encierran como fetos en las entrañas de la Naturaleza, que viven como hechizados al pié de sus ídolos, y América llena de pueblos que presienten lo porvenir, que sojuzgan con sus máquinas la materia, que viven libres en República, que se rien de todos los ídolos y difunden y propagan todas las ideas. Oposicion eterna, oposicion inextinguible. La guerra, que es la más ruinosa y visible al parecer de todas las oposiciones, tambien es la ménos importante. Causas hondas engendran esos disentimientos que ensangrientan la superficie del planeta. La oposicion radica en el espíritu y en la naturaleza misma del hombre. Así, por todas partes estallan las contradicciones. Oposicion entre los pueblos del Asia y los pueblos de Grecia, que está escrita en Salamina y en las Termópilas; oposicion entre los reyes de Macedonia y los reyes de Persia, que está escrita en las correrías de Alejandro; oposicion entre la gente latina y la gente cartaginesa, que está escrita en las tres colosales guerras púnicas; oposicion entre Roma y Alejandría, que está escrita en la cima de las Pirámides y en el sepulcro de Cleopatra; oposicion, á su vez, entre Roma y Constantinopla en el mundo moderno, imperiales las dos, las dos cristia-

nas, pero aquélla esencialmente legisladora, y ésta esencialmente metafísica; aquélla esencialmente práctica y ésta esencialmente teórica; aquélla generadora de los concilios que dan los cánones, y ésta generadora de los concilios que dan los dogmas; aquélla autora en el mundo moderno de un Imperio germánico-latino por excelencia, y ésta autora de un Imperio por excelencia heleno-oriental; aquélla con sus pontífices, y ésta con sus patriarcas; ambas á dos condenadas á oposiciones sin conciliacion posible, que bien pueden llamarse guerras sin posibilidad de tregua.

Por consiguiente, el papa Eugenio IV y el emperador Juan Paleólogo se equivocaban, y se equivocaban grandemente, al creer que bastaban sus viajes, sus entrevistas, sus conferencias, sus mutuas disertaciones, sus firmas puestas al pié de las escrituras, sus pactos, sus convenios más ó ménos diplomáticos, para borrar oposiciones que, radicando en el seno de la Naturaleza, habian de sobrevivirles en las páginas de la Historia.

## II.

El viaje de Juan Paleólogo es una de las mayores y más luminosas odiseas que hay en la memoria humana. Religiosamente poco significa y nada

produce. Pero científica, literaria, artísticamente la nave que lo conduce deja resplandor tan claro en el océano de la conciencia, como el resplandor del sol en la retina de nuestros ojos. El historiador que se lo figure en nave áurea con blasones pontificios, bajo dosel imperial, arrastrado por la fuerza que toman del viento las ricas velas de seda, circuido de una tripulacion que brilla como un sarao flotante, debe observar en las ondas rotas por la proa y desfloradas por la quilla, á manera de esos tritones que acompañan haciendo juegos de aguas á las ninfas erguidas sobre su carro de concha, las artes plásticas, la elocuencia griega, las arengas demostenianas, las academias florentinas, las estatuas clásicas, las figuras que surgen de los cuadros multicolores, las orgías venecianas, los ejércitos de artistas, los coros de musas, la llama vivificadora del sensual Renacimiento. Juan Paleólogo se parece á Enéas, despues de caida Troya, que viene con sus penates y con sus padres al seno divino de la riente Italia, para erigir un nuevo hogar al fuego inextinguible de las sublimes inspiraciones, por las cuales parece que la humanidad pierde su naturaleza terrena y extiende, allá en lo infinito, espacios ideales, mucho más hermosos que los espacios cerúleos. Pobre emperador, dócil y humilde instrumento de la Providencia, va de Constantinopla á Italia, ol-

vidando antiguas enemistades, á pedir limosna, sin saber que lleva en su nave la mayor de las riquezas, la riqueza del Renacimiento, la cual pondrá sus esmaltes en las joyas de Guirlandago, sus toques de cincel en las estatuas de Buonarroti, su Verbo helénico en las arengas de Ficino, su color brillante en los cuadros de Ticiano, su línea clásica en las Vírgenes de Rafael, sus Nereidas en los mares de Grecia y de Italia, su calor sobrenatural en las venas ateridas del humano linaje.

Historiadores superficiales suelen decir que este viaje debe estimarse como un viaje teatral; y no distinguen la influencia superficialísima que tuvo en los asuntos religiosos de la influencia verdadera que tuvo en las artes y en las ciencias. Su peor aspecto es el aspecto contrario al concilio de Basilea. Distrajo los ánimos de las sesiones de aquel congreso; dividiólo en dos asambleas rivales; produjo un cisma pontificio con otro cisma conciliar; y preparando la Reforma, tuvo parte principalísima en la revolucion. De suerte que, sin evitar la entrega de Constantinopla á los turcos, entregó á los herejes la parte indudablemente más reflexiva de la antigua Europa. No cerró, no, el cisma, sino por breves dias; no destruyó, ni por un minuto, la oposicion radicalísima entre el Oriente y el Occidente; no acabó con las competencias de la raza latina y de la raza helénica; y

en cambio contribuyó mucho á preparar la caida de la síntesis latino-germana formada por la inteligencia entre el Pontificado y el Imperio de Occidente. Así suelen ser todas las obras de los hombres. La voluntad individual tiene bien corto radio, y cuando tira á un fin, la voluntad general ó la divina Providencia suelen traer otro inesperado fin. No hay que dudarlo: el aborto de la Reforma en Constanza y en Basilea fué el nacimiento de la revolucion en Alemania é Inglaterra. Pero estudiemos los sucesos ántes de deducir y de anotar sus lógicas consecuencias y sus providenciales enseñanzas.

## III.

La primera ciudad donde abordó Juan Paleólogo, fué la inmortal ciudad de Venecia, que comenzaba ya entónces á vestirse y adornarse con todas sus preseas. El viajero que se pasea hoy por sus desiertos palacios y por sus poblados museos, puede contemplar aún los recuerdos de esta odisea. Necesítase haber visto el escenario para comprender toda la grandeza de la escena. El cielo reluce allí siempre con matices y arreboles de que sólo puede daros idea el deslumbrante colorido de las escuelas venecianas; el mar parece que cuaja perlas y ópa-

los, que tiene aquí toques de esmeraldas y allá toques de rubíes, como un íris marítimo tendido por las aguas en vez de estar en los aires; las islas se pintan con los reflejos de las ondas, y enlazan de tal suerte las arenas brillantes, con las hojas y las flores de los árboles, que parece cada uno de aquellos reducidos espacios un paraíso flotante, próximo á irse de las lagunas de San Márcos á las corrientes del Adriático; ostentan sus edificios tal combinacion de mármoles preciosos, de columnas aéreas, de mosaicos brillantísimos, de estatuas ligeras alzadas sobre los botareles y sobre las cúpulas como ascendiendo á los cielos, que os creeriais presa de un sueño fantástico cuando los veis, segun los realzan los destellos del horizonte iluminadísimo y los espejos de los canales en cuyas aguas se repiten y se reproducen: teatro encantador, donde se ven las naves doradas junto á las góndolas negras; las velas amarillas junto á las velas blancas, semejantes á gigantescas alas de aves tropicales; los marinos vestidos de raso y los nubios vestidos de púrpura; los pajes con sus dalmáticas de terciopelo, y los guardias con sus armaduras de bruñido metal; las damas de ojos negros entrelazando los zafiros en las trenzas enrubiadas y puestas de color de oro; los galanes ceñidos de brocados varios agitando en sus gorras las plumas matizadas; los senadores con

sus trajes negros y rojos; el Dux envuelto en tisú y armiño, coronado por la diadema que remata el pintoresco gorro frigio; apercibidos todos á recibir al Emperador de Constantinopla, que sube desde el Lido, frente á los esclavones, en numerosa escuadra pontificia, acompañado por el Patriarca griego y seguido de una córte de obispos, arzobispos, dignatarios, cortesanos ataviados con bizantina riqueza, la cual brilla sobre aquellos últimos restos decadentes de una civilizacion como las joyas sobre las momias, y da ciertamente á Venecia, entre los acordes de las músicas, las cadencias de los coros, los repiques de las campanas, los estampidos de los cañones, la lluvia de oropeles y ramilletes, el gallardeo de las banderolas y de las divisas, el oleaje de la poblacion aglomerada en muelles, puentes y embarcaciones, todos los aspectos mágicos de una fiesta fantástica.

El Emperador ha recorrido las islas griegas y ha pasado en aquellos instantes por las costas adriáticas, oyendo los clamores de una poblacion escapada á la cimitarra de los turcos y creida de que van á conjurarse todos sus peligros y de que van á concluirse todos sus males. Pasa luégo del Adriático á las lagunas, de las lagunas á las bocas del Po, entre las aclamaciones de Italia que espera ver á su santa Roma restaurando el poder religioso latino hasta en el apartado seno del Oriente. En

todo este tiempo las fiestas se suceden y las esperanzas salen de las fiestas como las mariposas de las larvas. Pero en cuanto los tratados comienzan, las dificultades surgen. Eugenio IV espera á Juan Paleólogo en su trono; y al llegar éste á caballo á la puerta del salon hay que medir matemáticamente los pasos, á fin de no hacer andar al uno y al otro ni una línea más de lo debido y poder encontrarse ambos en el punto medio de aquellos espacios, pues á tales etiquetas suelen aferrarse los poderes históricos cuando más entrados están ya en su decrépita decadencia y más próximos á su total perdicion y ruina. Así, no hay para qué decir cómo extrañarian los clérigos helénicos la adoracion al Papa consagrada por los clérigos latinos al besarle las sandalias, y cómo extrañarian los clérigos latinos la altivez de los clérigos helénicos que se limitaron á bajar ante el Papa friamente la cabeza. ¡Oh! Las ceremonias interesaban más que las ideas, prueba evidente de cómo aquellos organismos iban poco á poco enfriándose y perdiendo todo el calor y toda la intensidad de su vida.

Jamas entrára el Emperador en la córte pontificia, si no lo recibieran bajo el palio reservado al Pontífice; y jamas aceptára este mismo palio, si no llevasen sus varas príncipes de familias reinantes. Jamas consintiera en acercarse á la puerta de la sala, donde la recepcion se verificaba, sino á

caballo, y despues de haber desmontado toda la comitiva. El Patriarca pasó un dia eterno y una noche á bordo, por no cuadrarle, ni parecerle á la altura de su grandeza, el ceremonial de su entrada, la cual no celebró sino cerciorado de la presencia de cuatro cardenales, veinticinco arzobispos y obispos, la córte pontificia, la nobleza en cuerpo y los soberanos de Este y Ferrara en persona. Por su parte, el Papa, tambien aferrado á las ceremonias propias de una córte como la suya, jamas admitiera de ninguna suerte al clero helénico, sino exigiéndole que los mayores en dignidad le besáran el rostro, los medianos las rodillas, los ínfimos el pié. La presidencia trajo aún otros litigios. Queríala el Emperador á toda costa, so pretexto de que en los concilios orientales presidió siempre la autoridad civil, como se ve en Nicea y en Calcedonia, donde tuvieron el primer lugar sus antecesores Constantino y Marciano. Trabajo le costó al Papa definir las fronteras respectivas del poder político y del poder religioso y señalar el puesto debido á un pontífice. Y así duró muchos dias la obra magna de designar las sedes, los tronos, las eminencias que debian ocupar cada una de aquellas dignidades tan ganosas de homenajes externos y tan olvidadas de que sobre la espiritual relampagueaba la revolucion religiosa, y sobre la civil y laica se extendia la cimitarra de los turcos.

Si tales dificultades encontraban ya en lo externo, en lo convencional, en lo ceremonioso, imagínese cuántas habian de encontrar en lo interno, en lo esencialísimo, en lo dogmático. Creian los griegos en la procedencia del Espíritu Santo, y los latinos en la misma procedencia; pero aquéllos lo derivaban del Padre solo, y éstos del Padre y del Hijo á un mismo tiempo; creian los latinos en el Purgatorio, y no creian los griegos, ó, por lo ménos, dudaban; comulgaban los latinos con pan ácimo, y los griegos con pan de levadura; aplicaban los latinos el celibato á todos los clérigos, y los griegos á unos clérigos sí y á otros no; pedian los latinos que en las deliberaciones se procediese por medio de debates, como en las asambleas, y pedian los griegos que se procediese por medio de preguntas y respuestas, como en las escuelas; sustentaban los latinos el texto siguiente del símbolo de Nicea: *Patri*, *Filioque procedit*, y sostenian los griegos que el *Filioque* resultaba una falsa interpolacion; sostenian los latinos que los griegos á su vez habian interpolado en los textos originales el *Descendit de cœlis* y el *Secundum Scripturas*, y éstos lo negaban: de suerte, que en ceremonias, en preeminencias, en ritos, en dogmas, en escrituras, existian disentimientos reveladores de la eterna inconciliable antítesis existente desde los tiempos más oscuros de la Historia, desde los pueblos más

primitivos de la tierra, desde los asomos y los albores más lejanos de las teogonías, entre el Oriente y el Occidente.

Las diferencias que habia necesidad de componer, demandaban mucho tiempo, y el tiempo que habia necesidad de emplear, demandaba mucho dinero. Emperador, Patriarca, obispos, arzobispos, todos los griegos vivian á expensas del Papa. Y el Papa se hallaba muy arruinado, porque los tributos puramente religiosos menguaban al golpe de los decretos de Basilea, y los tributos regios, políticos, feudales, menguaban al golpe de los condotieros de Roma. ¿Cómo salir de tanta dificultad? Si por pura economía licenciaba el Concilio, ¡qué pérdida tan grande para la Iglesia católica! Y si lo retenia, ¡qué ruina tan irreparable para el Tesoro pontificio! Todo su poder espiritual se hallaba empeñado en retenerlo, y todo su poder temporal en despedirlo. Á tantas angustias, se le ocurrió una idea, recurrir á la proteccion de Cosme de Médicis y demostrar á éste cuánto ganaria su Florencia, de la cual se llamaba padre, con recibir y alojar el Concilio. Cosme, que, segun malas lenguas, debiera su fortuna increible á haberse quedado con las riquezas acumuladas por el papa Juan XXIII, consagraba estas riquezas, no sólo al esplendor de su familia y su persona, sino tambien al esplendor de su ciudad y de su

patria. Inteligente, poderoso, espléndido, riquísimo, aquí tenía una academia donde deliberaban los sabios, allí una escuela donde aprendian los niños, en este lado un taller donde trabajaban los artistas, en el otro lado un jardin donde tañian los músicos y cantaban las damas, tres ó cuatro iglesias magníficas en Florencia, tres ó cuatro magníficos monasterios en las colinas cercanas, un vasto hospital en Tierra Santa, institutos de todas clases que hacian de su ciudad el santuario y de su familia el númen de aquel incomparable período en que comenzaba por todos los horizontes á lucir la alborada inmortal del Renacimiento. Tener el Concilio en Florencia; alojar al Emperador y al Patriarca griego en aquella república ateniense; ver y tratar á tantos sabios ilustres; departir sobre los problemas universales con los hombres de tantas regiones; mostrar aquella severísima é inspirada poblacion el campanile del Giotto, la rotonda de Santa María dei Fiori, los palacios y las iglesias, tentacion verdadera para la grandiosa alma que sabía gozarse en todos los espectáculos del arte y que sabía prestar culto religioso á todas las grandes é imperecederas ideas.

## IV.

Ademas, Eugenio IV estaba convencidísimo de que la influencia personal de Cosme de Médicis

sobre los doctores griegos, con quienes compartia el culto á Platon y el platonismo, habia de acelerar el término de mil enmarañadas cuestiones dogmáticas y traer la síntesis necesaria entre los principios opuestos. Cosme no era un sacerdote de la ciencia, para cuyo cultivo le faltaba el tiempo empleado en los asuntos de comercio y de política; pero tenía un exquisito gusto. Así, lo que otros comprendian con dificultad, por la reflexion, lo adivinaba él por sus intuiciones. Eugeino IV necesitó bien poco trabajo para persuadir á los que residian en las orillas del Po á trasladarse á las orillas del Arno y habitar la nueva Aténas, donde se juntaban en tan armoniosa consonancia con las bellezas del arte y las delicias del campo, la inspiracion de las ideas filosóficas tan necesarias á las grandes almas, sobrecargadas por el movimiento de los tiempos con los más difíciles problemas y constreñidas por la fuerza de las cosas á recorrer los espacios inacabables del misterio. La traslacion á Florencia fué como una nueva fiesta para griegos y latinos, pues con ella se renovaban los obsequios propios de toda recepcion, y, con los obsequios, los festejos y los regocijos. Pero la cuestion capital no anduvo gran cosa por haber andado tanto sus mantenedores. Por Enero de 1438 se congregaron los padres, y en Marzo todavía disputaban sobre si San Basilio sostenia ó no soste-

nia que el Espíritu Santo dimanaba del Padre y del Hijo juntamente. La Pascua se venía encima y la Semana Santa lo retardaba todo. Segun varios historiadores del Concilio, para acortar las razones del entendimiento, acortó el Papa de tal modo las raciones del estómago, que los padres griegos se morian materialmente de hambre. Algunos, ó más vehementes ó más famélicos, decidieron partirse y dejar en tal estado el deseadísimo pacto; pero el Emperador de Constantinopla, que lo supo, encargó á los guardias de la ciudad extrema vigilancia en las puertas y el impedimento resuelto á tal decision, si preciso fuere, por el empleo vigoroso de la fuerza y la apelacion implacable á las armas. Mas, á pesar de esta energía, encontrábase en tales términos acongojado el Soberano de Constantinopla, que escribió al Papa despidiéndose, porque reducido el asunto á quitar ó añadir una palabra del Credo, y no queriendo los latinos disminuirlo ni los griegos aumentarlo, todo estaba perdido, y no habia más remedio que irse á Oriente como habia venido. Y se fuera ciertamente, y se acabára todo, si Besarion, el gran amigo de Cosme, no redujera el problema á términos de hacer admitir á sus correligionarios griegos que si el Espíritu Santo no provenia del Padre y del Hijo juntamente, provenia del Padre por el Hijo. Con la simple admision de esta partícula trastornó hasta las inteli-

gencias más convencidas y movió hasta las voluntades más tenaces, pues la cooperacion del Hijo al Padre no podia ser como la cooperacion de los instrumentos en las obras. Á pesar de tales sutilezas, las disensiones sobre todas estas fórmulas se dilataron desde los primeros dias de Abril á los primeros dias de Junio, en que el Emperador usó de toda su autoridad para conseguir una adhesion de la mayoría de los obispos griegos al sentir universal de la Iglesia latina; y todavía nada consiguiera si de su lado no se inclinára muy resueltamente Isidoro de Rievo, y si el diez de Junio no muriera el Patriarca mismo de Constantinopla, dejando escrito que se adheria por completo á los dogmas y á los cánones de la Iglesia católica. Mas, desde el décimo al trigésimo dia, se oscurecieron mil veces los horizontes y se acercaron las negociaciones á términos de rompimiento. Poco despues del décimoquinto pidieron permiso los griegos á los latinos para irse á Venecia. Y solamente el dia veintiseis, cuando se encerraron seis doctores en la biblioteca del Papa, y el Emperador, con todo su clero, refrescó en el refectorio, resueltos á terminarlo todo, se consiguió una avenencia confirmada en la fiesta de San Pedro el dia veintinueve de Junio. Y áun por aquellos momentos estuvieron á punto de romper las negociaciones, á causa de que el nombre del Emperador

no iba junto al nombre del Papa en la cabeza de los decretos conciliares, y á causa de que la supremacía de éste se declaraba segun los dichos de los santos y no segun la letra de los cánones. Por fin, el cinco de Julio se firmó la concordia por el Papa en su palacio de Santa María Novella, por el Emperador en el palacio de Strozzi, por los griegos en la iglesia de San Francisco, y por los latinos en la iglesia de San Pedro.

El Papa se regocijaba por la terminacion del cisma, y Florencia con la alegría del Papa. Si las calles ardian en fiestas, ya puede imaginarse qué sucederia en la catedral, reunidos el Emperador de Constantinopla y el Pontífice de Roma, entonando sendos coros los padres de la Iglesia latina y los padres de la Iglesia griega, cuyos acordes se juntaban en la inmensidad de los cielos. Santa María dei Fiori acababa de terminarse y su cúpula áun no parecia enteramente terminada. Y bien puede decirse que la novedad del edificio correspondia con la novedad del instante. No es uno de estos templos del Renacimiento, en que los grandes arquitectos juntaron con cierta majestad los arcos de las termas romanas y la rotonda del Panteon elevada sobre el crucero á las alturas, como compitiendo con la misma bóveda del cielo; no es tampoco una de estas iglesias góticas, tan sublimes, que recogen la luz por las ventanas triangu-

lares y los rosetones místicos, á traves de los vidrios de colores, para aumentar la belleza de los encajes de piedra y de los alicatados orientales, entre cuyos caprichosos dibujos y guirnaldas surgen sobre repisas sostenidas por cabecitas en éxtasis y bajo doseles floridos y recamados con follaje de mirto y de acanto, las vírgenes, los mártires, los ángeles, los serafines, batiendo en aquel éter sus alas de oro y entonando eternamente de sus labios de piedra un *Te Deum* propio de tanta y tan deslumbradora poesía; la catedral de Florencia no es ni bien gótica, ni bien greco-romana; por la sábia estática de sus columnas y machones compite con los templos de tiempos más cercanos á nosotros, con San Pedro de Roma, con San Pablo de Lóndres, con el Escorial de España; por la construccion de sus arcos, tiene cierta tendencia, pero no más que tendencia, á la ojiva, resultando de todo esto un edificio singular, y en armonía con la singularidad de aquel monumento histórico y de aquel extraño Concilio. Su rotonda, la mayor en su género, obra milagrosa de Brunneleschi, primera elevacion al cielo de las piedras amontonadas por este Anfion del Renacimiento, pasa con justo motivo por prodigio de arte, pero no pasará jamas por milagro de fe; que la fe iba cayendo por aquel su ocaso en el sepulcro de donde surgia, resucitada y rejuvenecida, el alma de la antigua Gre-

cia. Hoy mismo, adornada por cinco siglos sucesivos, parece Santa María dei Fiori demasiado austera por demasiado desnuda. ¿Qué no pareceria entónces, recien conluida, apénas quitados los andamios necesarios á la construccion de su maravillosa cúpula? En el pavimento brillaban los lirios de las armas florentinas cantados por el poeta, frescos y bellos como lirios selváticos de las campiñas toscanas; en las paredes se veian sepulcros tan dignos de respeto como el de Giotto, que inmortalizó con sus pinceles á Florencia, y como el de Orso, que la defendió con sus huestes; aquí la silla de San Zenobio, cincelada por la mano de Ghiberti y sostenida por seis ángeles que parecen venir, no de los cielos cristianos, de los campos donde crecen los laureles de los dioses y corren las aguas de la Castalia y del Alfeo; allí el San Márcos de Nicolas de Arezzo en su austera severidad, ó el fresco de Paolo Ucello, que representa uno de los más valerosos condotieros ingleses montado sobre su caballo de guerra; en la pared maestra lateral de la izquierda, el Dante, entristecido, envuelto en su larga túnica, ceñida la cabeza con gorra florentina y corona de laurel, mirando la ingrata patria, á quien devolvió, en cambio del tristísimo dón de la vida, el rico dón de la gloria; en la sacristía, las puertas de bronce, enriquecidas por los bajo-relieves de Robia; y á pesar de estas

maravillas perdidas en aquellos espacios, reina por todos ellos una verdadera desnudez, que convenia al momento supremo de la reunion última del Concilio, porque no renovaba con ningun recuerdo doloroso antiguas heridas, ni ofendia con ninguna evocacion inoportuna de tiempos ya pasados antiguas y santas tradiciones.

Mas durante la misa en que se promulgó el decreto final del Concilio, brillaba Santa María de Florencia, como nunca, tapizada ricamente, esclarecida de infinitas luminarias, ocupada por muchedumbre de cardenales, patriarcas, príncipes, arzobispos, obispos, gentiles-hombres, damas, pajes, caballeros, soldados, vestidos todos con sus más ricas preseas, y sobre los cuales levantaban sus sagradas cabezas el Pontífice de Roma y el Emperador de Constantinopla. Éste deslumbraba á cuantos le veian con una piedra que ostentaba sobre su frente, y que diríase arrancada por sus vislumbres al sol, para comprar con su precio la tierra. Era un rubí del tamaño de huevo de paloma. Parecia imposible superarle. El Papa llevaba sobre su túnica de color jacinto, bajo la cual salian sus sandalias de púrpura realzadas con cruces de brillantes, un alba de encaje veneciano, y sobre el alba una capa pluvial de tisú de oro recamada con pedrería y circuida por franja compuesta con las mejores perlas que hasta entónces

se halláran en los mares. Su tiara, cincelada por Ghiberti para aquella ocasion suprema, correspondia á la solemnidad de la ceremonia, única en los anales del mundo. Treinta y ocho mil florines valian las piedras que la adornaban. Relieves repujados de la manera más exquisita la cubrian de abajo arriba. Por un lado veíase Nuestro Señor en trono de nubes y circuido de ángeles, y por otro lado Nuestra Señora, circuida de ángeles tambien; figuras con tal belleza dibujadas y esculpidas, que podia creerse en la resurreccion y advenimiento de Fídias, entregando al cristianismo este bajo-relieve trazado con los cinceles perdidos entre las ruinas del Parthenon. Para mostrar el Papa su incalculable superioridad sobre todos los patriarcas de todas las Iglesias, no habia menester ni las sentencias de los Santos Padres, ni los cánones de los concilios ecuménicos; bastábale presentarse con su tiara en la frente y decir al mundo que reinaba sobre almas capaces de idear y de ejecutar aquellas milagrosas maravillas.

Si luégo tendiais la vista por otros lados, descubriais junto á los grupos de cardenales vestidos de púrpura, los grupos de diáconos con sus casullas argentadas; aquí los magistrados florentinos, envueltos en rozagantes túnicas de terciopelo y raso, cerca de los frailes de todas las órdenes, con sayales negros, pardos, azules y blancos; allá los ar-

zobispos y obispos de la Iglesia latina, con sus mitras y sus capas sostenidas sobre el pecho por broche que cuajaban multitud de preciosas piedras; por todas partes los eclesiásticos griegos y orientales, los patriarcas con sus anchos sombreros patriarcales, los monjes con sus hábitos de estameña oscura y sus colosales capuchas, los prelados orientales con su veste de tisú y sobreveste de seda, y su manto de brocado y sus mitras bizantinas parecidas á imperiales coronas, juntamente con los nobles griegos de trajes talares tan ajustados y tan finos, y los albaneses con pintorescos uniformes, y los esclavones con ropillas de escarlata, y los croatas con gabanes de raso verde circuidos con pieles oscuras, y los valacos con sotanas de paños sedosos, y los transilvaneos con sus cuellos desmesurados y prendidos á la garganta por botones riquísimos, representantes todos de várias razas y naciones, mezclados con aquellos nobles de todas las ciudades italianas, venecianos, florentinos, genoveses, enriquecidos por el comercio, por el trabajo, por la libertad, gastando más en trajes y preseas, ellos, simples ciudadanos, que los primeros y más poderosos reyes de la tierra.

Unid á toda esta riqueza en la cual se reflejaban y se rompian, formando mil varios juegos de matices, tantas iluminarias; unid las melodías del ór-

gano, los ecos de los cánticos sagrados, las nubes del incienso, la solemnidad de las ceremonias en que oficiaban ó tenian la participacion de su presencia prelados venidos de tan remotas regiones, diputados de tan diversas Iglesias, y decidme si al romper Eugenio IV en el *Te Deum* sublime y contestarle el coro inmenso formado por tantas voces y el clamoreo de todas las campanas de Florencia echadas al vuelo en alegre repique, no debia parecer, por olvidada y perdida que esté nuestra pobre tierra en los espacios, la sublime ascension de su espíritu, del espíritu humano, por esas trasformaciones propias de su inspiracion y de sus ideas, desde el polvo y las sombras de este mundo limitado á la inmensidad de la gloria y á la presencia del Eterno. Parecia que así como al concluirse el mundo antiguo y cerrarse el libro apocalíptico de la antigua historia; cuando el Capitolio temblaba á guisa de montaña desgajada en pedazos y los dioses de la Naturaleza caian á guisa de hojas desprendidas del árbol de la vida; en la interseccion del Asia y Europa, en Nicea, se habia reunido, bajo la espada de los bárbaros aullando hambrientos de matanza, los Padres de la Iglesia para completar la idea del Padre con la idea del Verbo; once siglos más tarde, cuando el Vaticano bamboleaba á los primeros asomos de la herejía y á las primeras sublevaciones del clero, y

Bizancio se doblaba á la cimitarra de los turcos, la Iglesia del Oriente y la Iglesia de Occidente se unian en el Concilio de Florencia, Jesucristo y Platon en las academias de la filosofía, á fin de difundir por el espíritu humano, á la hora de comenzar la historia moderna, de nacer el nuevo mundo, de renacer el antiguo, en aquel Tabor de la humanidad, el fuego divino del Espíritu Santo, quo necesitaban para completarse la razon libre y la conciencia emancipada.

Escena verdaderamente teatral, la escena de Florencia. Los particulares intereses de las dos aristocracias eclesiásticas, las ideas personalísimas del Papa romano y del Emperador griego, las escolásticas composiciones de los Médicis en sus asambleas de Florencia, dejaron existente un cisma que no sólo provenia de las contradicciones externas en la naturaleza humana, sino tambien de la radical é inconciliable oposicion entre Oriente y Occidente y de la implacable y antigua enemiga de la ciudad de Roma y la ciudad de Constantinopla. Miéntras el Imperio de Occidente no se restauró, y los Papas aparecieron, con más ó ménos verdad, súbditos de los Emperadores bizantinos, existian diferencias más ó ménos graves entre las dos Iglesias; pero no era contradiccion radical é insoluble. Fúndase el Imperio neo-latino á principios del siglo noveno, en la Noche-Buena del

año 800; y setenta y cinco años más tarde se formaliza y se funda ya en definitiva el cisma de Oriente, que rasga el seno de la Europa cristiana y rompe en dos la unidad antigua de la Iglesia católica. Esta coincidencia entre la venida del Imperio y la consumacion del cisma prueba el sinnúmero de causas y de razones políticas que determinaban tal movimiento; causas y razones agravadas por la trasformacion del Imperio carlovingio en puro Imperio germánico.

Los orgullosos griegos, ufanos de sus títulos históricos, difícilmente podian reconocer como superior en religion al Papa de Roma, obligado á reconocer como superior en política al Emperador de Alemania. Si tal hicieran, faltarán por completo á la lealtad debida por todo pueblo á su historia, y se convirtieran de señores en esclavos de sus antiguos esclavos. Á esta causa universal y primera uniéronse otras muchas causas segundas ocasionales y determinantes. Pero dejad á un lado la guerra de los iconoclastas; prescindid de las luchas entre el patriarca Focio y el patriarca Ignacio; olvidad las ambiciones de Miguel Cerulario, que da el toque último al cisma como Focio le habia dado el primero; y viendo que en una misma edad se verifica la restauracion del Imperio occidental por la Iglesia católica y la separacion de la Iglesia católica del Imperio oriental, atri-

buid á rivalidades políticas este irremediable disentimiento.

Mil veces, en sus angustias, los Emperadores de Oriente trataron de unirse á los Papas de Occidente. Alejo Comeno determinó las cruzadas pidiendo socorro al Concilio de Plasencia, presidido por Urbano II; Alejo el Angel propuso concordia á Inocencio III; Andrónico el jóven demandó un concilio para tratar de mutuas inteligencias á Benedicto XII; la emperatriz Ana conjuró á Clemente IV á que la auxiliára contra Juan Cantacuceno; Carlo Paleólogo comulgó en Roma, recibiendo la hostia católica de manos de Urbano V; y muchos de aquellos señores, que llegaron hasta vender cuatro mil jóvenes griegos á los turcos porque no reconocian la procedencia del Espíritu Santo á la manera helénica, dieron de mano á sus supersticiones y se arrastraron á los piés de los patriarcas de Occidente siempre que la terrible cimitarra de los turcos y que la siniestra media luna de Osman centelleaban allá en los celajes de Oriente.

Por consecuencia, si en ninguna de estas ocasiones pudo llegarse á la concordia, ménos se llegaria en la ocasion que vamos refiriendo, sometida Roma á los condotieros, subordinado el Papa al Concilio, dividida la cristiandad entre dos Pontífices romanos y dos asambleas ecuménicas, re-

lampagueante la revolucion. Así es que en cuanto llegaron los emisarios griegos y el Emperador de Constantinopla acabó el pacto, continuó el cisma. La única consecuencia tangible del Concilio de Florencia fué horrorosa: impedir la reforma de la Iglesia por el Concilio de Basilea, lo cual indudablemente equivalia en puridad á traer y acelerar la revolucion dogmática. La Historia no debe tomarse como un conjunto de varios hechos, sin lógica ninguna que los enlace ni pensamiento que los anime. Cuando en circunstancias várias, contradictorias, por el tiempo y el espacio separadas, un mismo hecho se repite, indudablemente obedece á un sistema de ideas y á un conjunto de fuerzas, que podemos con exactitud señalar y no podemos con claridad definir. ¿Por qué la inmensa mayoría de la raza latina en el Viejo y en el Nuevo Mundo es católica? ¿Por qué la inmensa mayoría de la raza germánica y sajona en el Viejo y en el Nqevo Mundo es protestante? ¿Por qué los eslavos constituidos y acampados en el Oriente de Europa suelen profesar en su inmensa mayoría la religion griega, es decir, la religion oriental?

Difícil que convengan dos religiones distintas, dificilísimo. Se llega tarde ó temprano á un acuerdo en aquellos principios que se reciben por el raciocinio y se propagan por la demostracion. Á las rigorosas pruebas en que las verdades matemáti-

cas se fundan, resístese con dificultad el entendimiento más repulsivo á la persuasion y más ciego para la evidencia. Pero los dogmas religiosos, asunto de fe, de inspiracion, en que las creencias predominan sobre las pruebas, y cuyo criterio reside principalmente en el corazon humano y en el humano sentimiento, no admite esas transacciones que delatan la falta completa del vigoroso entusiasmo natural á todos los creyentes.

Así, cuantos esfuerzos emplee un prelado tan distinguido como Strossmayer en resolver una irresoluble antinomia, estrellaránse contra la fatalidad incontrastable de los hechos. Más que predicar inútilmente reconciliaciones imposibles, valdria persuadir á una y otra Iglesia de la necesidad en que están, si quieren salvar la parte de ideal con que iluminan las noches del espíritu humano y consuelan sus dolores, compenetrarse, dentro de su tradicion, del espíritu moderno, y servir la causa de la libertad, constituyendo grandes asociaciones profundamente piadosas y espiritualistas, las cuales guardáran la norma científica de las leyes, la inspiracion pura del arte, las escuelas de la ciencia, rompiendo las ligaduras materiales con los Estados, renunciando á todo temporal dominio y á toda fuerza coercitiva, para de esta suerte acercar al cielo la tierra y la humanidad á Dios.

---

# UN FILÓSOFO PESIMISTA.

Combatiamos en otro tiempo, los que aspirábamos á la libertad, una filosofía reaccionaria, la cual condenaba irremisiblemente la razon del hombre al error y su voluntad al mal, constituyéndolo en esclavo de una fatalidad cuyos secretos mandatos podia tan sólo interpretar soberbia oligarquía de sacerdotes convertida en sacro colegio de augures y destinada, por ende, á eterna dominacion y soberanía sobre esta ergástula de perpétua oscuridad y amarguísima afliccion. Lo comprendemos y lo explicamos fácilmente; comprendemos y explicamos que los restos del mundo antiguo, convertidos en ruinas irreparables por las revoluciones del mundo moderno, se coronen de amarillo jaramago, de punzante ortiga, de ponzoñosa cicuta. No podemos pedirles á los muertos que respiren y anden; que despidan de sus ojos luz, como no sea la luz fosfórica del fuego fatuo; que presten calor con sus huesos mondados y yertos; que huelan como las flores del campo donde van á

libar su vida tantos seres enamorados y llenos de contagioso regocijo. Los que han perdido una corona que creian divina; los que han visto extinguirse aquellas hogueras en cuyas ardientes llamas abrasaban las dos alas del espíritu humano, la razon y la libertad, para que no volase por lo infinito; los señores feudales despojados de sus timbres y de sus privilegios; las aristocracias teocráticas derribadas por la manumision del pensamiento, pueden aferrarse á una filosofía probabilista, escéptica, sensual, que, arrebatando á la inteligencia toda certidumbre de hallar la verdad y al corazon toda esperanza de cumplir el bien, haga del hombre una especie de cenobita, completamente inerte, que se ha conformado á considerar la tierra como un estrecho ataud y la vida como un holocausto á la muerte.

Comprendemos la filosofía desesperante de los reaccionarios. Pero no comprendemos que, á nombre de la libertad del pensamiento y á nombre de la emancipacion del espíritu, se divulgue una filosofía desconsoladora inclinada de suyo á justificar el despotismo de los ménos y á rehacer la servidumbre universal. Esa triste apoteósis de la materia y de la fuerza; esa negacion de la divina causa y de la Providencia suprema; ese menosprecio á la metafísica, que trajo la idea de la personalidad y puso en la personalidad el resplandor de la conciencia

ese combate contínuo á la libertad, suponiéndola sojuzgada por instintos ciegos ó compelida por impulsos ajenos á su íntima naturaleza; la confusion de nuestra organizacion humana con las organizaciones inferiores; el empeño de reducir los que esperan alcanzar la naturaleza de ángeles á la naturaleza de bestias; la creacion de dinastías naturales por medio de la herencia fisiológica y del atavismo histórico; la reduccion del mundo entero á un campo inmenso de batalla, donde sólo prevalece y sólo reina el más fuerte y osado: todos estos principios nos llevan á la esclavitud como las tendencias sobrado prácticas y positivistas que tomáran por último las escuelas griegas, hasta la estoica misma, en la Ciudad Eterna, formaron el férreo cetro de los Césares. Si la humanidad es un agregado de átomos, y la idea una secrecion del cerebro, y la mente de Platon una mixtura de fósforo, y la casualidad nuestro Dios, y la fuerza nuestro tirano, y la materia el único principio, y la nada el único fin, ¡ah! no vale cosa pensar en el derecho, en la justicia, en la libertad, ni poner entre lo finito y lo infinito esa escala de inspiraciones, de artes, de altares, que sólo conduce derechamente á lo vacío y sólo termina en las sombras eternales.

De todos estos sistemas filosóficos ninguno prevalece tanto entre la jóven Alemania hoy como el

sistema de Schopenauer, y ninguno ¡ah! nos parece tan triste y nefasto. Es la filosofía de este gran pensador la filosofía de la desesperacion, que conduce derechamente á trastrocar la idea del progreso por la idea de la retrogradacion.

Creiamos que no se perdia ningun minuto en el tiempo, que no se malograba ningun esfuerzo en el trabajo, que no se retrocedia en la constante ascension de la humanidad hácia el ideal, sino para tomar fuerzas mayores en la salida y llegar definitivamente á cimas doradas de contínuo por la luz del ideal, y desde las cuales veiamos otras y otras que casi llegaban á confundirse con la divinidad en perspectivas inacabables é inmensas. Pero ahora se ha decidido, por los que pretenden la direccion del pensamiento contemporáneo, proceder de otra suerte, y se ha elevado la desesperacion á ley moral y el retroceso á dogma político.

La filosofía del progreso, pues, ha sido combatida y contrastada por un filósofo á quien el esplendor mágico del lenguaje ha dado fama literaria y poder científico en Alemania. Este filósofo se llama Arturo Schopenhauer. Si oimos los juicios que forma de los pensadores germánicos, nos admirará la confianza en sí, la arrogancia contra los demas. Lo mismo el filósofo del idealismo subjetivo que el filósofo del idealismo objetivo; lo mismo el filósofo del idealismo objetivo que el filó-

sofo del idealismo absoluto, en su concepto, son charlatanes, sofistas, juglares ó acróbatas del entendimiento. Desesperacion y sólo desesperacion engendra en su ánimo considerar la decadencia intelectual de un siglo como el siglo décimonono y el extravío moral de un pueblo como el pueblo aleman, que tiene á Hegel por pensador y filósofo. La filosofía de éste es para su arrebatado enemigo ciencia al reves; conjunto de ideas empíricas convertidas por la nueva alquimia en ideas abstractas; comedia de mal-gusto y arlequinada de carnaval; gigantesca orgía de bacantes ébrias á los vapores de vino envenenado; espinosismo rejuvenecido y explotado para dar de comer á la familia; teatro de polichinelas movidos por el hilo de una dialéctica engañosa; encanto de profesores y agregados universitarios, los cuales serán considerados por una edad más sensata como rompe-cabezas de la juventud, desorganizadores de cerebros, mercaderes de ciencias lucrativas, paquidermos, hidrocéfalos, cortesanos de la apocalíptica Bestia, es decir, de la Universidad, que ha convertido la filosofía en fecunda mina y la cátedra en mostrador, jugando á las ideas como si jugára á la Bolsa.

Cuando se oye todo esto cree el ánimo encontrarse en presencia de un pensador original y nuevo, cuya filosofía sea, como la filosofía de Kant en

su tiempo, renovacion de espíritu humano. Pero en cuanto se le estudia con madurez y se meditan sus ideas con detenimiento, échase de ver que llama sofistas á los mismos á quienes copia y ladrones á los mismos á quienes roba. La filosofía puede y debe llamarse metafísica experimental. Por un lado se confunde, pues, con el idealismo platónico, y por otro lado con los sistemas que en la observacion se fundan. Aparte este propósito, ántes que sistema, tendencia, su concepto del mundo es fundamentalmente el mismo concepto de la escuela crítica; sus ideas sobre la razon y el pensamiento, son las mismas ideas de la escuela materialista; y el ministerio que concede á la voluntad y á su fuerza en el mundo, es el mismo ministerio concedido por Hegel á la idea. No valia, pues, malgastar tanta elocuencia en ditirambos antihegelianos; esgrimir todas las injurias monásticas de la Edad Media contra el maestro, para aceptar luégo el movimiento eterno de su dialéctica, aunque trasladándolo de la idea á la voluntad.

El mundo es mi representacion, grita el enemigo de la filosofía progresiva. Sus colores se descomponen y se entonan en mi retina; sus ruidos silban en mis oidos; las superficies de sus varios objetos se prestan á mi tacto; mas yo ignoro si el mundo es tal como mis órganos lo reproducen y lo dibujan en mi pensamiento. El mundo es una

apariencia. Pero sobre esta apariencia hay una fuerza real, inmanente, eterna: la voluntad. Así, la realidad no está fuera de nosotros, sino en nosotros. Y en nosotros lo más fuerte, lo más vigoroso, lo más permanente, lo que no sufre ni descenso ni eclipse, es la virtud de esta facultad, por excelencia interna, la virtud de la voluntad. No puede decirse, no debe decirse que la voluntad sea producto del cuerpo, no; la voluntad forma el cuerpo mismo, y nuestra organizacion y todos sus actos son la voluntad exteriorizada. Y no se trata de aquella voluntad sometida á la inteligencia y á sus conceptos abstractos; se trata de esa voluntad pristina, ingenua, casi instintiva, que se llama el deseo incontrastable, invencible de vivir; voluntad independiente de toda idea y de todo motivo, ley eterna de toda nuestra existencia.

La voluntad se halla en todo el Universo y se eleva gradualmente desde los seres inferiores hasta aquellos que tienen razon y conciencia. En su ascension progresiva, la voluntad va huyendo del fatalismo y bucando la libertad. Y en esta progresion ascendente llega á producir los individuos, las personalidades con esa señal propia y distinta del sér individual llamado carácter. En los seres inorgánicos domina la pura casualidad. En las plantas comienza á haber, por el movimiento de la savia, por la rudimentaria sensibilidad de las ho-

jas, como gérmenes de voluntad. Los insectos, con sus sabios trabajos, con sus instintos artísticos, con sus progresivas metamórfosis, cuando liban la miel, como las abejas, ó se tiñen las alas como las mariposas en el cáliz de las flores, anuncian la profecía de la voluntad. El magnetismo, el lejano poder de unos seres sobre otros seres, la virtud mutua de atraccion dice que la Naturaleza forma por sí misma, con las múltiples combinaciones de la voluntad, una especie de instructiva y maravillosa metafísica.

La voluntad estalla con todo su vigor en el hombre. Para comprenderla bien es necesario distinguirla de la inteligencia. El pensamiento es producto del cerebro, y la voluntad energía del sér; el pensamiento es el fenómeno, la voluntad es la esencia; el pensamiento es la luz, la voluntad es el calor; el pensamiento está en la inteligencia, la voluntad en todas las facultades; el pensamiento tiene un carácter subordinado, la voluntad un carácter soberano; el pensamiento no moverá la voluntad si la voluntad no quiere moverse, y la voluntad penetrará á su arbitrio en el reino inaccesible del pensamiento y lo someterá á sus mandatos: hasta en el órden de tiempo, la primera facultad que aparece en nosotros es la voluntad, pues el niño quiere ántes de que entienda y piense.

Leibnitz dijo que la cantidad de fuerza es inva-

riable en el mundo, y Schopenhauer dice que es invariable la cantidad de voluntad en las sociedades humanas. El corazon es el órgano de la voluntad, y ese órgano lo mismo se ejerce en los pueblos civilizados que en los pueblos salvajes. No en todas partes se piensa, pero en todas partes se ama. La inteligencia varía, produce y devora ideas, cree hoy lo que ayer condenaba, condena hoy lo que ayer creia; miéntras el corazon, constante, fijo en sus afectos, siempre quiere lo mismo y con igual intensidad. No todos los pueblos tienen filósofos, pero todos los pueblos tienen madres. La voluntad es indestructible, y á su fuerza se halla librada con la perennidad del mundo la perennidad tambien de la especie humana. Así como Bichat ha distinguido en fisiología la vida animal de la vida orgánica, Schopenhauer ha distinguido en filosofía la vida de la inteligencia y la vida de la voluntad. Y la voluntad, esta fuerza cósmica y humana á un mismo tiempo, produce el cuerpo y la sangre. Así, el corazon es lo primero que se mueve en la vida y lo último que se extingue en la muerte. La filosofía de Schopenhauer es la filosofía de la voluntad.

Y este filósofo de la voluntad pone la perfeccion moral en aniquilar completamente la voluntad. No predica el suicidio del cuerpo; predica el suicidio del alma. La plenitud de la vida, la exal-

tacion del sér están para él como para los místicos en el olvido de sí mismo, en la abnegacion perpétua, en el sacrificio. Reducir á la nada esa voluntad soberana, hé ahí el esfuerzo más digno de la voluntad misma. El mundo, despues de todo, no merece otra cosa. La vida es un tejido, una trama que no vale el precio que cuesta. El mundo se parece á una cacería, en la que todos somos á un tiempo perseguidores y perseguidos. Trabajo, batalla, dolor, lo presente siempre penoso, los porvenir incierto, el infierno dantesco en el corazon, los carbones ardientes de la pasion abrasando la sangre el árbol de la vida, cuyas raíces se agarran en la tierra, cuyas ramas son el cielo, sacudiendo sobre todos nosotros sus horribles calamidades; cada existencia una tragicomedia en que lo ridículo se mezcla á lo sublime, y las carcajadas histéricas de alegría pasajera al eterno llanto: hé ahí la vida. Así, en noche estrellada, luciendo el cielo con grandes resplandores y resaltando en el cielo sereno la primer estrella de la tarde, un amigo le preguntó al filósofo si creia en la existencia de seres superiores al hombre en aquellas esferas; y el filósofo respondió que no, que el organismo termina en el hombre, y que ningun sér superior al hombre podria tener la voluntad de vivir ni rebajarse hasta tomar un papel en esta prosaica comedia de la existencia, desenlazada siempre con la misma

uniforme escena, con la escena de la muerte. Y volviéndose á mirar á la tierra y alcanzando á descubrir, tras su vegetacion y sus organismos, generaciones extintas y acortadas en su inmenso seno, de las cuales provenimos los vivientes y cuyos átomos circulan por todo nuestro cuerpo, exclamó: «Los muertos están ¡ay! en nosotros.»

El pesimismo resume su doctrina. Y si el pesimismo resume su doctrina, inútil decir cuán opuesto será en política á la idea del progreso y de la perfectibilidad humana. Rara vez triunfan las causas justas, segun él, en la tierra. Las mejores se pierden por sus propios excesos. Profundo desprecio le merecen los ensueños democráticos. Esos axiomas del triunfo próximo é inevitable de las democracias le suenan á verdaderos barbarismos. Las democracias están destinadas, en su concepto, á pasto eterno de las tiranías. Las muchedumbres europeas no se diferencian de las muchedumbres asiáticas. Éstas sirven á sus tiranos, que las conducen al campo de batalla como el pastor conduce el ganado al pasto; aquéllas sirven á los demagogos que las llevan á las revoluciones con las sonoras palabras de sufragio universal y nacionalidades modernas. La política oscila perpétuamente entre la dictadura y la licencia. Ya pasan los reyes constitucionales, semejantes á los dioses de Epicuro, en que siempre es-

tán á la mesa. Ya se levantan las formidables barricadas. Á esta agitacion política de Europa prefiere el silencio, la muerte de Asia. Fia poco, muy poco, en los gobiernos para mejorar á los hombres, porque cree que tendrán siempre interes en corromperlos.

Hé aquí adonde conduce el pesimismo, al desprecio de la libertad, al desprecio de la justicia, á negar una ley tan segura como la ley del progreso humano, á desconocer una verdad histórica tan evidente como el advenimiento de las democracias, á envidiar una vida tan semejante á la muerte como la vida de los pueblos asiáticos. Bien es verdad que todas las ideas de Schopenhauer se animan, se encienden vivamente en el odio inextinguible á la escuela de Hegel. Y como quiera que la escuela de Hegel produjo la extrema izquierda, el partido que se llamaba de la jóven Alemania y que era adicto á estos tres principios, á la unidad de la nacion, al derecho de las democracias y al gobierno de la república, Schopenhauer la persigue con su sarcasmo y quiere soterrarla bajo sus hipocondriacos anatemas. Esa filosofía de la desesperacion social pasará siempre como un alarde del mal humor del individuo y no entrará en el tesoro comun de la humanidad. Solamente es fuerte y solamente es duradero el principio social que se funde en la naturaleza del hom-

bre. Y es ley de la Naturaleza que la idea progresiva, pensada por un filósofo en las puras abstracciones de la ciencia, pase con vigor á la realidad y la trasforme. Tambien es ley de la Naturaleza que estas ideas desciendan á clases oprimidas, las iluminen en su inteligencia y las alivien del peso de sus cadenas. Y el pensamiento, en su trabajo contínuo, va creando una sociedad superior, más asentada en el derecho, más propia para habitacion del espíritu, más cercana al ideal supremo de justicia. Estas verdades no podrán tener originalidad, como no la tiene todo aquello que pertenece al género humano; pero tienen completa, absoluta evidencia y serán el consuelo al dolor presente y el incentivo á futuras glorias.

Despues de considerar el conjunto de las ideas pesimistas, mi conciencia se afirma con mayor fortaleza en una fe viva, en la fe de que cada siglo es un himno al progreso y de que la Historia entera es el poema de la libertad. No hay sino evocar los tiempos pasados para comprender los tiempos futuros. Meditad sobre el Apocalípsis que forman las páginas en que ha dejado cada edad su pensamiento, y os persuadiréis de que subimos grada por grada hácia un ideal de verdad y de justicia. Despues de haber leido las páginas de Schopenhauer, comencé á evocar, como evocaban los antiguos profetas, las grandes visiones histó-

ricas, y descubrí lo que voy á contaros. El ángel que graba en libros de diamantes los grandes hechos humanos, desciende á la tierra y se posa en el extremo Oriente. Su cabeza se inclina sobre el pecho, como si no pudiera sostener la pesadumbre de un gran pensamiento. No de otra suerte se inclina sobre su tallo la rosa en las mañanas de la primavera, cuando no puede sobrellevar el peso del rocío celeste. En las arenas incandescentes del Desierto se levantan nieblas rojas parecidas á lagos de fuego, y en esas nieblas se dibujan con oscuros colores visiones apocalípticas dignas de ser contadas en la severa lengua de Daniel y de San Juan. La tierra se halla agitada, convulsa, como una mujer en los dolores del parto. Grandes terremotos la sacuden, que abren profundísimas grietas, de las cuales se levantan á los aires vapores mefíticos en que va disuelto el aliento de la muerte. El cielo parece un volcan del reves, un volcan que tuviera su cráter hácia la tierra. Las piedras crujen, las ramas de los árboles se entrechocan, los montes se inclinan como bosques agitados por el huracan, los rios salen de madre y se extienden por los profundos valles como las lágrimas por las arrugas de envejecido rostro, y los mares, irritados, se alzan en espirales de hirvientes trombas á lo infinito y vuelven á caer mugiendo en sus profundos lechos que semejan negras copas rebosantes de hiel.

sobre todo este desquiciamiento, allá en las regiones limpias y serenas de lo infinito, se extiende por la inmensidad donde componen los astros su inefable música, una como sonrosada aurora, en la cual se dibujan hermosos ángeles con túnicas celestes, alas blancas, coronas de luz sobre las espaciosas frentes, arpas en las manos, entonando un himno, al que se asocian los coros de los mundos. Grandes ciudades pasan como una procesion misteriosa de sombras. Sus torres y sus palacios y sus muros se caen, y sólo quedan de pié sus sepulcros. Babilonia llora sobre sus jardines abandonados; Ménfis se encierra como en un sudario en las arenas del Desierto; Aténas y Corinto depositan en las orillas de sus mares las coronas de acanto; Jerusalen se retuerce de dolor sobre las piedras destrozadas de su santuario; Tiro, como la Safo griega, se envuelve en su manto de púrpura y se arroja del seno de sus naves al seno de las ondas. Pasa rápidamente, seguido de una legion de guerreros griegos, los cuales repiten versos de la *Iliada* al són de las lanzas sobre los escudos, un jóven maravilloso en un carro de oro, tendido sobre cojines de púrpura, con la túnica clásica en los hombros y la tiara oriental en la frente, los labios vibrando voluptuosas odas, la convulsa mano en una copa de esmeralda milagrosamente cincelada y los ojos fijos en hermosa vír-

gen, vestida de blanco y coronada de adelfas que, ante él, de pié, tiembla á su mirada como la casta Dafne á los rayos del sol. Alejandro, Alejandro dicen las ciudades y repiten las bóvedas de los sepulcros como un grito de angustia. Yo fundaré, exclama el jóven, una ciudad templo para guardar vuestros dioses, museo para colgar las coronas de vuestras artes, academia para encerrar vuestras ideas, biblioteca para depositar vuestros libros, santuario para vuestro espíritu, lecho para confundir vuestras razas; yo la fundaré á la sombra de las palmeras y de las pirámides, con el mar delante como un espejo y detras el Desierto como un misterio, y será, por el pensamiento, la diosa de la tierra, como heredera universal de vuestra vida. Entónces una voz misteriosa dice: «Es tarde; para tí la vida es un festin, y Dios quiere que la vida sea un combate.» De misteriosa selva sale una ciudad con una lanza en la mano y una loba en los piés. Algunos bandidos, de diversas tribus ignominiosamente expulsados, la siguen.

El genio irónico y burlon que hay al pié del mundo, el eterno sátiro llamado duda meneaba la cabeza y decia: «No, no puede ser.» Un amarillento rio le besa los piés de barro. Sus casas son de humilde ladrillo, no comparables á los templos de mármol donde se encierran los dioses del Oriente; sus ejércitos, ladrones; sus habitantes, los mi-

serables de todo el mundo. ¿Ha de ser una cloaca la corona de la tierra? Ladrones, magos, grécu-los, sicofantas, patricios orgullosos, plebeyos humillados, retóricos viles, ¿vosotros vais á dominar el mundo que no han podido dominar ni los conquistadores ni los sacerdotes? ¿Bastará hacer una pirueta y recibir un bofeton para tener el espíritu divino de la omnipotencia y mandar en la tierra? Roma, Roma, ¿bastará que te decidas á ser, en tu monstruosa voluptuosidad, la prostituta de todos los pueblos, para convertirte en su reina?

Miéntras tanto, Roma escribe en sus tablas una idea, la idea de la unidad del mundo, y con una idea se conquistan los pueblos. Sale de sus madrigueras, arroja á los cuatro puntos del horizonte cuatro puñados de su tierra sagrada y forma como una nueva humanidad. Siracusa cae de rodillas á sus piés; Cartago muere atravesada por su lanza; Cirene besa las orlas de su manto; Numancia le ofrece sus cenizas; Aténas le entrega su lira, Corinto, su cincel; Tébas, la llave de sus sepulcros; Jerusalen, su templo, y los dioses todos descienden del Olimpo griego ó del Oriente asiático para ser los cortesanos de Roma, que lleva en su puño la vibrante lanza y en sus sienes la sagrada fórmula del humano derecho.

Es una mañana, una de las últimas mañanas del antiguo mundo. Roma celebra sus lupercales, y

un soldado brutal ofrece á un hombre de frente espaciosa y de profundos ojos, cuya figura lo llena todo, espléndida corona de rey. El pueblo romano grita como una fiera herida, grita porque sobre la frente de uno solo vislumbra el signo de la esclavitud de todos. La libertad, murmuran algunos, la libertad nos ha dado la tierra; el despotismo nos la quitará. Roma aparece como un monumento inmenso de autoridad y de grandeza. Á sus piés, todos los pueblos; en el fondo de las gemmonias, esclavos de todos los climas; en el Senado, representantes de todas las razas; en el circo, gladiadores que pelean entre sí, ora á pié, ora desde altos elefantes; en los templos, los dioses amontonados de todas las religiones, y en la cima un hombre solo con una corona de laurel sobre las agitadas sienes, á las cuales se agolpa la sangre de toda la humanidad. De pronto un puñal derriba á aquel hombre, que espira en el Senado. Pero su sombra se levanta, se extiende, se dilata como una espesa noche y cubre á Roma. Entónces el hombre que por virtud habia cometido un crímen, que por humanidad habia matado á otro hombre, viendo la libertad perdida, se clava su propio puñal en el corazon y muere renegando de la virtud y maldiciendo á Roma.

Son las tres de la tarde, sí, de la última tarde del antiguo mundo. Las tinieblas cubren la tierra.

Las aves se ocultan gimiendo en sus nidos. Siniestros y agudos truenos resuenan en las nubes. Rojizos relámpagos centellean sin cesar. Sobre un monte hay un patíbulo, una cruz, y sobre esa cruz un hombre divino que espira. Sírvele de pedestal una colina que se llama el Calvario. Á los piés de la cruz se ve una mujer de rodillas, con el corazon traspasado de dolor y los ojos llenos de lágrimas : es una madre. Al pié del Calvario, grupos de soldados que se reparten una túnica : son los sicarios de la tiranía. Á lo léjos, entre las tinieblas y los relámpagos, Jerusalen, una ciudad que espira. Terrible corona de espinas atormenta las sienes del mártir; agudos clavos, sus manos y sus piés. Los soldados, para calmar la sed horrible que despierta la agonía, le dan en una esponja hiel y vinagre. En aquella suprema agonía ve pasar el mundo antiguo con sus Césares y sus esclavos, y lo condena á muerte. El puñal del tribuno ha sido impotente para matar la tiranía. Pero la ha ahogado la amarga lágrima del mártir. Treinta y tres años ha vivido sobre la tierra. Los doctores le han despreciado y él ha sabido burlar su ciencia. La Sinagoga le ha llamado blasfemo, y él la ha abierto al espíritu humano. Roma le ha condenado á morir, y él ha condenado á Roma á la eternidad. Ha venido á redimir al esclavo, á grabar la santa idea de igualdad en todas las frentes, á re-

conciliar á todos los hombres en el seno de la fraternidad universal, á darles con el soplo de sus ideas un solo espíritu, y un solo orígen y un solo Padre que está en los cielos; y todo esto lo ha hecho sin derramar más sangre que su propia sangre, muriendo y no matando, con la aceptacion de un cruento sacrificio, la muerte para sí, á fin de que su muerte fuese la vida para todos. Las auras han secado sus lágrimas y besado sus labios; las golondrinas han quitado los abrojos de su corona; el ángel de la muerte, despues de haberle herido, se arrepintió y fué á sacarlo del fondo de su sepulcro.

En la Roma de los emperadores se oye un inmenso festin. En los palacios brillan figuras que se destacan de fondos claros como si fueran un maravilloso relieve. Representan los espirantes dioses paganos, que del cielo de la fe han pasado al cielo del arte. Una música voluptuosa llena los aires y parece salir de las pinturas, de las columnas, de las estatuas como un misterioso himno. Las lámparas de oro despiden la luz alimentada por el aceite de nardo. En mesas llenas de todas las riquezas del mundo se sirven platos gigantescos, donde se ven todos los manjares que pueden excitar el paladar, y copas de oro y de esmeraldas en que hierven todos los vinos que pueden embriagar el cerebro. Las bailarinas gaditanas danzan al

són de las castañuelas; cantan las esclavas griegas versos de Anacreonte, más embriagadores que el vino; recita el rey del festin voluptuosos poemas, ofreciendo libaciones á los dioses; se matan á lo léjos los gladiadores en formal batalla, mezclando los vapores de su sangre con los vapores de la orgía, y sobre lechos de púrpura, coronados de flores, vestidos de riquísimas sedas, los señores del mundo comen y beben, dejando caer la frente fatigada en el seno desnudo de hermosas mujeres ebrias de placer, cuyos besos se confunden con el ruido de las copas y los acordes de la música. En medio del festin, cuando más entregados están aquellos hombres á sus delicias, se oye un espantoso fragor, como si un mundo se desquiciára sobre sus cabezas. Las puertas ceden. Unos jóvenes altos, nervudos, de larga cabellera, vestidos de pieles, cubiertos de sangre hasta las rodillas, con hachas en las manos, entran. Á sus pasos, las pinturas de los dioses se desvanecen como un sueño, las estatuas caen, los cánticos cesan y los afeminados señores de la tierra corren á esconder su vergüenza. Son esclavos de una raza más fuerte.

Roma ha muerto. Sobre sus ruinas amontonadas y llenas de sangre se oye el cantar de Alarico, tan siniestro como el chillido del ave nocturna, como el rugir de las fieras. El Tíber arrastra len-

tamente en sus ondas de hiel los amuletos, los ídolos, todas las reliquias del mundo que ha espirado. Sobre las columnas rotas, sobre las estatuas mutiladas, sobre las aras esparcidas, yacen tantos cadáveres que parecen una siega de hombres. La noche es sombría. La luna de vez en cuando rompe el velo de las nubes é ilumina este paisaje como una lámpara funeraria. El aire triste que gime entre las ruinas va cargado de cenizas. Algunas veces sopla tan fuertemente que hace chocar unos huesos con otros huesos en siniestro ruido. Gigantescos monumentos han quedado de pié entre las ruinas, como para atestiguar la inmensidad del estrago. Un viejo sacerdote, vestido de humilde sayal, sale de un sepulcro. Algunos otros más jóvenes le siguen. El anciano se hinca sobre el duro suelo. El anciano dice : «Roma ha muerto. ¿ Será posible, Dios mio, que consientas en la caida de tanta grandeza ? Horrible pecadora, ha pagado sus culpas. Pero, Dios mio, hay algo más grande que todas las ciudades y sus culpas, hay tu misericordia.» En esto rasga la oscuridad de la noche un resplandor misterioso que, sin ser luz, penetra de indefinible claridad la vista. Del seno de aquel resplandor sale un hombre sublime, cuyos ojos encieran abismos más profundos y misterios más impenetrables que la inmensidad de los cielos.

«Yo resucitaré á Roma. Yo quiero convertirla

en el centro del mundo moral. Que los huérfanos tengan una madre, que los ciegos tengan una luz, que los desgraciados tengan una esperanza. La Roma antigua ha muerto por sus vicios : que la Roma nueva viva por sus virtudes. En la antigua Roma habia cortesanos : que en la Roma nueva sólo haya hombres. Los Césares la han asesinado; pero la resucitará la religion. Cedan las orgías su lugar á la ciencia, las blasfemias á la oracion, las cadenas á la igualdad de todos los hombres en el seno de la justicia y en la confianza de Dios. Sobre el altar que levantemos no haya Césares, sino un santo y vivificante abrigo para el espíritu humano. ¡ Maldito sea el primero que se crea heredero de los Césares dispersos por el soplo de la divina cólera! Éste es el hogar de la libertad; éste es el asilo del derecho. Aquí han de venir todos los hombres á aprender que todos son iguales, que todos son hermanos, que todos son libres, que Dios levanta para todos el sol y para todos reserva la resurreccion en otros cielos y en otros mundos. Á tí, anciano, á tí confio el depósito de estas verdades, y para que las guardes resucitaré á Roma tres veces, la arrancaré primero de los dientes de Alarico; despues, de las uñas de Genserico; y, por último, de los piés de Atila.» Y una bendicion cayó sobre el anciano y un cántico misterioso resonó en los cielos.

Entónces comenzaron á pasar largas series de procesiones delante del anciano, á cuyos piés batian sus verdes palmas los mártires, y sobre cuya cabeza batian sus blancas alas los ángeles. Venian primero unos hombres nervudos, fuertes, vestidos de pieles, con las manos llenas de agudas lanzas, entonando un cántico salvaje que semejaba el aullido de las fieras en las selvas. Y el anciano los bendijo. Venian despues relucientes caballeros con su casco de plata, sobre el cual caian plumas de todos colores; su escudo de oro, en que iban grabadas misteriosas leyendas, y su traje de hierro, que resonaba de una manera estridente; caracoleando en sus potros, los cuales relinchaban sobre una arena teñida de sangre; acompañados, precedidos, seguidos de grandes bandadas de águilas y de cuervos, que formaban en su alrededor como una espesa nube. Y el anciano los bendijo. Venian despues, sobre naves empavesadas, audaces navegantes, y sobre altos pedestales primorosos artistas. Los unos agrandaban la tierra dotándola con islas y continentes, sobre los cuales tejian sus ramas, cargadas de flores, grandes árboles en que entonaban un himno infinito miriadas de aves, cuyos gorjeos iban á perderse en el bramido de las cataratas, el hervidero de los volcanes y el embravecido oleaje del profundo Océano. Los otros, sobre el blanco mármol cincelaban estatuas

de bellísimas formas, y sobre las tablas figuras de espléndidos colores. Y á unos y á otros el anciano les bendijo. Venian despues corpulentos varones con un traje de blanco armiño, un manto de roja púrpura, una corona de pedrería en las sienes y un globo de oro en la mano izquierda y una espada en la derecha, seguidos de hermosas damas y brillantes pajes. Y el anciano los bendijó. Y despues vinieron varios seres humildes, sin hierros, sin caballos, sin armas, sin pinceles, sin naves. Parecian, en medio de tanta grandeza, como los primeros apóstoles al pié de la Roma de Neron, entregada á sus orgías. Y dijeron: «¿Nosotros solos somos huérfanos? ¡Oh! No. Bendecid tambien la libertad y se realizarán las promesas del Evangelio.»

Y no la bendijeron. Pero la libertad continuó su camino. Un dia se reunieron várias gentes humildes en el seno de asociaciones libres, verdaderos árboles benditos, á cuya sombra latió el gérmen de un nuevo mundo, de una nueva sociedad en la tierra. La conciencia bajó en lenguas de fuego sobre aquellas gentes; la conciencia humana, hasta entónces eclipsada. Unos tomaron el arado, otros el trillo, otros el azadon, miéntras sus hermanos tomaban las armas para defender el hogar, para defender la familia que en este hogar anidaba, para defender el jurado que mantenia la justicia

entre todos estos ciudadanos y la paz entre todos estos hogares. Y de nuevo fueron á pedir al hombre que se creia continuador de la redencion sus bendiciones, y las bendiciones les fueron negadas. Y entónces la conciecia floreció en el alma de los plebeyos. Y sus enemigos se juntaron, se convirtieron, se llamaron reyes absolutos; y sobre un puñal y una calavera juraron que habian de levantar sus tronos con huesos plebeyos y en sangre plebeya teñir sus mantos reales. Pero no solamente adquirieron los plebeyos conciencia, sino que tambien, bajo las frias sombras de la esclavitud, y á despecho de sus tiranos, adquirieron razon. Y la razon se levantó sobre sus almas con la majestad y la grandeza con que el sol se levanta desde el abismo de los mares por la inmensidad de los cielos. Y los tiranos, que estaban ciegos, no veian el oriente de la razon humana lucir esplendoroso, deslumbrador, en la ancha frente de los pueblos. Y miéntras ellos forjaban y remachaban cadenas, pesadísimas cadenas, la razon subia, subia á lo infinito, hasta medir el espacio, hasta pesar en la palma de sus manos los astros rutilantes, hasta beber el manantial de nueva vida en el curso sosegado de las ideas inmortales. Y entónces sonó la hora de la promulgacion de los derechos humanos en la conciencia universal. Y como los tiranos querian apagar una idea que era como el fuego vi-

tal en las entrañas de la sociedad, esta idea brilló, ardió, iluminó; pero tambien consumió, tambien devoró, y los cetros se troncharon. Y las coronas se derritieron. Y los tronos se trasformaron en cadalsos. Y los reyes, que habian querido tener como ministros de su justicia á los verdugos, sintieron pasar el frio filo del hacha del verdugo por sus gargantas. Y en aquellas explosiones, semejantes á la erupcion de mil volcanes, al estampido de un huracan de electricidad, al desgajamiento de todo el planeta, azotado por un gigantesco terremoto, se fundieron las cadenas del esclavo y se abrasó su corona de espinas.

Y habia brotado en las aguas, como inmensa flor marina, un nuevo mundo. Y este nuevo mundo era más hermoso que el paraíso en los dias primeros de la Creacion, cuando la luz recien salida de la palabra divina lo besaba con el candor y con el fuego del beso de los primeros amores. Los mares se dormian en brazos de sus playas, sonriendo celestemente como los ángeles cuando se levantaban, mariposas de los astros, en sus cunas etéreas. Las montañas llevaban allí una falda de selvas y una diadema de nieves. Las selvas impenetrables, testigos de los primeros siglos, con sus árboles cargados de frutos, con sus praderas sembradas de flores, con sus coros de aves canoras que entonaban himnos inmortales á las alturas. Tanta luz,

tantas armonías, rios como mares, mares como cielos, cielos cargados de estrellas como las flores tropicales de rocío, praderas infinitas y sin término, montañas que eran columnas de zafiro, rematadas con chapiteles de diamantes, debian ser, y eran, el templo inmenso de la libertad.

Mas la codicia humana lanzó allí, de barcos malditos, legiones de esclavos, negros como la noche. Y aquellos esclavos pudrieron la tierra con la sangre que el látigo extraia de sus pieles, y la conciencia con las sombras que la servidumbre condensaba sobre sus almas yertas. Pero ¡ ah ! que vinieron la razon y la conciencia tambien á iluminar aquellas negras sombras y á empaparlas en su divino éter. Y un dia la razon y la conciencia se hicieron hombre en un genio de redencion y de paz. Y aquel genio, desde lo alto de un templo que será bendecido por todas las generaciones, rompió las cadenas y se las arrojó, todavía enrojecidas, á la proterva frente de los mercaderes de carne humana. Y la tierra respiró.

Mas no bastará esto. El pária ha engendrado al sudra; el sudra al ilota ; el ilota al esclavo ; el esclavo al siervo ; el siervo al vasallo ; el vasallo al súbdito ; el súbdito al ciudadano y el ciudadano engendrará al hombre lleno del espíritu divino, al hombre que debe centellear de su frente espaciosa toda la luz del pensamiento libre, y vivir

en el seno de la justicia, como viven los astros en la inmensidad de los cielos.

Así Dios resplandecerá en lo infinito. Así el espíritu humano será el compendio y el resúmen de todo el Universo. Los hombres serán hermanos, y el cielo como el techo del hogar paterno. La Naturaleza florecerá á su aliento, parecido al soplo creador. Los horizontes brillarán cuando el hombre los mire, como si recibieran una nueva luz. Descenderán los astros á su oido como las palomas del valle. Subirán las ideas á las alturas, como las espirales del incienso, como los aromas de las flores. Y cada idea que suba descenderá de nuevo sobre el espíritu humano en lluvia de espiritual rocío. Y el trabajo será como las fuerzas de la Creacion, é irá transformando los seres, perfeccionándolos, enrojeciéndolos en la viva luz de lo ideal. Nubes de los aires, palomas de los valles, astros de lo infinito, almas desprendidas de la oruga de la Naturaleza, torrentes de ideas, todo cuanto viva, todo cuanto crezca, todo cuanto forme en su progreso ascendente la esencia de un alma, servirá para unir la tierra con el cielo en eternos, inextinguibles amores.

---

# LOS RENOVADORES RELIGIOSOS DE AHORA

Y LOS DEL RENACIMIENTO.

Nada más antihumano que desconocer las eternas necesidades de la humanidad, y nada más antisocial que imponer á toda una sociedad las creencias de tal secta ó los caprichos de cualquier individuo. No sabemos dónde se halla la inmensa hoguera en que la luz del oxígeno extendido por los astros del firmamento se aviva; no sabemos en cuál academia misteriosa pueden guardarse los modelos y dibujos de las formas que revisten desde las flores hasta la mujer; no sabemos qué cocina química junta los átomos de cal componentes de nuestro esqueleto con las chispas de fluido eléctrico difusas por la red misteriosa de nuestros nervios; pero el movimiento nos arrastra, el calor nos anima, la vida se difunde por todo nuestro sér sumergido en el océano insondable de los espacios infinitos. Pues como no sabemos la gran pila, ni la gran norma, ni el inmenso hogar, ni la vívida luz, ni las llamas devoradoras, ni el amor universal en que las corrientes magnéticas y los or-

ganismos vivos y la sangre caliente se animan, ¡ah! no sabemos el orígen de todas esas inclinaciones incontrastables que nos llevan al culto de un Sér eterno y á la esperanza en una inmortalidad segura. Pero de tales inclinaciones invencibles nace la religion universal. Un Bautista, un Profeta, un Redentor siembran, arrastrados por sus vocaciones, en oportuno instante, ideas misteriosas por los aires que recogen su palabra; y los apostolados se organizan, y las predicaciones se difunden, y los combates se empeñan, y los martirios siguen á los combates, y las apoteósis á los martirios; hasta que las aras y los altares surgen, y las iglesias dibujan sus cúspides en el horizonte, y largas generaciones viven confiadas y muertos innumerables duermen tranquilos en el seno amoroso de comunes creencias.

Es verdad que se necesita de un minuto favorable del tiempo y de una disposicion igualmente favorable en la humanidad. Poned una bellota en el frio granito, ponedla ó guardadla en vuestra propia mano, y jamas germinará. Pero encerradla en el arado surco y confundidla con el húmedo campo de labor en sazon oportuna. El aire del cielo y el agua de las nubes la descompondrán; el humus de la tierra y el calor del dia la fecundarán; y de aquella descomposicion y recomposicion químicas brotará el tallo, que, fortalecido por el tiempo,

llegará tarde ó temprano á convertirse por fuerza en la gigantesca encina, cuyo tronco parece, por su solidez, como los minerales inorgánicos, y cuyas ramas brindan asilo á las aves y frisan con lo infinito y perduran como la eternidad. Pues así las religiones. Una hora providencial, un revelador inspirado, una necesidad sentida, la conciencia de un siglo dispuesta, y brota por su propia virtud la nueva fe, que levanta un templo, á cuyas columnas y bóvedas se acogen las almas religiosas como las parleras aves al ramaje de la eterna encina.

Y hago estas reflexiones prévias, no á humo de pajas, sino ante la consideracion del sinnúmero de absurdas extravagancias dichas en un congreso filosófico últimamente celebrado en París y que se denomina Congreso de ateos. Uno de esos señores, que niegan á Dios porque no lo sienten ni en su corazon ni en su conciencia; ciegos que no ven los matices de la luz espiritual; sordos que no oyen la música de los mundos; infelices que no adivinan la inteligencia suprema; cuya virtud todo lo ordena en serie luminosa, con medida y con peso, hase atrevido á decir muy sériamente que las religiones provienen de algunos enfermos más ó ménos nerviosos, los cuales, al sentir que les dolian los callos y presentir por esa molestia varios fenómenos atmosféricos, anunciaron con seguridad un dia de

lluvia y recogieron las adhesiones de varios pobres fanáticos, embaucados por el natural cumplimiento de tan fácil y prosaica profecía.

Ya los sabeis, seres sobrenaturales que promovisteis tantas grandes obras é inmortalizasteis á tantos pueblos y siglos. Blancas flores de Lotho, que habeis llevado sobre vuestra corola gérmenes de mil religiones en larva; esfinges de los desiertos de Caldea, en quienes los orbes depositaban sus secretos celestiales como las abejas su aurea miel en las celdillas de blanco esponjoso panal; Ísis, de los pechos ubérrimos y de la fecundidad inagotable, como la luna envuelta en el negro velo de la noche, y propicia por su ministerio divino á los panteones y á los muertos; ninfas que palpitasteis entre las fosfóricas espumas del mar de la Jonia; divinidades que pusisteis la lira en manos de Homero, el cincel en manos de Fídias, la paleta en manos de Apéles; alturas del Sinaí, cuyos relámpagos tanto han esclarecido al mundo, y alturas del Calvario, cuyas voces tanto lo han consolado; Vírgen-Madre, seguida de letanías sin fin y presente á todas nuestras oraciones, que recoges en tu regazo el aliento de nuestros suspiros y la evaporacion de nuestras lágrimas; vosotras, deidades para las cuales se han levantado desde las pagodas á las pirámides y desde las pirámides á los panteones, y desde los panteones á las catedra-

les, cimas del mundo moral santificadas por ex-votos, manando tantas y tan místicas ideas; bien averiguada vuestra naturaleza, no sois más que los recortes de incómodas excrecencias, sacados por las navajas del pedicuro entre los dedos y los juanetes y las uñas de la parte inferior de nuestros cuerpos. ¿Puede darse más estúpida blasfemia?

Explicadme cuantos estimais así las más altas y nobles aspiraciones del alma, por qué todavía hoy una cuestion teológica cualquiera se sobrepone á todas las grandes cuestiones políticas y sociales; explicádmelo, en verdad. Los principales periódicos del mundo han reproducido la carta sencilla, pero ferviente, de un canónigo de San Pedro, el cual, parecido allá en su coro á las frias estátuas de mármol levantadas sobre los mudos sarcófagos y los solitarios altares, murmurando las oraciones de su rito con la misma rutinaria salmodia del viento de las Pontinas y de los Apeninos, entre las ramas de cipreses y sauces en los jardines vaticanos, se ha erguido un dia con soberbia y ha declarado con llaneza que no podia seguir perteneciendo á una religion toda externa, y que abjuraba de ella para abrazarse á un cristianismo espiritualista, mucho más cercano á la persona de Cristo y mucho más encendido en el amor sobrenatural que todos los ritos solemnes de una Iglesia destituida de misticismo y de uncion.

Dos motivos da el sacerdote á la tardanza en manifestar su resolucion : primero, el temor á entristecer los últimos dias de Pío IX, y segundo, el deseo de cooperar á la union entre la madre Italia y la Santa Sede bajo el pontificado de Leon XIII. Mas, trasladadas las cenizas del primero al lugar de su eterno descanso, y renovados por el segundo los antiguos disensos entre la Iglesia católica y el moderno Estado, creia de su obligacion moral ir en pos de una religion más espiritualista por su íntima naturaleza y ménos incompatible con la libertad y con la patria. Mirada esta resolucion con la indiferencia que suelen cuantos no han sentido el combate interior entre las creencias heredadas y las creencias adquiridas, aseméjase á una voluntariedad individual; pero mirada desde más altos puntos y con relacion al carácter del converso, aparece como cruenta victoria sobre sí mismo de esas que, dividiendo en dos la existencia en las cercanías de su ocaso, entristece todos los sentimientos y los amarga cuando más necesitan la santa majestad del reposo. El conde Campello, miembro de aristocrática familia, hermano del viejo estadista conservador, canónigo del clero pontificio, dotado con las ricas prebendas de la primer basílica del mundo, circuido de relaciones y de honores que formaban parte integrante de su sér, ha necesitado esfuerzos sobrehumanos, muchos dias de angustia y

muchas noches de vigilia para despedirse y separarse, por movimientos interiores, del hogar sacratísimo de su alma y del templo inmenso en cuyos pavimentos duermen sus mayores y bajo cuyos arcos y rotondas se han mil veces exhalado esas oraciones y esos pensamientos que disipan y evaporan la vida. Desde la iglesia de mármoles, bronces y mosaicos, cuyas riquezas costaron al mundo católico la unidad, ha pasado á triste iglesia metodista, cuya humildad y modestia prestan al culto celebrado en su oscuro seno las apariencias de una religion perseguida y naciente. No habrá conseguido poco monseñor Campello si ha conseguido la tranquilidad de su corazon y la paz de su conciencia.

Mas los verdaderos católicos necesitan estudiar estos sucesos y comprender toda la filosofía que revelan. Como cada cosa tiene su ideal abstracto, cada hecho tiene su razon suficiente. Y es un hecho innegable que, desde principios del siglo, los más insignes oradores de la Iglesia católica, ó han abandonado sus dogmas, ó han abandonado su política. Lammenais resucitó en su *Indiferencia* el alma de los antiguos padres griegos, por la copia de saber, la elevacion de pensamiento, la ortodoxia de doctrina, la majestad y viveza de elocuencia. Pocas veces ha librado Roma en las fuerzas de un hombre tantas esperanzas. Cuando llegó á la

capital del mundo, no en la oscuridad como Lutero, en el esplendor de su gloria, precedido de universal renombre, acompañado de escuela brillantísima, recien salido de aquellos monasterios de Bretaña, donde su pensamiento adquiriera la resonancia y la sublimidad del océano, con las señales de sus maceraciones en el rostro y los relampagueos de su eterno pensar en las miradas, parecia que iba de nuevo á entrar un apóstol de las gentes por sus puertas eternales con la pluma mojada en los íris de las ideas dogmáticas y el corazon ganoso de combate y de martirio. ¡Ah! ¡Designios inexcrutables del Eterno! Á los pocos dias el humilde ortodoxo fustigaba en bíblicas estancias á los Papas y sus aliados los reyes como pudieran los profetas antiguos fustigar á los Baltasares y á los Sardanápalos, á los falsos ídolos y á los sacerdotes idólatras. No le siguió Lacordaire por ese camino de sublevada heterodoxia, pero reprobó la política tradicional de la Sede Apostólica. Su alma quedaba en el nido místico de la fe primitiva, como el alma de Savonarola, su maestro; mas reconociendo y confesando que los puritanos de los Estados-Unidos se acercaban más en sus creencias sociales y en sus instituciones políticas al Evangelio que los confesores y los cortesanos de cien reyes. Con menor brillo, pero con igual intencion, divulgó análogo pensamiento en sus elo-

cuentísimos sermones el padre Ventura Raulica. No existe un pensador eminente que no se haya divorciado del sentido tradicional de la Iglesia, ora en lo relativo á la religion, ora en lo relativo á la política. Nadie ideó para la Roma católica un ministerio tal como el ministerio que ideára Gioberti cuando queria la superioridad de Italia sobre todas las naciones y la superioridad del Pontificado sobre Italia. Y, sin embargo, el gran Gioberti, que vivió entre los ortodoxos, murió entre los herejes. La Santa Sede, para la cual soñára una primacía semejante á la que quisiera para su Alejandro III las ciudades lombardas, jamas le perdonó que uniera con su ortodoxo sentido un sentido liberal, y le arrojó de su regazo porque habia con pasion amado la libertad y la patria. Algun tiempo despues sobrevenia mayor y más pavorosa catástrofe. El sabio entre los sabios se llamaba Doellinger. Sus maravillosos libros resplandecian como un cielo estrellado de pensamientos más bellos que los soles. Ninguno demostró con tanta ciencia cómo en todas las Iglesias reinaba la diversidad, la desunion, miéntras en la Iglesia católica la unidad. Sus obras apologéticas sumaban á las ricas ideas de un Orígenes el viril estilo de un Tertuliano. Envanecíase la Iglesia con su gloria cuando, celebrado el Concilio último y proclamada la infalibilidad pontificia, pasó el más sabio de los apologistas á

la numerosa legion de los herejes. Iguales determinaciones tomaron el orador insigne á quien conoce el mundo con el nombre de padre Jacinto y el insigne teólogo á quien conoce con el nombre de padre Curis.

La teología casuística, la moral probabilista, la canónica ultramontana, la doblez loyolesca, el absolutismo papal, la declaracion de dogmas en cámaras familiares, los vetos puestos á todos los progresos modernos, el combate á muerte con la vídida idea de nuestro siglo desprendieron de los cielos del catolicismo todas esas almas aladas en cuyo seno palpitaba, como en el seno de los ángeles venidos á levantar la losa del sepulcro de Cristo, inspiraciones celestiales para intentar una resurreccion.

Tal estado de los ánimos, no hay que dudarlo, engendra una tendencia, la cual se determinará cada dia mas, tanto en el catolicismo como en el protestantismo, la tendencia incontrastable á buscar todo cuanto existe de comun y uno en las várias iglesias cristianas y componer con esta unidad y comunidad de creencias las bases inconmovibles de la nueva religion indispensable á las sociedades modernas. Tamaño pensamiento trae conturbados los espíritus más altos, que sienten ya la necesidad de oponer una liga luminosa y fuerte al desbordamiento de los dos materialismos cuyos

excesos hoy privan: el materialismo jesuítico en religion y el materialismo darwinista en filosofía. El Dios de los hebreos, el Verbo de los platónicos, el Espíritu de los alejandrinos, las ideas republicanas del Evangelio, la moral sublime del Decálogo, la tradicion cristiana, que tan admirablemente se ha enlazado con la democracia y con la libertad en pueblos como Suiza, Holanda y América; las sublimes figuras de Cristo, de San Francisco, de Savonarola; el espíritu de igualdad que anima toda nuestra religion hacen que al catolicismo imperial de Roma y al bizantinismo asiático de Rusia, y al anglicanismo aristocrático de Inglaterra, y al protestantismo pietista y monárquico de Prusia, pueda oponerse con esperanzas fundadas una religion toda del espíritu y capaz de levantar un ideal sublime en las jóvenes y entusiastas democracias de la moderna Europa.

Un fenómeno intelectual de aproximacion de las Iglesias enemigas se notó en el cristianismo, como se nota hoy, allá por la segunda mitad del siglo décimosexto.

Lo más curioso que habia en aquel momento era el estado de la conciencia pública en Italia y en casi todos los pueblos católicos. Instintivamente, como si presintieran las guerras horribles que iban á caer sobre el mundo por la separacion definitiva entre la revolucion nueva y la estabilidad

histórica, pugnaban por una conciliacion. Vióse, despues del saco de Roma, cambiar profundamente las tendencias artísticas y convertirse por transformacion maravillosa en tendencias teológicas. La entrada de los saqueadores en la Ciudad Eterna dispersó á los artistas y los alejó de su academia natural, como los tiros del cazador dispersan á las tímidas y nerviosas avecillas, expulsándolas de sus serenos y blandos nidos. Despues que se acabó el Juicio final de la Sixtina; despues que se colocó la estátua de la Noche en el panteon de los Médicis; despues que se cayó en la eternidad el pincel que trazára la Transfiguracion y el Thabor, no sólo de Cristo, sino tambien de la humanidad; despues de todos estos milagros vino esa decadencia del arte que representan los Carraccios en la pintura, y en la escultura los Berninos.

El Arte se creyó con capacidad bastante á sustituir la Reforma, como se creyera la Poesía en otro tiempo con capacidad bastante á sustituir el Cristianismo. Lo que Virgilio fuera en la Roma clásica respecto á Cristo, lo fueron Rafael y Miguel Ángel respecto á los reveladores del siglo décimosexto. Quien se detenga con alguna reflexion á contemplar al gran poeta latino, adivinará en sus exámetros bien pronto la idea que los anima como una savia misteriosa. Presintiendo con las adivinaciones propias de su soberano ingenio

el número de esperanzas religiosas que iban á cuajarse en una religion distinta de la religion romana, Virgilio quiso que, dentro de este culto, se llenáran esas incontrastables aspiraciones de la humanidad en su siglo. De aquí las promesas cuasi mesiánicas, las esperanzas cuasi cristianas, las pinturas cuasi evangélicas de aquel sacerdote de la poesía, que unas veces habla como las sibilas de Cumas y otras veces habla como los profetas de Jerusalen. Creedlo: hay un conato en Virgilio de evitar el cristianismo por la renovacion del paganismo, conato semejante al que tuvo más tarde, no por intuicion, no por espíritu profético, no por presentimiento, como cumple á un poeta, sino por reflexion, como cumple á un filósofo, la escuela platónica, conocida con el nombre de escuela de Alejandría.

Los artistas podian creer desde su empíreo que aquellos íris, en los cuales se bañaban sus ojos; que aquellos ángeles, surgidos como ideas arquetípicas de sus fecundas fantasías; que aquellas rosas místicas, sembradas en los caminos etéreos, conducentes desde el mundo al cielo; que las vírgenes perfectas, revestidas con las formas griegas y animadas con las ideas cristianas; que los coros de sibilas y profetas, elevados en las cimas de lo sublime; que toda aquella luminosa lluvia de ideas estéticas bastaban para llenar el infinito moral

encerrado en el corazon y en el entendimiento del hombre, los cuales no se llenan sólo con el arte, sino que necesitan tambien de la religion y de la ciencia. Los artistas formaban como una parte de la revolucion universal; pero los sabios, los maestros, los renovadores, formaban como otra parte de esa revolucion inevitable. Puede decirse que, desconociéndose, odiándose, apartados por largas distancias, sin comprenderse los unos á los otros, rivales entre sí, Lutero y Zuinglio, Erasmo y Vives, Rafael de Urbino y Angelo Buonaroti, eran los matices de la universal revolucion humana.

Siempre que hay una de estas crisis universales se inspiran á una en ella, por lógica necesidad, hasta las inteligencias que parecen más resistentes á la opinion pública y más apartadas del movimiento universal. Miles de síntomas denotaban allá en los comienzos de nuestra era la venida del Cristianismo, como miles de síntomas denotaban aquí en el Renacimiento la venida de la revolucion religiosa y el arraigo que iba tomando en las conciencias y en las costumbres públicas. Ni España, ni mucho ménos Italia, las dos naciones romanas por excelencia, preservábanse del general contagio. En la nacion italiana, las sociedades literarias formaban como una Iglesia independiente, aunque dentro de la Iglesia universal y católica. Ora tuviesen por fin propio el cultivo de las bellas artes;

ora se consagrasen á los más abstrusos principios de la ciencia; ora viviesen la vida política, ostentaban dogmas, cultos, liturgias, ceremonias, cánones, si no disconformes, apartados y distintos del universal espíritu católico.

No hay sino recordar los jardines de Florencia, donde se reunian los últimos discípulos de Platon. Aquí, las hayas de Thesalia, recordando los orígenes del antiguo pueblo griego; allí, entre los mirtos, las abejas zumbantes que iban á depositar ó á beber la miel ática en los labios de los oradores inmortales; más allá, los plátanos de Oriente cargados de cigarras, gratísimas á los oidos helénicos, y las higueras, de cuyo dulce fruto se alimentaban los grandes sicofantas; sobre altares de mármol, cincelados por bien armoniosa manera, los bustos de Platon ceñidos de verdes laureles é iluminados por misteriosas lámparas, y en torno de aquellos simulacros de la ciencia, las legiones de filósofos departiendo sobre la existencia de Dios y sus pruebas, sobre la inmortalidad del alma y sus destinos, sobre la naturaleza del pensamiento y sus orígenes, sobre la universalidad de las cosas y sobre la universalidad de las ideas, sobre lo infinito de que venimos á la vida y lo infinito que encontrarémos despues de la muerte; cosas todas dichas entre cadencias de arpas y de coros que reproducian en notas los conciertos de las estrellas

y revelaban en palabras los arquetipos de la eternidad. ¿Qué fué todo aquello sino una satisfaccion buscada por almas sedientas de lo ideal, en religiones que á la verdad no eran, no, la religion consagrada é histórica? ¿Qué eran sino sectas dadas á buscar la verdad, el bien, la hermosura fuera y léjos de la Iglesia?

Y lo que decimos de Florencia lo decimos con mayor razon aún de Venecia, la gran ciudad reveladora del moderno helenismo en Europa. El mar Adriático es como el principio de los mares griegos; las costas de Albania, llenas de ciudades vénetas, comunican y confunden la cultura italiana con la cultura helénica; desde los archipiélagos griegos á las arenas del Lido y á las isletas de San Márcos extiéndese una estela de luminosos recuerdos disueltos como el fósforo en las celestes aguas. Los venecianos trabajaron desde fines del siglo décimotercio por una conciliacion estrecha entre la Iglesia metafísica de Oriente y la Iglesia canónica de Occidente. Los Padres citados á los concilios de conciliacion deteníanse á contemplar los mosaicos y los mármoles de la ciudad marítima, y á esparcir las ideas metafísicas de la Trinidad y del Verbo. Cada biblioteca de patricio era un tesoro de manuscritos y cada imprenta nueva un pedestal puesto en la admiracion del mundo á la Grecia antigua. Los Aldo Manucios no pasaban de im-

presores, y no pasando de impresores hállanse colocados en la gloriosa estirpe de las más altas ilustraciones por su empeño en publicar los libros helénicos. Cuando cayó Constantinopla bajo los turcos, Venecia recogió los últimos efluvios del alma griega, escapados por las heridas cruentas de la gran ciudad del Bósforo.

Esto hacía que, anhelosa por sintetizar la idea helénica con la idea latina, no se curase mucho de la ortodoxia y siguiese, sin darse cuenta de ello, una especie de religion semioriental y semioccidental, término medio entre el patriarcado y el pontificado, cuya forma externa se halla en aquella iglesia de San Márcos, guardada por los caballos de las cuadrigas atenienses, revestida de mosaicos bizantinos, con los despojos de los templos paganos por todos sus rincones, y sobre sus sienes las rotondas, copiadas de la veneranda é inmortal Santa Sofía. Region así no estaba muy dispuesta, no, á ser como una gran resistencia en el combate heroico entre la antigua estabilidad y la moderna revolucion.

Así, en el seno de Roma, ciudadanos idos de Venecia, como Contarini, ó idos, como Giberti, de Florencia, formaban asociaciones religiosas, en la forma no hostiles á Roma, pero en el fondo paralelas al protestantismo. Dispersos los artistas; acabada la religion de la belleza con los últimos arre-

boles del arte perfecto; entristecida Roma como la Jerusalen de Jeremías; muerta Florencia como la Aténas de Queronea; cerrados los cielos del Renacimiento, volvíanse las almas al seno de la religion, donde nacen los consuelos eternos cuando acaban las esperanzas terrestres, y se explayan y se esparcen los corazones sobrecogidos por la desesperacion que infunden en las grandes crisis sociales. Las soluciones impuestas naturalmente á espíritus de tal grandor, dimanaban del alma de aquel que, abrasado en la hoguera y reducido á cenizas, áun vivia como Cristo en sus apóstoles y sucesores. Las soluciones dimanaban, pues, del alma de Savonarola. Veian las altas inteligencias, con vision clarísima, cuánto se habia malogrado en el mundo con malograrse la idea de Savonarola, y cuántos horrores habian venido sobre el mundo con abrirse el disentimiento irremediable y tristísimo entre el espíritu moderno y la Iglesia histórica. Movidos por tal modo de pensar, no hay para qué decir cómo aquellos hombres, últimos restos del helenismo florentino y veneciano, pugnarian por traer segura inteligencia entre la revolucion y la Iglesia.

En realidad, no se daban cuenta ni razon de toda la trascendencia que al dogma tenian sus asociaciones, las cuales trasformaban el intransigente sentido de la Iglesia oficial y la iban poco á poco

aproximando á una conciliacion. Sea de esto lo que quiera, cuando el espíritu humano siente ciertas necesidades encuentra medio de satisfacerlas, y cuando siente ciertas irresistibles aspiraciones encuentra medios de cumplirlas. Existia, lo mismo en la Iglesia ortodoxa que en la Iglesia reformada, una corriente de aproximacion, de inteligencia y de concordia, la cual habia de manifestarse por fuerza en várias asociaciones fundamentales, hijas de estas incontrastables tendencias. En Alemania, por ejemplo, los amigos y discípulos de Melanchton aspiraban á un protestantismo cuasi católico, y en Italia, los amigos y discípulos de Contarini aspiraban á un catolicismo cuasi protestante. Inteligencias, no sólo sin comunicacion, en abierto disentimiento, señalaban las mismas horas en el reloj de los tiempos, las mismas ideas en el seno de los entendimientos, á guisa de las armonías prestablecidas que ciertos filósofos han ideado para explicar las relaciones del alma con el cuerpo. Era, pues, difícil que, tanto en el Catolicismo como en el Protestantismo, dejase de advertirse la fuerza é impetuosidad de esta corriente.

Ahora bien : aquel movimiento de las almas en pleno siglo décimosexto, interrumpido, comienza de nuevo en nuestro siglo. Hay en la Historia ideas que desaparecen por completo en los abismos del olvido para reaparecer de nuevo en las várias

superficies de los hechos. El dualismo de Manes ocúltase como vencido en Persia, cuando á los doscientos años de esta derrota resucita por milagrosa manera en Bulgaria y más tarde, á la callada, en Provenza, encendiendo la inteligencia y el corazon de los albigenses. Lo que pensaba Melanchton cuando escribia el símbolo de Ausburgo con ánimo de que fuera, por su moderacion, aceptable á los católicos; lo que pedia Contarini cuando inclinaba la férrea voluntad de Paulo III á una conciliacion estrecha con la protestante Alemania; lo que proponia Cárlos V al trazar con la espada de sus victorias los cánones del *Interior;* lo que meditaban tantos prelados españoles del Concilio de Trento, como proponian una Iglesia parlamentaria, presintiendo los males del absolutismo pontificio; todas esas generosísimas tendencias reaparecen hoy en Europa y arrastran muchos entendimientos y muchos corazones de ingenua grandeza.

Y es necesario, porque lo invade todo el materialismo, sustituyendo á nuestro Dios espiritual, á quien hemos amado como un padre, la fuerza ciega, el acaso arbitrario, la fatalidad incontrastable, bajo los cuales se rinden y encorvan primero las almas, para rendirse y encorvarse luégo los pueblos, desapareciendo al mismo tiempo que la Providencia del cielo ¡ay! el Derecho de la tierra.

Todas las degeneraciones materialistas de las escuelas griegas coinciden con la organizacion del cesarismo romano y la esclavitud de las sociedades antiguas. Por no poder explicar el misterio, suprímenlo á una los materialistas, y al suprimirlo suprimen las profundidades del alma humana y nos truecan á sabiendas en seres mecánicos movidos por cualquier resorte material como las máquinas. Y luégo resulta que sus átomos caen tan léjos de la experiencia como nuestras ideas; que sus puntos matemáticos aparecen tan abstractos como nuestros dogmas religiosos; que su unidad de las fuerzas se conoce como la unidad de nuestro Dios, por sus efectos; y que necesitan sus ciencias exactas de tantos postulados, hipótesis, teoremas sin demostracion como nuestras ciencias metafísicas.

La verdad es que el «¡Venciste, Galileo!» atribuido por las leyendas teológicas al gran Juliano el Apóstata, se repite siempre que lucha una fuerza material con una idea pura. No se inventaron jamas redes tan espesas para prender y cazar las almas religiosas, esas aves del cielo, como las urdidas por el Canciller de Alemania en sus combates con la Iglesia católica. Quien arrojára legiones y más legiones sobre un Imperio fortísimo hasta derribarlo en tierra, nada pudo contra inerme anciano, erguido sobre las alturas innaccesibles de un dogma indefenso. Y el nombramiento último

de célebre canónigo alsaciano para eminentísima sede vacante, significa un paso dado hácia el pórtico de Canosa, donde las coronas de los emperadores alemanes se inclinaron rendidas ante la majestad de los Pontífices romanos. É igual trasformacion en Francia. Tras tantos alardes temerarios de independencia, tras tantas amenazas al clero, los mismos que han perseguido á las órdenes religiosas proclaman la necesidad inevitable de sostener el Concordato. Y bajo distinto aspecto, igual fenómeno en España. La Restauracion que nos asaltó en Diciembre del año 74, no podia olvidar cómo la Revolucion empezó en Abril del año 65 por la Universidad, y en la Universidad tomó su primer desquite, y en la Universidad desahogó sus antiguos resentimientos. Pues en Febrero del año 81 ha tenido que proclamar la inviolabilidad del pensamiento humano y restablecer las volcadas cátedras, aras de la filosofía racionalista y de la ciencia moderna.

Esas huestes árabes que bajan de las cordilleras y ruedan cual huracanes ardientes por las arenas del desierto destruyendo, incendiando; esas batallas de Tunez que contrastan toda la furia de los galos; esa horrible agitacion de Trípoli que amenaza desencadenar la guerra europea; esas revoluciones militares de Egipto las promueve un muchacho enfermizo desde un serrallo solitario, entre

los resuellos de la triste agonía de un Imperio decadente, porque lleva un libro sacro en las manos, un alfanje bendito á la cintura, y sobre su frente la palabra y la idea de un profeta.

Á la España intolerante del siglo décimosexto corresponde la religion inquisitorial de San Ignacio como á la democracia florentina del siglo décimoquinto corresponde la religion republicana de Savonarola; encuentra la liga de los príncipes feudales de Alemania un profeta monárquico que se llama Lutero como encuentra la liga de las ciudades helvéticas un Guillermo Tell del espíritu que se llama Zuinglio; los aristócratas de Inglaterra tendrán su anglicanismo semejante al catolicismo destronado miéntras los demócratas tendrán sus presbiterianos imbuidos en la idea evangélica de la República de Cristo; educará Ginebra por ministerio natural á los peregrinos que van en la Flor de Mayo á fundar los Estados-Unidos de América como educará la Bizancio imperial á los czares de Rusia. Pues nosotros, los que creemos hoy en una renovacion del mundo, no renunciamos á la esperanza de renovar su religion.

---

# LOS REPUBLICANOS SAJONES.

Lo declaro sin rebozo; pertenezco en alma y cuerpo á las riberas del Mediterráneo. Aquella parte de mi vida, llamada por los antiguos escolásticos en sus divisiones sutiles y numerosas, vegetativa, se confunde con el suelo de las riberas mediterráneas en terminos que, si bien las flores de mi estilo no huelen á embriagador azahar ni los frutos de mi ingenio saben á hespéridas mieles, ¡oh! los nervios de mi cuerpo se agarran á los huertos de granados y á los valles de olivos, y á los torrentes de adelfas con arraigo, como las raíces mismas de todas estas meridionales plantas. Gústanme las colinas sahumadas de espliego, y las siestas henchidas de cigarras, y las bardas tramadas por el enlace de los nopales con los áloes, y las almazaras chorreantes de aceite, y las rotondas vestidas de bronceadas tejas mudejares, y los copos cargados de argénteas escamas, y las olas azules teñidas de luz resplandeciente, y los diáfanos cielos cortados por

los umbríos palmerales, y las macetas en las ventanas sombreadas de jazmines, y las serenatas en las noches resonantes con amorosas canciones acompañadas por el pespunteo de melancólica guitarra, y los ojos negros chispeando á traves de las celosías misteriosas, y la estela helénica en las aguas bordadas de luminosos puntos por el centelleo de los rayos solares, y la cisterna árabe junto á la cual brillan las cetras con los búcaros, las ánforas romanas con la jarra semita, y la flor en el almendro, y la amapola en el sembrado, y los limones entre las hojas verdinegras, y los dátiles bajo la corona de palmas, y el mosto en los lagares, y las velas latinas en el mar, y las costas de mármoles con los arenales de oro, y el mirto, grato á los antiguos dioses, y las armonías indisolubles entre la hermosa Naturaleza eternamente pagana, y el claro espíritu nuestro, clásico eternamente.

Esta supersticion llega por completo á mi filosofía y mi estética y mi historia. Pareceríame la tierra un desierto, si pudiéramos despojarla de Grecia, de Italia, de Provenza, de Cataluña, de Valencia y de Andalucía. La línea que Rafael aprendiera en las inflamadas crestas de los Apeninos alzados por Toscana y Umbría; el colorido que la paleta del Adriático mostrára en sus cambiantes deslumbradores á los ojos del Verones y del Ticiano; la música medio española y medio griega

de Bellini, por esencialmente siciliana; el romance de Góngora, en cuyos asonantes se oyen las olas de Marbella y en cuyos córtes se ve la destronada majestad de Córdoba; el patio de los arrayanes con la cristalina alberca donde áun se retratan las sultanas, y el damasquino ajimez por do penetran los aromas de la vega y los rumores de Granada; los intercolumnios de Poesthun, que repiten las odas pindáricas de las sirenas coronadas con corales y algas; los exámetros de Virgilio, tan serenos como los lagos lombardos, festonados de guirnaldas de pámpanos; los diálogos de Platon tan dulces como las colmenas del Hibla, y tan religiosas como las teóricas ó procesiones del Pireo; los oradores hablando y los poetas escribiendo en la melodiosísima Aténas; todas estas manifestaciones del genio meridional privan en mi gusto y me dan el orgullo digno de nuestra excepcional y privilegiada raza.

Mas, dígalo en verdad, pocos heleno-latinos tendrán hoy entre las razas puramente sajonas de uno y otro mundo tantos y tan buenos y tan apasionados amigos como yo tengo. Bien es verdad que mi exaltacion por el Mediodía no me ha impedido prestar homenajes sinceros de mi estima constantes á las virtudes y á los talentos de la mayor entre las naciones de Europa y la mayor entre las naciones de América. ¡Cuántas calidades envidia-

bles los sajones! Su culto á la conciencia, que les da una base tan firme de moral, y su religiosidad íntima y espiritualista, que les hace tan idóneos para gobernarse á sí propios; individualismo, el cual no excluye la obediencia y sumision voluntarias á las leyes; su concepto de los derechos del alma y de la inviolabilidad del hogar; el arte con que fundan, do quier van, así un jurado popular para establecer el juicio entre pares, como una representacion parlamentaria para curar de los intereses públicos; el sabio método de sus progresos políticos, que las naciones nuestras envidian y no siguen; su observacion tan vigorosa y su análisis tan matemático; el amor al trabajo, la tenacidad en los propósitos, el heroismo en sus combates con la Naturaleza, el apego á las libertades prácticas, el aprecio de la tradicion mezclado con el anhelo por las mejoras oportunas; la genialidad y originalidad de sus escritores y poetas mereciéronme siempre una admiracion sin límites confirmada por el trato con sus hombres más ilustres de uno y otro continente.

¡Cuán buenos han sido para mí! El *Times*, el *New-York Herald*, el *Standard*, los primeros periódicos del mundo, me han traido, en mis penosas luchas, parte considerable de la opinion europea y americana. Su gran orador y primer ministro, Mr. Gladstone, puso no hace mucho inolvida-

ble carta en la primera página de una inmensa tirada hecha en Lóndres de la traduccion inglesa de mi último discurso parlamentario sobre la libertad religiosa. El Presidente de la gran República, el esforzado debelador de Richmond, el general Grant, cuyas victorias sobre los patricios esclavistas componen una de las más gloriosas partes en la gran epopeya republicana me probó, al visitarme en mi humilde hogar á su paso por Madrid, los afectos de cariño alcanzados en América. La Universidad de Oxford me ha invitado á sus cátedras. Sabios como Max-Müller y Lubosch, estadistas como Dilke y Grant Duff han escrito y hablado de mis obras como pudieran mis amigos más entusiastas. Mr. Arnould ha hecho de mis *Recuerdos de Italia*, por los esmaltes que les ha puesto de su habla y de su estilo, un libro popular en Inglaterra; y la *Revista Harper* de Nueva-York ha publicado con tal esmero la *Historia del Movimiento Republicano*, que no puedo decir, sin pasar por inmodesto y áun soberbio, cuántas manifestaciones de aprecio tal reserva me ha valido en todos los pueblos sajones. Acortando esta enojosa enumeracion, sepan todos que no se han dirigido á ningun ingrato, pues creo tener muy viva la facultad de la memoria, pero especialmente la memoria del corazon. Un dia de estos, hará cosa de un mes, al abrir mi correo, encontréme con carta de América, cuyo membre-

te decia: *Castelar-Club.* Comunicábanme en ella cómo varios jóvenes republicanos acababan de fundar una Sociedad política y literaria, con mi nombre al frente, y me pedian una respuesta, la cual sirviese para testificar en los archivos mi conocimiento y aceptacion de tan grande honor. Embargado por mis múltiples faenas suelo responder tarde, mal ó nunca, lo digo con dolor y remordimiento, á estas muestras de aprecio, pero la última tanto me interesó, tanto, que me puse á escribir una carta de gracias y resultó un estudio sobre las venturas de la democracia americana y las desventuras de la democracia europea. Tiene uno las ideas dormidas en el cerebro, los estudios olvidados en la memoria, esparcidas y rotas las observaciones en la atencion, cuando un hecho cualquiera sobreviene y da márgen para sacar á luz lo que acaso jamas se nos hubiera ocurrido escribir sin semejante coyuntura. Sirva, pues, mi carta de nuevo capítulo en la obra larguísima que levanto con mis actos, con mis discursos, con mis artículos, con mis libros, para enseñar á la democracia española, no bien curada todavía ni de sus impaciencias ni de sus utopias, cómo los organismos propios del derecho natural y de la soberanía popular no se improvisan en un dia creador, ni se forjan en una tempestuosa revolucion, sino que resultan de largos y porfiados trabajos, como acontece con

todas las obras durables, así en la sociedad como en la Naturaleza. Sin más preámbulo copio carta y respuesta:

« CASTELAR-CLUB.

» *Brooklyn*, *Noviembre* 13, 1881.

» Ilustre señor: En nombre de esta Sociedad, bajo vuestra advocacion reunida, y compuesta de muchos jóvenes, entusiastas admiradores así de los talentos que recibisteis de la Naturaleza como de los servicios que prestasteis á la libertad, me atrevo á dirigiros esta carta. Con sólo poner los ojos en su membrete comprenderéis que tenemos derecho á una respuesta, la cual grabarémos en las paredes de nuestra casa para que las orne, y en los senos de nuestras inteligencias para que las ilumine y las exalte.

» Los derechos humanos se levantan sobre las diferencias que distinguen á las razas y sobre las distancias que separan á los pueblos, y sobre las palabras que caracterizan las lenguas. Extranjeros nosotros á vuestra patria, no por eso desconocemos á su preclaro hijo, cuya gloria es universal y muy especialmente querida y popularizada en el corazon de los americanos, que sabemos venerar como nadie á los defensores de la libertad y

del progreso en la tierra. Deseamos, pues, que nos concedais el honor de contarnos entre vuestros más humildes, sí, pero vuestros más entusiastas partidarios.—MYLES N. MYERS, *Presidente.*»

Hé aquí ahora la respuesta del Sr. Castelar:

« *Madrid*, 3 *de Enero de* 1882.

» SR. MYLES N. MYERS.—Brooklin.

» Señor Presidente: Recibida la notificacion á su hora, y retardada la respuesta mucho más de lo que pedia vuestro entusiasmo, debo abriros mi corazon y hablar con franqueza: retraso, habitualmente, estos renglones por la dificultad de trazarlos á mi sabor y grado, pareciéndome pálidas las frases de cumplido corrientes, y no hallando en mi diccionario, aunque hiperbólico, las de subidísimo precio, indispensables para daros, en tan crecida deuda, el pago correspondiente á vuestro afecto. Cuando interrumpo el trabajo diario en la costumbre irremediable de abrir con mis manos el voluminoso correo, y, entre los fajos de libros, revistas, periódicos, una carta de ignorada pero amiga letra diciéndome cómo llegó á remotos climas y apartados pueblos, ó un eco de mis palabras, ó una línea de mis escritos que despertaron aspiraciones á lo bueno en los pechos y en los entendi-

mientos aspiraciones á lo ideal, entrégome todo aquel dia, no diré á las satisfacciones del amor propio, á las satisfacciones del deber cumplido, esparciéndome y holgándome con la intensidad y la viveza naturales á mis exaltados sentimientos. Reciban estos plácemes sin regocijo aquellos á quienes íntima persuasion lisonjea hasta el extremo de inclinarlos á juzgar todo elogio como tributo granjeado por sus merecimientos y debidos á sus personas en rigurosa justicia, que yo, penetrado de mi humildad, como no aguardo ni espero tales homenajes, y, más aún, los rehuyo y esquivo; siempre que vienen, como á deshora, y por excepcion, los acepto en guisa de dones arbitrariamente ofrecidos por la gracia de sus contemporáneos á quien, lo declaro sin artificiosa modestia, ni los merece ni los justifica.

»¿Por qué ocultarlo, por qué? Los loores de republicanos como vosotros se doblan hoy en mi estima y lisonjean, como nunca, mi conciencia. Comprometido, desde los comienzos de mi juventud, en el apostolado y predicacion de una república liberal y democrática, hube de formularla, como se formulan todos los ideales, en la razon pura, sin limitacion ni condiciones, y luégo, al cumplirla y establecerla, topando necesariamente con las dificultades anejas á toda realidad, hube de cumplirla y desarrollarla en los estrechos lími-

tes que los instantes del tiempo, y los puntos del espacio, y los hábitos de la sociedad, y los recuerdos de la Historia, y las supersticiones de la opinion, y las circunstancias del dia suelen oponer á todas las transformaciones políticas. El juicio público, imparcial y sereno, comprendiendo la magnitud de mi obra, consignóme con largueza el crédito de su confianza y esperó el término de mi trabajo. Pero las exageraciones y las impaciencias, frecuentes en todas partes, frecuentísimas en los pueblos meridionales, imputaron á capricho de mi albedrío la distancia entre la realidad y el ideal; como si los poderes humanos borráran leyes divinas dadas desde lo alto, así á la Humanidad como á la Naturaleza. Bajé del poder, por la pesadumbre de tamaños errores abrumado, y ahora los monárquicos de abolengo, los mismos que rehicieron la monarquía con todos sus atributos, y áun á costa de la guerra civil en España y de la guerra continental en Europa; los que se ufanaron á una con la privanza de los reyes y se vistieron las galas y veneras de las córtes; los que por fidelidad monárquica siguieron el anochecer de la Monarquía y abandonaron el amanecer de la República, triste de suyo en todos los pueblos de larga tradicion é historia, cuando no pensaron jamas en apercibir, ni propagar, ni defender, ni conservar el ideal democrático y republicano, táchanme de perju-

ro y apóstata, dándome lecciones de cómo se rehacen y restauran las Repúblicas en el arqueológico suelo y en la perpleja conciencia de Europa, por cuyos senos han amontonado ellos mismos una parte considerable de los obstáculos en que tropieza y de las sombras que oscurecen los ensayos de nuestros futuros progresos. Imaginaos cuánta será mi satisfaccion viéndome condenado por los monárquicos de la democracia en nuestro suelo, al encontrarme fortalecido por los más libres, y los mayores y los primeros entre los republicanos del mundo. ¡Gracias mil por vuestro recuerdo y vuestra carta!

»En el período de la propaganda no cedí á las amenazas de la fuerza, porque no tuve miedo de la pena, como en el período de la práctica no cederé á las invectivas de la impopularidad, porque no tengo codicia de galardon. Nada se aprende tanto en el ejercicio de los derechos como el arte de amoldar las rebeldes realidades sociales al luminoso ideal científico. El estadista no puede aventajar al mecánico, quien, si monta una máquina de cualquier género, jamas ve cumplidos exactamente los rigorosos cálculos matemáticos, cuyos factores le guiaron y le sirvieron para combinar, establecer y cumplir su artefacto. En virtud de semejantes leyes necesarias, todo mecánico admite una impureza ó una disminucion que ha de hacer

marrar la exactitud y generalidad abstractas de las fórmulas algebraicas. Y á esta impureza la llama en su lenguaje técnico de manera bien aplicable al lenguaje político, la llama el coeficiente de la realidad. Pues si tal sucede con verdades tan evidentes como las verdades matemáticas, regulando fuerzas tan sumisas como las fuerzas fatales de la mecánica, imaginaos qué sucederá con verdades tan evidentes como las verdades políticas, regulando fuerzas tan várias é indóciles como las fuerzas de la libertad. Y hé ahí por qué sobre las naciones de la vieja Europa, desde principios del siglo décimosétimo, jamas prevaleció el ensayo primero de una república democrática. Los sajones, tan expertos, contando con la vehemencia religiosa de los puritanos, y la grandeza titánica de Cronwell, y el genio profético de Milton; los franceses, tan exaltados, contando con la embriaguez divina de los revolucionarios, y la palabra de Vergniaud, y la energía de Danton; los holandeses, tan fuertes, contando con dos siglos de tradiciones gloriosas y un recuerdo como el recuerdo de Orange y sus victorias; los italianos, tan hábiles, contando con las inspiraciones históricas del coro de sus ciudades güelfas, y la palabra sacerdotal de Mazzini, y el heroismo helénico de Garibaldi; los húngaros, tan valerosos, contando con la espada que detuviera la irrupcion turca y con el

acendrado patriotismo y la natural abnegacion de Kossuth, ¡ay! todos los pueblos europeos, con excepcion de Suiza, erigida entre las regiones germánicas y romanas como un amortiguante á sus choques, todos los pueblos modernos han visto frustrados y perdidos los primeros ensayos de sus respectivas Repúblicas, observacion por la cual se ve que nuestro crímen consiste hoy en no haber podido superar las fatalidades de ayer y prepararnos para que no reaparezca de ninguna suerte esta misma fatalidad en las eventualidades probables de mañana.

»Pues qué, ¿vosotros mismos, por ventura, sois una prole *sine mater creata?* Vosotros mismos, ¿no habeis tenido que pasar por los misterios de la iniciacion, que sufrir las leyes del tiempo, que reconocer la necesidad inevitable de una evolucion lógica en el progreso? Nacisteis al amor de naturaleza no alterada por las sobreposiciones históricas y que parecia desde la Creacion aparejada por el Criador para nodriza de la libertad. Vuestras montañas no estaban coronadas de castillos feudales, ni vuestros terruños surcados por las contínuas guerras, ni las cenizas de vuestros hogares mezcladas con las cenizas de los braseros inquisitoriales, ni vuestros horizontes asombrados por la supersticion y la intolerancia. Los primeros ingleses que zarparon de las costas británicas y abor-

daron á las costas americanas acababan de combatir en las legiones adscritas á la libertad religiosa y de cooperar á la emancipacion salvadora del humano espíritu. Los autores verdaderos de vuestra República, los peregrinos, habian tenido el cristianismo democrático por doctrina, Ginebra por escuela, Holanda por refugio, los combates con la intolerancia de los anglicanos por ejercicio, la sujecion á los libros revelados por disciplina, la igualdad evangélica por dogma político, un Gobierno republicano, semejante al de las primeras asociaciones apostólicas, por Estado; el mar, tan revelador para ellos como el Desierto para Moises, los habia separado de aquellos Estuardos, semejantes á los Faraones, y los habia conducido, con los salmos de la libertad en los labios, á tierra materialmente tan estéril, pero en grandes enseñanzas morales feraz como la tierra prometida; un mundo entero, sin las ruinas saturadas de supersticiones letales, habíales ofrecido espacio tan dilatado como la interior infinidad de su espíritu, y en el altar del Dios de la libertad se confundian sus plegarias y sus derechos, sus códigos morales y sus leyes civiles, su abstracta teología y su concreta política, la idealidad de lo santo, y de lo eterno, y de lo divino, y de lo incomunicable con la realidad de sus instituciones, la religion del alma humana con la democracia del contínuo y constante progre-

so. Aquellos santos merecieron que la leyenda los haya conocido con el nombre poético de los enamorados de la libertad y los caballeros del espíritu.

» Á una idealidad así uníanse otras várias á cual más favorable. La República fundada por soberbia dictadura en Inglaterra y extinta como un cometa luminoso y pasajero, así que se apagó el genio de su dictador; la República, no pudiendo prevalecer en Europa, prevaleció en América. El gran Vane sólo supo morir como un mártir de la fe republicana en la vieja Inglaterra, y en la Nueva supo dejar los gérmenes abundantes de vuestras gloriosas instituciones. La misma Restauracion, ¡qué infausta para el pueblo inglés y qué fausta para el pueblo americano! Aprovechasteis sus primeros tiempos de tolerancia para organizar vuestros ideales, y los tiempos de reaccion, los tiempos de Jacobo II, para defenderlos y salvarlos. El calavera sensual, el último de los Cárlos, bajo cuya triste advocacion se perseguia sin piedad como fieras á los republicanos vivos y se desenterraba del seno sagrado de la tierra con profanacion á los republicanos muertos, firmó con su sello las Constituciones democráticas del Connetticut y del Rio de Islande, confiando á los colonos el gobierno de las colonias, por cuya virtud pudieron hallarse como bajo la techumbre de su hogar al vivir bajo el régimen de la República. Si una disposicion Real

abolió las leyes fundamentales de Masachussets, y un filósofo, enemigo del idealismo y contrario á la democracia, fundó instituciones plutocráticas en las regiones desiertas, donde surgió el oligárquico Estado de la Carolina, jamas faltó allí, jamas la representacion parlamentaria más ó ménos inspirada en lo que llama la tierra toda el conjunto majestuoso de los principios ingleses y la sábia division y separacion de los poderes públicos. Así, los diputados del Comun se sobrepusieron á los representantes del monarca Jacobo II, y la gobernacion de los pueblos por sí mismos entre vosotros fué una costumbre secular ántes de ser un reconocido y consagrado derecho.

» Abríanse vuestros cielos para dejar paso á todas las almas heridas por la reaccion religiosa, que, regocijadas, volaban á buscar el abrigo de la libertad como vuelan las alondras, cantando á buscar el resplandor de la aurora. Los descendientes de aquellos albigenses náufragos salvados á la furia feroz del feudalismo provenzal; los discípulos de aquellos mártires traicionados en Constanza y ofrecidos á la teocracia, de sacrificios humanos hambrienta como las antiguas divinidades antropófagas; las víctimas de los choques entre los privilegiados de la Iglesia anglicana y los demócratas del severo puritanismo escoces; los valdenses recogidos en las cimas de los Alpes y acusados por

el absolutismo de los Saboyas y la intolerancia de los Valois; los héroes de la Holanda republicana; los alemanes errantes por las orillas del Rhin á quienes despojáran de sus bienes y de sus derechos las talas, quemas y exterminios de las guerras religiosas; los kuáqueros que empapáran sus almas en la luz del Dios cristiano como los planetas empapan sus senos en el calor de su sol central; todos los que habian sufrido en el Viejo Mundo por los nuevos ideales de la conciencia humana, iban ahí á la bahía de Hudson, á la ciudad de Filadelfia, al Estado de Pensylvania, llevando el poder creador por excelencia, el que identifica la tierra con el cielo, el poder moral de una vivificante y luminosa fe, cuya virtud levantaba las montañas como si les prestase las voladoras alas de las grandes ideas, y convertia las piedras componentes de los calabozos antiguos en hombres, como si poseyera el fabuloso dón de los milagros. Así, la gran revolucion, que funda el régimen parlamentario en las islas metropolitanas, y conjura la reaccion absoluta y jesuítica personificada por el postrero de los Estuardos, esa revolucion salvadora se consuma tambien ahí en el continente americano, y Boston, la austera, encabeza dos grandes movimientos: en el siglo décimosétimo, el nacional y británico, que ha de quedar, por su orígen y por su naturaleza, reducido á su

nacion y á su raza sajona, y en el siglo décimooctavo, el democrático y universal, que ha de trascender á todo el planeta y ha de mejorar en mucho el estado y condicion de toda la humanidad.

» Perdonadme si, movido por vuestra noble carta, heme parado un momento á contemplar los factores históricos y los elementos espirituales cuyas sábias combinaciones y mezclas compusieron esa grandiosa República. Ántes de vuestra independencia, desde el Gobierno religioso y ginebrino de Masachussets, donde reinaban el espíritu y el pensamiento, hasta el Gobierno feudal y aristocrático del Maryland, donde se enseñoreaban el privilegio y la fuerza; desde la oligarquía patricia de la Carolina hasta la democracia pura del Connecticut; desde los nobles anglicanos de la Virginia hasta los espirituales kuákeros de la Pensylvania; desde los holandeses de la Nueva Amsterdan hasta los sajones de Flor de Mayo, todos á una estaban por tradiciones seculares industriados en el arte difícil de gobernarse á sí mismos, y todos tenian seguros, á la usanza británica, el hogar de la familia consagrado por el poder de la costumbre y la representacion en corporaciones engendradas por la complexion y la historia de sus libres razas. Y es de notar cómo en el siglo de la crítica y del escepticismo, cuando la ironía y el sarcasmo, que acompañan á todas las decaden-

cias, acompañaron á los reyes absolutos de igual suerte que la sátira latina á los emperadores romanos, y se quiso transformar el mundo con la duda, que unos bebian á tragos en el alma del grande Voltaire y otros en el alma del grande Federico; vosotros ahí llevabais á los bosques vírgenes la pureza religiosa de las catacumbas primitivas; dejabais en las horas de reposo el hacha que abatiera los altos cedros para leer los libros que abatieran los falsos dioses; poniais sobre los esplendores de la exuberante naturaleza americana los esplendores del íntimo espíritu cristiano; y confundiais vuestras plegarias con el incienso de las selvas vírgenes y vuestros salmos bíblicos con el coro de las aves canoras, uniendo, al frente de vuestra revolucion, los dos luminosos dogmas que explican y llenan los mundos y los cielos: el dogma de la libertad del hombre y el dogma de la existencia de Dios.

» Así, nos admira y pasma toda vuestra revolucion por el modo singular con que la guerra y la legalidad se compadecen y aunan, apareciendo ésta como el derecho en sí mismo y aquélla como la fuerza del derecho.

» Así vuestros héroes se distinguen por la idealidad más pura confundida con el sentido más claro. ¡Qué inteligencia tan conspícua la inteligencia de Franklin! El resultado de sus profundas observaciones apareció como inspirada profecía.

¡Qué ministerio tan excepcional el ministerio histórico del fundador de vuestra República! El monolito donde reposan las cenizas de Napoleon el conquistador está hoy tan frio y tan solitario como un sarcófago de los reyes de Egipto, miéntras el sepulcro de Wasingthon aparece como un altar lleno de vida y de calor donde arden las llamas de las ideas inmortales que esclarecen las conciencias y animan á los pueblos. ¡Cuán feliz concordia para vuestra Constitucion la concordia del cuasi monárquico Hamilton y el cuasi revolucionario Madisson! Aquél llevó á vuestra política la estabilidad y llevó éste á vuestra política el progreso. De conciliaciones entre tan opuestos elementos; de síntesis entre ideas tan contradictorias; de pactos entre la realidad y el ideal, surgió ese vuestro Código fundamental, de antigüedad tan venerable y de carácter tan sabio, que, destruyendo la triste anarquía de los primeros tiempos de la Confederacion, fundada en el ejemplo de los Estados holandeses, dió la unidad á vuestro Estado y consagró los derechos de una verdadera democracia. La sencillez sajona reaparece, y sobre su ingenuidad el puritanismo religioso pone las interiores libertades del alma. Nada de privilegios hereditarios; nada de cleros oficiales; nada de aquellas monstruosas instituciones de la conquista y de la guerra normandas sobrepuestas al carácter inglés; los

derechos naturales tienen la misma antelacion en la sociedad que el alma y la Naturaleza en nuestro sér; el Estado es como un organismo que aumenta las fuerzas del hombre; el Gobierno sale del voto de todos y sirve de seguro para todos, así á su propiedad como á su trabajo; el poder legislativo, el ejecutivo y el judicial identifícanse de tal suerte, por su orígen popular y su carácter republicano, que parecen la nacion misma en el pleno ejercicio, así de su albedrío como de su conciencia; y desde la libertad religiosa hasta el sufragio universal, consagrando aquélla la personalidad del individuo y ésta la soberanía de la nacion, forman una República que, como si fuera Estado internacional, se ha extendido, cual dice uno de vuestros escritores, en las riberas del Mississipí y en las riberas del Amazonas; ha predominado en la bahía de Hudson y en el estrecho de Magallánes; ha constituido la Siberia de negros libres en la tierra de la esclavitud, en África, y las Australias autónomas en la tierra de lo porvenir, en la Oceanía; ha despertado en el continente europeo á la nacion de las inspiraciones y de los apostolados sublimes, á Francia; y ha sido y es el ideal por cuya victoria suspiran á una todos los ánimos varoniles en toda la redondez del planeta.

» La democracia europea, digámoslo sin empacho, no puede, no, emular á la democracia ameri-

cana. Empeñada en combate á muerte con las instituciones antiguas, no ha sido la nuestra una democracia de derecho y de legalidad, ha sido una democracia de guerra y de violencia. Por el medio ambiente en que creciera, su complexion ha tomado un carácter revolucionario. Y la revolucion, como la guerra, puede ser un momento creador en los pueblos, pero no puede ser, no, un régimen definitivo y durable. Somos ántes los cruzados de la libertad tormentosa que los ciudadanos de las naciones libres. Todos llevamos, como los católicos en el Concilio de Nicea congregados, alguna cicatriz de las heridas abiertas por las monstruosas instituciones que hemos combatido, y todos tenemos, como los hijos de Israel bajo los sauces de Babilonia, algun idealismo recogido en los apocalípsis de la esclavitud, con que hemos durante nuestras mocedades soñado. Somos siervos redimidos con los rencores y los hábitos de la servidumbre, maltrechos por los esfuerzos empleados en nuestra emancipacion. Y hemos sabido ántes conducir el combate que aprovechar la victoria. Bien es verdad que á esto han contribuido en gran parte nuestra monarquía y nuestra Iglesia históricas, interrumpiendo aquélla con su absolutismo patrimonial toda la tradicion democrática de nuestras Córtes y de nuestros Municipios de la Edad Media, é interrumpiendo ésta con su abso-

lutismo pontificio toda la tradicion parlamentaria de los Concilios de Basilea y de Constanza. Hasta en la misma religion protestante la Iglesia oficial se ha puesto de parte del privilegio contra la igualdad y de la reaccion contra el progreso. Exceptuando Zuinglio en Zurik, Calvino en Ginebra, Knox en Escocia, las demas Iglesias protestantes se han juntado á las tiranías civiles y laicas y han sido semiimperiales con Melanchton en Alemania; monárquicas con Lutero en Sajonia, Hesse y Brandeburgo; aristocráticas y cuasi feudales con la clerecía anglicana en Inglaterra.

» Para romper al doble despotismo de nuestra Iglesia intolerante y de nuestra monarquía absoluta, hemos sido violentos y revolucionarios, por consecuencia poco demócratas, poco liberales, poco republicanos. Ved, pues, la diferencia entre los fundadores de vuestras y los fundadores de nuestras Repúblicas. Los de aquí, los más eminentes, Cronwell, Vergniaud, Danton, Robespierre, han tenido que exterminar, como los semidioses de las antiguas fábulas, á los monstruos mayores de la tierra; que levantar cadalsos, por cuyas tablas sangrientas han rodado coronadas cabezas; que sostener porfías legendarias con supersticiones de duracion secular, desarraigando privilegios, cuyas raíces formaban el sobresuelo de la patria en su extension y en su arraigo; que levantar una socie-

dad democrática, empleando las calcinadas piedras recien caidas de los palacios regios y de los castillos feudales, entre las erupciones del universal incendio; y en su empeño, superior á las fuerzas humanas, han combatido más que legislado, y puesto las necesidades de los combates sobre las nociones de lo justo, y servido y entregado á los reyes, y hecho matanzas, como las matanzas de Setiembre, y dado golpes ilegales como los golpes contra el Parlamento británico, y erigido dictaduras que intentaban dominar hasta las almas, como la dictadura jacobina, y llevado á la guillotina, sin piedad, los cooperadores á la obra comun, aunque hubiesen hablado con la elocuencia de los brizotistas y procedido con el rigor de los dantonianos; que nada tan horrible y tan peligroso como sacar de las entrañas de una sociedad organizada para el bienestar y el goce de unos pocos la libertad y el derecho de todos.

»Vosotros mismos habeis podido probar en una experiencia dolorosa esta verdad evidente. El partido liberal de Inglaterra, no habiendo logrado ni bajo los Tudores ni bajo el primer Estuardo, establecer las libertades parlamentarias en las islas británicas, las estableció en la colonia Virginia. Y en ese territorio, ligado por la vária complexion de vuestros Estados á las privilegiadas instituciones inglesas, brotó el árbol venenoso y

maldito, que asombrára todo vuestro paraíso, el árbol de la servidumbre. Ninguna raza puede arrojarnos la primera piedra, cuando la historia delata con sus implacables noticias á la inmortal hija de Enrique VIII, á toda una reina Isabel, como armadora de barcos negreros y mercadera piratesca de esclavos. Registrad vuestros analistas clásicos y encontraréis entre los primeros importadores de tamaña plaga moral y material en vuestro sacro suelo nada ménos que á un sabio eclesiástico, y de la severa Iglesia de Boston. Quién habia entónces de creer que los negros, cazados como fieras en los desiertos, conducidos por los mares en carnicerías flotantes, horribles ataudes de vivos, tratados como el tiburon trata la carne humana entre sus colosales quijadas; adscritos animales de carga y de labor á las fincas patricias; tenidos en menor estima que los perros de caza y los caballos de monta, se hallaban destinados á podrir las entrañas de la confederacion como el feto muerto el seno que lo lleva, y á provocar bajo su látigo, desde su cepo, en su miseria, la mayor guerra vista en el Nuevo Mundo, que veló por algun tiempo la libertad y puso en peligro la obra de Wasingthon, y redujo á territorios primitivos antiguos Estados autónomos, como en demostracion de que, ahí cual aquí, las grandes injusticias sociales no pueden, no, extirparse y con-

cluirse sino por terribles y radicales cauterios.

»Pero, concluida la esclavitud en América y concluido el absolutismo en Europa, se ha cerrado el período genésico de las revoluciones y abierto el período normal de la evolucion para toda la democracia en el mundo; sí, en todas partes, con la sola y singularísima y notable excepcion de Rusia. Las relaciones entre la Naturaleza y el espíritu, entre la sociedad y el universo aparecen cada dia más manifiestas. Toda idea es un hecho psicológico, y todo hecho es una idea concreta. El infinito moral y el infinito material se compenetran como el oxígeno y la luz, como la luz y el calor. La Historia de la Filosofía confirma el apotegma hegeliano de que en ella se encuentra la Filosofía de la Historia; como los cuerpos simples del mundo se mezclan y combinan en todos los organismos, las ideas fundamentales del alma se mezclan y cambian con las instituciones. Subsiste la fuerza en el Cosmos y subsiste la vida en las sociedades. No puede un átomo ser aniquilado y no puede ser una generacion destruida.

»La materia celeste se condensa en centros y nucleos como el espíritu humano en pueblos y naciones. Un planeta es más habitable por las especies progresivas en el período de enfriamiento que en el período igneo, y una sociedad es más propia para las instituciones progresivas en el período de

la evolucion que en el período revolucionario. Nuestros sentidos nos hacen creer que la tierra está inmóvil, como sobre una columna infinita, en el centro de los cielos, y nuestra ciencia nos hace ver que la tierra boga como un astro perdido en los áureos arenales de mundos y de soles, á manera que la observacion diaria nos hace creer inmóviles las sociedades si no se estremecen, y luégo resulta que, á pasos lentos y apénas advertidos, se han acercado con tenacidad al cumplimiento de su divino ideal. Lo que es la irradiacion en el sistema solar y las causas constantes en la ciencia geológica, y el enlace de los organismos en la tierra, y la serie de las ideas en la lógiea, y el progreso en la Historia, eso es la evolucion, la ley del alma y del Cosmos aplicada necesariamente á la política.

» Hé ahí la única razon, quizás, por que creo merecer vuestro aprecio. Hace hoy once años me consagré con ahinco á convertir una democracia tan revolucionaria como la democracia española en una democracia pacífica, ordenada, legal. Si este trabajo hubiera precedido al advenimiento de la primera República no se malográra como se malogró tristemente la institucion por excelencia de la ley, de la libertad, y de la paz. Homenajes como el vuestro me alientan á contrastar las interesadas y maquiavélicas especies de la reaccion y las des-

interesadas y locas especies de la demagogia, empeñadas una en confundir un cambio de métodos en un cambio de ideas y en demostrar que destruyo mi obra cuando la corrijo y perfecciono. ¡Ah! No sabeis cuánto me han confortado los anales de vuestra República; cómo han sostenido en sus desmayos la voluntad y en sus perplejidades la conciencia. Ya estoy tranquilo y creo servir en la medida de mis fuerzas á la humanidad y á la patria. Yo necesito de vosotros, pero vosotros no necesitais de mí; porque teneis cuanto yo quisiera para Europa, los derechos naturales, el sufragio universal, el jurado popular, la república progresiva, una confederacion de Estados, que yo sustituiria con la confederacion de Naciones, empezando por las dos que habitan la península Ibérica y concluyendo por las cinco ó seis que componen á las orillas del Mediterráneo y del Danubio, así en Oriente como en Occidente, el ilustre anfictionado de la raza latina. Amad vuestra libertad.

»Á un mismo tiempo, en la primera mitad del siglo décimosexto, se reveló al mundo civilizado la existencia del territorio que habia de regir la triste autocracia moscovita y la existencia del territorio que habia de regir el progresivo gobierno americano; á un mismo tiempo, en la segunda mitad del siglo décimooctavo, los sucesores de Pedro

el Grande organizaban su Imperio, los sucesores de los peregrinos organizaban su república; coincidencia lógica ante la cual todos los reaccionarios, adolecidos y aquejados de una ceguera incurable, auguraron que aquel instrumento de despotismo, forjado para la guerra, en manos de razas tártaras y eslavas, inquietas por la irrupcion, concluiria conquistando sin tardanza el Occidente y erigiendo á los czares, sobre las espaldas encorvadas de todos los pueblos á su poder esclavizados, miéntras el instrumento de la libertad, vuestra democracia, forjada para el trabajo, en manos de pueblos individualistas é indisciplinados, concluiria perdiéndose pronto en horribles convulsiones, y manchándose con eterna deshonra; pero Dios, cuya providencia traza sus órbitas á los hechos sociales, ha desmentido tan nefasto augurio, y nos ha mostrado la Rusia autocrática como la última y la más zozobrante, al par que la América como la primera y la más tranqnila entre todas las naciones del mundo. Ufanaos de vosotros mismos, que conservais sobre las regiones de esa ilustre patria la libertad, la democracia y la república.»

# LOS ACADÉMICOS EN GUERRA.

Las elecciones de la Academia Francesa, los discursos de recepcion y de respuesta, los ingresos en el Instituto, y las solemnes ceremonias toman el carácter de verdaderos asuntos de Estado, y embargan á la prensa como el más pavoroso y el más difícil problema diplomático relativo al arreglo de Oriente, ó preñado de la guerra universal con todas sus tremendas consecuencias. Así que uno de los cuarenta inmortales cierra el ojo, en su postrimera enfermedad, en su agonía, levántanse los pretendientes á sucederle y arman tanta algazara, alegando sus recuerdos, títulos y merecimientos, que Europa toda concluye por enterarse de sus años y de sus obras, y por decidirse en favor de éste ó del otro, con fervor propio de las sectas religiosas ó políticas. La Academia, humana á pesar de sus genios divinos, y mortal á pesar de sus dioses inmortales, suele muchas veces escoger y elegir más por apasionamiento que por reflexion y dar la corona del mérito á quien ménos

la merece. No olvidaré nunca la cara de extrañeza que Julio Favre puso al leer, recien elegido, la lista de sus colegas en inmortalidad, y encontrarse un cierto Sr. Siraudin, de tal suerte oscuro y desconocido, que lo tomó por un célebre confitero de la calle de la Paz, cuyo arte en arreglar bomboneras llega al extremo de despertar apetito, por la forma más bien que por la materia de su industria, por el continente más bien que por el contenido, por la caja más bien que por la confitura.

Cuentan y no acaban los franceses así que tratan de *re academica* con el aplomo con que trataba el escritor antiguo de *re militare*. Cousin y Víctor Hugo estuvieron á punto de llegar á las manos en pleno cenáculo porque fué osado aquél á decir en las barbas de éste que desde los tiempos de madame de Sevigné no se habia vuelto á escribir frances. «No diré que sois un estúpido, Mr. Cousin—respondió el poeta — porque me lo vedan respetos académicos; pero engañaria, de seguro, á la docta corporacion, si le ocultase que allá en la intimidad de mi sér, os creo merecedor de tal calificativo.» En cambio, Alfredo de Vigny cuenta que al presentarse al célebre orador y filósofo Royerd-Collard pidiéndole su voto, preguntóle éste en qué categoría de pretendientes se encontraba, y como le dijese que en la categoría de los poetas, respondióle: «Cuánto poeta. Hace poco he-

mos elegido tambien á un tal Víctor Hugo.» Y un tal Víctor Hugo, jóven á la sazon de treinta años, habíase presentado á la Academia con un timbre inmortal, que durará tanto como la lengua francesa, con *Nuestra Señora de París.*

Encontrándome yo en Francia se suscitó la célebre polémica entre el obispo de Orleans y la mayoría del docto Cuerpo, á causa de haber nombrado éste á Littré, á quien Dupanloup condenaba con vehemencia y en cuya sociedad no creia encontrarse con honor, á causa de profesar el designado principios materialistas y ateos. Tambien presencié en casa de varios académicos amigos mios ruidosas disputas sobre la eleccion de monsieur Ernesto Renan, quien ha pronunciado un discurso de tal hermosura en la frase y de tanta profundidad en el fondo, escrito en estilo tan clásico y pensado en alturas tan luminosas, que lo tomariais por páginas de aquellas recitadas á la sombra de los árboles del Pireo y á la vista de los mares helenos, entre el zumbido de las abejas y el chirrido de las cigarras áticas, y el arpegio de los ruiseñores, cuando el sol naciente dora las cimas del Hibla y la procesion religiosa pasa por los intercolumnios del templo en aquellas tierras de la inspiracion y de la armonía no visitadas por las dudas de nuestro entendimiento y por las contradicciones de nuestro espíritu.

Pero la recepcion verdaderamente ruidosa fué la recepcion de Emilio Ollivier, primer ministro liberal del Imperio, á quien tocó el triste caso de declarar la guerra á Prusia y causar, por este acto insensato, la rota y la ruina de Francia. Y hubo un tiempo en que hasta los señores más liberales de la Academia creyeron posible, como Ollivier, encerrar la libertad parlamentaria en el Imperio bonapartista; vano empeño, como si tratáran de encerrar la herejía en la Iglesia, la razon libre en la autoridad tradicional, Dios en el diablo. Y como creyeron posible encerrar la libertad parlamentaria en el Imperio cesarista, adoraron al jóven inexperto de cuarenta y tres años, cuya irreflexion, propia de los veinte abriles, cargaba con la imposible obra de tan fantástica alianza, y no teniendo á mano otra cosa mejor que darle, diéronle á una la corona de académico y las palmas de la inmortalidad, sin prever que iban á coronar un nombre execrable y á recrudecer y agravar contra ese nombre las execraciones de la Historia. Los ensayos liberales de Ollivier dieron por resultado un plebiscito, en cuyas declaraciones se divinizaba más al Emperador que en los plebiscitos anteriores; una sentencia acerca de un asesinato de Pedro Bonaparte, en que se eximia á un príncipe de la sangre de la igualdad ante la ley; una guerra en que las apariencias querian buscar el engrandecimien-

to de Francia, y la triste realidad buscaba en la arena ensangrentada de los campos de batalla una base inconmovible para el Imperio y el justificante mayor á sus pretensiones de eternidad y á sus tentativas de esclavizar á los tiempos futuros por el fatal medio de la herencia.

Empresas ideadas con semejantes fines y movidas por semejantes móviles no podian dar otro resultado que las catástrofes de Metz y de Sedan, los sitios de Belfort y de París, los tratados de Versálles, la rota terrible, la ruina irreparable. Emilio Ollivier jamas vió que al llegar á sus piés el Imperio en demanda de auxilio, llegaba á sus postrimerías y apelaba al recurso supremo, es decir, á uno de esos remedios heroicos, en que los enfermos desahuciados buscan la prolongacion de su vida y encuentran irremisiblemente la muerte. Hijo de un republicano que estaba entre las víctimas primeras del dos de Diciembre; hermano de otro á quien su lealtad á la República costára la vida; prefecto de Marsella el año cuarenta y ocho en edad bien temprana; diputado de París á título de todos estos recuerdos y todos estos compromisos, su interes, ya que no su conciencia, le aconsejaba permanecer en el partido de su familia y aguardar así, ó los cambios naturales de las instituciones francesas, ó la muerte envidiable en la fidelidad y en el respeto á la propia historia. Pero, pagado de sí

sí mismo, como el pobre jovencillo de la fábula, poco dispuesto á devorar las amarguras de un apostolado que ha de beber hasta la ingratitud y la injusticia de los propios amigos; fácil á los halagos de aquella córte imperial, que llegaba por la corrupcion adonde no podia llegar por la violencia; deseoso de goces nada conciliables con la serenidad del ánimo y la paz del espíritu, dió á su apostasía los colores de un liberalismo cesarista, el cual resultaba de un alambicamiento y de una sofistería increibles, y tomó la presidencia del último Gobierno del Emperador, como si un fatal instinto de perdicion, parecido al de los protagonistas en la tragedia antigua, le arrastrára ¡decretos inexorables del destino! á caer en las ruinas de una gran catástrofe y llevar ante sus contemporaneos y ante la Historia el estigma de una tremenda responsabilidad. Voces amigas, desoidas por su mal, anunciáronle á una el precipicio de su inminente desgracia, mucho más hondo en verdad que alto y elevado era el castillo de su poder. La impremeditacion, que está entre sus defectos de la edad madura, ¿cómo no estaria entre los ardores de la juventud naturalmente imprevisora? Queria evitar á toda costa la revolucion, y para evitarla, no encontraba otro medio sino aligarse al metal que la atraia y la provocaba. Los hombres previsores veian la ruina de la Babel imperial como los

profetas hebreos la caida de Nínive y de la Babilonia idólatras. Lo urdido en el crímen, lo consumado por la traicion, lo que necesitaba llamar santo al perjurio y libre á la esclavitud, lo nacido en una noche de furia pretoriana, tenía que caer en otro dia igual á su orígen, allá entre el humo de la pólvora y el vapor de la sangre. Y todo este desenlace de la historia bonapartista se desplomó con inmensa pesadumbre sobre el único hombre de Estado que habia desconocido la propia historia como desahuciado la propia conciencia, se desplomó sobre el único infeliz que habia desmentido su orígen. ¡Tremendos escarmientos de la implacable pero justiciera Providencia!

En el tiempo que medió entre su poder y su desgracia, Ollivier fué asunto de alabanzas, objeto de culto, tema de apologías entre los míopes, fácilmente cegables por el primer destello del poder y por los primores favores de la fortuna. Unos le atiborraron de incienso en los periódicos y le dieron el título envidiado de la inmortalidad oficial. Pero, entre la recepcion del título y la toma de posesion vino, como era de temer, la catástrofe. Y entónces los mismos que le nombraron le desconocieron. Al exceso de la adulacion siguió el exceso del vejámen, como sucede con frecuencia en épocas de pasion y de combate.

Bien es verdad que Ollivier no guardó la digni-

dad conveniente en la desgracia. Reemplazó á Lamartine, y cuando tantos y tan varios temas para su discurso, puramente literario, ofrecia el historiador y el poeta, se empeñó en tratar la política y hacer sobre aquel cadáver gloriosísimo la propia justificacion. Parece imposible que delante de aquella fantasía, estrella luminosa en el cielo de nuestro siglo, se acordára tanto Ollivier de la pasion política y tan poco de las canciones cuya melodiosa melancolía conmoviera toda Francia; de los discursos semejantes á las arengas dichas en la plaza de Aténas entre aquel pueblo tan grande por su amor al arte; del Sócrates departiendo con sus discípulos acerca de la inmortalidad y preparando la última palabra lanzada por Cristo al cielo desde la Cruz; en fin, de los viajes materiales á la tierra de los misterios, al Oriente, y de los vuelos sublimes á las regiones de lo ideal, á lo infinito; de aquella serie de ideas y de inspiraciones que elevaban la vida de Lamartine á la categoría de un poema, el cual llegará á ser verdaderamente épico cuando el hombre estime en más las guerras y los dolores por las ideas que las porfías homicidas y los laureles sangrientos allegados en la devastacion y en la matanza.

Á errores como los errores de Ollivier solamente les cuadra un profundo silencio. Despues de tantas catástrofes caidas sobre la patria de todos

por la política de uno solo, hay que encerrarse en el recogimiento más austero. Si sus conciudadanos le elevára á la tribuna por voto reflexivo y desinteresado, comprendo que en la tribuna se justificára; pero escoger el recinto de una Academia literaria, el asunto de un discurso apologético, el recuerdo de un muerto ilustre para loar la propia persona y elevar altares á una histórica de desastres, francamente, no tenía excusa. Pusiéronle, pues, sus colegas, parapetados tras fundandísimos pretextos, tal cúmulo de inconvenientes, que entró en la Academia, pero no leyó ni pudo leer ningun discurso. Es Emilio Ollivier un académico, pero académico sin discurso de recepcion; tiene los honores de tal cargo, pero no tiene las solemnidades y las ceremonias por cuya virtud esos honores se adquieren.

La rueda del tiempo, que gira eternamente, colocó á Emilio Ollivier en la direccion trimestral de la Academia, y esta direccion le puso en el caso de contestar al discurso de recepcion de Mr. Henri Martin, cuyo tema equivalia al tema de la recepcion de Ollivier, pues así como éste loaba al gran poeta, aquél debia loar al gran historiador de las revoluciones francesas, á Mr. Thiers. Dos genios bien diversos, Lamartine y Thiers, en la Naturaleza, pero en la Academia bien análogos por la identidad de sus destinos. Si en otro mundo

mejor se guarda memoria de éste, al bajar sus cabezas orladas de laureles para aspirar un poco de incienso, tan grato á los inmortales como á los mortales, Thiers y Lamartine habrian visto con tristeza que les faltaba el homenaje de la Academia y habrian atribuido esta falta á un bien triste caso, á que sobre el elogio de uno y otro ha caido una sombra, el nefasto nombre de Ollivier. Y, en efecto, no se contenta éste con destrozar, á los golpes de su política, el poderío de Francia, sino que se atreve tambien á oscurecer con su pluma las glorias más puras de Francia. Su error en este punto no tiene tampoco excusa ni puede tenerla. El que declaró la guerra no podia criticar al que quiso evitarla en la hora terrible de aquella espantosa declaracion. El que comprometió el territorio no podia zaherir al que lo rescató. El que, una vez caido, se oscureció por completo como esas aves que esquivan el sol, no podia vejar á quien, tocando ya en el sepulcro, recorrió Europa entera en demanda de un auxiliar ó de un aliado cuando el Imperio habia dejado á Francia sin género alguno de alianzas. Pero no se contenta con vejar al glorioso anciano, sino que, despues de haberle vejado, le propone la línea que debe seguir en su conducta y le antepone el nombre de Changarnier, antiguo liberal, adherido á las últimas horas del Imperio y empeñado en

salvarlo de su último naufragio. Pero Thiers no podia adherirse al Imperio. Nació éste hiriendo su derecho y atropellando su persona; creció teniendo á Francia en la más vergonzosa tutela; y acabó, como debia acabar, como profetizaban todos los hombres superiores, con la derrota más triste y sobre la desmembracion de Francia, cuyo pensamiento y cuya voluntad no consultára ni siquiera para declarar la guerra. Mr. Dufaure, grande polemista, de una lógica acerada y de un sentimiento de indignacion muy vivo, contestó á Ollivier lo que debia contestarle cuando el discurso fué presentado á la aprobacion de una Junta superior en la Academia. Changarnier era un soldado y tenía que cumplir una consigna, por mucho que costase á su corazon, y Thiers era un político que no podia estar sino allí donde estuviesen su honor, su historia, su conciencia. Lo que era honroso para Changarnier era deshonroso, deshonrosísimo para Thiers. El militar debe ir donde esté su bandera, y el político sólo puede ir donde esté su partido. Casualmente el Thabor donde Thiers se transfiguró fué la última parte de su vida, aquel magnífico holocausto de todas sus ideas en aras de la República, y aquella consagracion cuasi religiosa al culto de la patria. Léjos de merecer esta parte de la vida de Mr. Thiers un Aristarco que la infamase, merecia todo lo contrario, por su

esplendor inmortal y por sus divinos sacrificios: un Plutarco que la consagrase á la inmortalidad.

Por fin, la Academia ha decidido quitar la contestacion al estadista Ollivier y cedérsela al literato Mezières. Procediendo así ha superado una dificultad á primera vista insuperable y ha rendido el necesario homenaje á un muerto por tantos títulos ilustre. No puede el historiador concluir esta triste historia sin lamentar que las instituciones pierdan su centro de gravedad y adulteren su carácter propio merced á extravíos de los mismos que debieran sostenerlas y conservarlas. El Instituto no es una institucion política, sino una institucion literaria. No corresponde en la jerarquía de las instituciones á la voluntad social, como las Cámaras; al juicio social, como los tribunales; corresponde á la inteligencia, á la razon, á otras facultades, quizá superiores, del espíritu que anima con su soplo á los pueblos. Divertirlo de su orígen y de su fin es pura y simplemente perderlo. Cuando el silencio reina en largos períodos de dictadura, como allá bajo la tiranía bonapartista, concíbese fácilmente que la Academia Francesa repita las quejas y los estremecimientos de la conciencia pública oprimida y dé un respiradero á las ideas ahogadas. Pero hoy que la libertad reina en la tribuna y en la prensa; hoy, que por todas partes corren el

aire y la luz; hoy, llevar las pasiones políticas á los santuarios de la ciencia equivale á desconocer el propio ministerio con inexcusable desconocimiento y á desacatar la majestad de la nacion con criminal desacato.

---

# UN DIPLOMÁTICO ESPAÑOL.

Leamos un viaje, obra ingenua y sencilla debida por nuestras letras á un ministro plenipotenciario en Asia, quien, esquivándose á la literatura oficial, presenta los territorios vistos en sus peregrinaciones larguísimas con tal encantadora verdad, que los estamos viendo, y bajo múltiples aspectos. *Los Países del Extremo Oriente* titúlase, con propiedad, el curioso libro de nuestro amigo Juan Manuel Pereira, y leyéndolo, veis pasar el desierto egipcio, por los israelitas, en su reciente redencion, hollado, y á nuestras primeras nociones de libertad y de religion unido, al comienzo de las enseñanzas religiosas; el istmo abierto por los Hércules, á quienes la distancia en el tiempo dará el grandor de los dioses y de los semidioses exaltados por las leyendas y por las fábulas; el mar, en cuyas alteradas ondas los Faraones se sumergieron y todos sus caballos, al par del Sinaí, en cuyas altas cumbres resonó el salmo de la victoria popular por los címbalos acompañado, y el decá-

logo de la moral perdurable, á su pueblo trasmitido por la potente voz de Jehová entre los retumbos del trueno y los chasquidos del rayo; las nuevas factorías, como Aden, levantadas en los pedregales exhaustos sin vegetacion ninguna, sin agua casi, con su atmósfera encendida por el simoun y sus arenales abrasados cual hornos de cales ardientes; la isla de Ceylan, que se nos aparece como ceñida de un collar de perlas y como aromada por sus esencias de canela, con sus palmas en los mares metidas y sus volcanes perdidos en los cielos; el archipiélago filipino, de rios asombrados por los cocoteros y de selvas exuberantes, donde la vida tiene todos los esplendores y la muerte todas las voracidades que los trópicos engendran al contacto de la humedad con el calor; las riberas de Siam y los horizontes de Anam, objetos de tantas codicias y campo de tantas conquistas; el Celeste Imperio, tan grande como toda Europa, y sus cuatrocientos millones de seres humanos, y sus razas tártaras é indígenas, y sus religiones contradictorias, como la religion de Confucio, tan positivista, y la religion de Mahoma, tan dogmática, y sus descubrimientos sin madurez, y su agricultura sin progreso, y su civilizacion sin perfeccionamiento, y sus castas sin solemnidad ni grandeza, y su cultura sin esperanza; tan lustroso y tan frágil como su brillante

porcelana; empeñado en trabajos de activa y tenaz perseverancia, pero sin fecundidad, por haber el dominio de la costumbre y del hábito, la fuerza del tiempo y de la tradicion, inmovilizado aquella sociedad mecánica, y semejante á las movedizas, y sin embargo duraderas petrificaciones acuáticas, en el molde cuasi roto de antiguas creencias religiosas y de rígidas castas sociales.

La parte más curiosa de tan extraño libro, á no dudarlo, es la referente al tiempo que habitó su autor la capital de China, por los ejércitos anglo-franceses abierta, despues de su irrupcion triunfante, al Cuerpo diplomático europeo. Pereira es, por complexion, uno de los hombres más comunicativos y sociables que pueden hallarse, y habitó algun tiempo la capital, cuyas murallas han caido para la diplomacia, pero cuya sociedad y trato son á todo el mundo tan inaccesibles como ántes de la victoria europea y de los pactos internacionales. Á los enviados varios de seis ó siete naciones y al obispo católico de Pekin se reducian todos los conocimientos del ministro en su residencia y estada. Los altos dignatarios le pagaban las visitas oficiales que les hacía; y aquí paz y despues gloria. No sé cómo sufrió Pereira tanto tiempo tal estado, repulsivo á su franca naturaleza. Noble por su cuna, demócrata por sus ideas, acostumbrado á la vida patriarcal de su

patria, Galicia, donde todos le hablan y todos le aprecian, el silencio y la soledad y el aislamiento, en medio de una ciudad, á la cual creen las estadísticas tan crecida, por lo ménos, como Lóndres, dábanle triste irremediable nostalgia. ¡Cuánto se duele, y con qué gracia, del gesto corriente y acostumbrado en las chinas, al ver á los extranjeros, quienes deben parecerles como el demonio á nuestras beatas y devotas, segun siguen rápidos y movimientos indeliberados, muy análogos al estremecerse y persignarse! ¡Cuán original, y áun dramática, la escena ocurrida en la Legacion española, cuando se presentan dos ministros chinos á decirle cómo debiendo la Emperatriz pasar por las calles principales de la ciudad en el dia siguiente, por motivo y razon de celebrarse su boda con el Emperador, y no permitiendo el ceremonial cortesano la presencia de ninguna persona, pequeña ó grande, fuera de las adscritas al oficial cortejo, conjurábanle á que no saliesen por motivo alguno sus dependientes ó él, si no querian exponerse á determinaciones inevitables y gravísimas!

Pereira, estando en Pekin y en situacion como la perteneciente á un ministro español, tuvo que recluirse dentro de su casa, cual todos los demas mortales, y no ver á la nueva Emperatriz, privacion á la que acompañó, cuando recibiera su noti-

ficacion, una bien atrevida pero bien inútil protesta. De consiguiente, resignóse á leer de las fiestas aquello que le quiso escribir un letrado chino, cual si estuviera en Madrid, con la particularidad notable de que tampoco habia el buen historiador visto con sus ojos lo mismo que historiaba con su pluma. Los encargados de pedir la novia para el príncipe reinante, áun de menor edad entónces (1872), fueron dos tios suyos, quienes llevaban el cetro en señal de la significacion que asumian, y diez mil taels de plata con otros diez mil de oro; tres palanganas, áureas tambien; muchas piezas de seda; una docena de caballos enjaezados ricamente para los suegros; y para la novia un sello y un libro de fabulosa riqueza.

Pereira no se propone historiar su estancia en China diplomáticamente. Los negocios que haya podido tener por encargo de su Gobierno con el Gobierno amigo los cree cosa de cancillería, importantes en cualquier histórico relato de política donde se propusiese un fin y objeto científico; pero embarazoso para una sencilla narracion literaria, en la cual sobrepuja lo pintoresco á lo útil. En pocas obras veréis ese Pekin, al que nosotros atribuimos un lustre como el brillante de sus losas y de sus lacas, tal como debe ahora ser, deslustrado por su irremediable decadencia: verdes aún, muy verdes, los campos;

multicolores aún, muy multicolores, los kioskos campestres; el palanquin todavía conducido en hombros por las calles; el criminal públicamente castigado con su yugo al cuello; los mandarines vestidos de sedas realzadas por bordaduras caprichosas; la costumbre reinando hasta en las menores minuciosidades baladíes de la vida como perdurable liturgia; la imitacion sustituyendo á la espontaneidad genial de los pueblos libres; las clases divididas por supersticiones tan altas como sus antiguas murallas; y el conquistador tártaro acampado todavía en medio de la ciudad, cual si no la hubiera sometido, y recorriendo con su córte mongólica, entre cuyos ascendientes se cuentan Atila y Guengi-Kan, como para invocar los horrores inenarrables de la guerra y los derechos bárbaros de la conquista y de la fuerza.

Los canales, que dan á la capital del Imperio Celeste cierto aspecto veneciano, se han cegado, faltando las pintorescas barcas, reproducidas en los abanicos y en los biombos, cual aquellos arcos de yeso realzados por vivos colores y fuertes betunes han palidecido poco á poco, perdiendo todo su esplendor. Mas todavía esplenden, como en sus mejores tiempos, los palacios imperiales, aunque devorado el apercibido de antiguo para estío por incendio terrible, obra nefasta de la civilizacion europea; y esplenden los templos donde se

presta culto á la moral enseñada por Confucio; y los conventos de Lamas, en cuyos claustros se guardan los metamorfoseos referentes á las diversas encarnaciones de Budha; y tantos otros edificios y monumentos, verdaderos testigos del desarrollo de aquella cultura y de las esencias y sustancias, digámoslo así, espirituales ó ideales que han contribuido á la elaboracion de su espíritu.

En el dia de hoy llaman más vivamente la curiosidad natural de quien leyere libro tan curioso los capítulos relativos á Siam que los capítulos relativos á China y demas territorios visitados por nuestro ministro. No abris diario alguno ahora que carezca de cartas ó telégramas referentes á estos países, donde acaba Francia de fundar una ya definitiva dominacion por el esfuerzo de su ejército y el talento de su diplomacia, valiéndole tal triunfo la seguridad completa de sus antiguas colonias, el protectorado efectivo sobre Anam, y la plausible apertura de las provincias meridionales chinas á su comercio. En cuanto leeis el relato de nuestro viajero, advertis las señales características de aquellos apartados reinos, donde tiraniza el mundo animal tanto al humano linaje hasta obligarle y constreñirle forzosamente á organizarse por el modo y manera de una sociedad cuasi militar, para que sirvan las muchedumbres y dominen y man-

den los pocos en número y dotados de facultades poderosas y múltiples como en tiempo de guerra. Sus árboles forman allí con sus ramas entrelazadas como verdaderos horizontes; los vegetales acuáticos, sus nenúfares y sus lothos ocultan casi la superficie del agua en los rios más caudalosos; el tigre maulla tan cerca de las ciudades que ois desde vuestras camas en las noches serenas el siniestro maullido; arrástrase la serpiente boa, cuyos anillos pueden descoyuntar un toro, por los jardines más cuidados; luchan los reptiles en ejércitos dentro de los estanques caseros; el horrible lagarto chacon castañetea produciendo sonidos casi articulados, sobre vuestras mesas y sillas ó se pega como lapa á vuestro cuerpo; y la casa, compuesta de bambúes cortados y coronada de palmas secas, flota en aquel océano de calurosos vapores, donde la perennidad de un calor excesivo perpetuará, sin que podais remediarlo, el absoluto dominio de la materia por medio de su primer ministro la fuerza, quienes os reducirán á inevitable obediencia, so pena segura de muerte. El observador dice á cada renglon curiosas observaciones que revelan con claridad un estado social parecido á la infancia por su extrema vejez.

Siam y Anam representan sociedades vueltas al estado primitivo despues de grande cultura sin renovaciones y sin progresos hoy. El oficial encar-

gado de recibir á los ministros y sentarse á su mesa es al mismo tiempo esterero que compone los petates y las alfombrillas de junco. Llamándose dueño y señor del elefante blanco todo monarca de Siam, aquellos animales blancos, de cualquier familia que sean ó especie, le pertenecen de derecho. Imposible desempeñar ministerio como el de un embajodor y no ir acompañado á todas partes de numerosa comitiva. Da materialmente grima ver á un europeo que puede con facilidad evadirse, por alto é importante que sea, en la vida privada y en el incógnito usual, á las penalidades múltiples de la vida pública, obligado y constreñido á recibir las andas, el palanquin, el cortejo, los parasoles de varios matices, las músicas de discordes disonancias, y por la noche oscura los farolillos correspondientes, á guisa de ídolo chino adorado en las altas pagodas y conducido por las calles y plazas en procesiones ruidosas é interminables.

Yo comprendo muy bien cuánto padeceria Pereira circundado por todas partes de tan exuberante naturaleza, y sin poder comunicarre con ella por las asechanzas de sus innumerables alimañas y por los males diluidos en sus estancadas aguas y en sus ponzoñosos aires, acompañado de tal número de gentes, y aisladísimo á consecuencia de no conocer, por imposibilidad material, todo aquel número babelesco de diomas varios, y de no penetrar,

por resistencias de las tradiciones, en aquel intrincado laberinto de inaccesibles costumbres. ¡Cuán diversa la vida occidental de la vida oriental! ¡Qué sociedades tan contradictorias! Pereira, señor, á quien por amistad llaman sus paisanos señorito de Reboredo, guarda viejas preeminencias señoriales, y entre otras, antiguo patronato sobre la iglesia de su barrio, donde tiene capilla y clero como los reyes, asentándose bajo dosel de damasco en la fiesta de Agosto al lado del evangelio para oir la misa mayor. Pero es el igual á todos y el servidor de todos en la sociedad democrática, formada lentamente por nuestra historia y henchida con el espíritu moderno.

Aunque de familia tan apegada por su educacion al terruño y al privilegio, que su padre dirigió y encabezó mucho tiempo allí el carlismo, ha batallado en las revoluciones, padecido por los principios de igualdad y de libertad en las cárceles, votado el año cincuenta y cuatro en las Constituyentes contra el trono tradicional y la monarquía de doña Isabel II, perteneciendo en cuerpo y alma, desde los albores de su vida, sin tregua ni descanso, á la más radical democracia.

¡Cómo se acordaria en el triste Oriente aquel, region de las castas opresas y de las llanuras uniformes, cómo, del sitio delicioso donde radica, en la suave y dulcísima Galicia, su hogar solariego!

Las colinas cubiertas de verjeles, donde los árboles enlazan sus frutas con las sedas aureas de las panojas y con las verdes guirnaldas de los pámpanos; las casas de los labradores sombreadas por el olmo, por el pino, á heno verde olientes, y adornadas con los horreos parecidos á columbarios romanos; la ria clara, serena, de una tranquilidad helvética, en lo más hondo del valle, apercibida á presenciar idilios perpétuos y á oir cadencias melodiosas de albadas y muñeiras; los robledales con sus hojas lustrosísimas en los altos montes, alternando con las praderas bordadas de flores; aquella bahía de Vigo, que disputa con los lagos de Suiza é Italia en color y trasparencia; los caminos conducentes á Pontevedra, que tienen la poesía osiánica, exhalada de contínuo por los torrentes precipitados entre los riscosos derrumbaderos y por las nieblas suspendidas de las verdinegras cumbres; el palacin de Reboreda en el repecho ayuntado á la ermita, sobre sus graderías de viñedos que llegan del pié á la cumbre de los montecillos y bajo su dosel de bosques fresquísimos que bajan desde la cumbre á la hondonada, con sus parrales apoyados en columnatas de blanca piedra, en cuyo blancor resaltan las azules hortensias, con los arroyuelos que descienden serpenteando por las laderas y los surtidores que suben á las alturas y se abren y espacian en gotas cristalinas: todas

aquellas eglogas, sobre las cuales se levantan el espíritu y la libertad, ¡oh! debian verse con suma envidia desde la inmensa ergástula oriental, donde un pueblo de maniquíes trabaja por hábito como un rebaño al signo que le hace y bajo el patron y norma que le da todo un emperador celestial, á quien cree hijo del sol, aunque, á diferencia del sol, jamas ha podido ni verle siquiera en su honda y pesada servidumbre.

Así, cuando Pereira sale del extremo Oriente y llega por fin al vestíbulo de nuestra Europa continental, sito en África, llega por fin al Egipto, su nostalgia se desvanece, y late una especie de rejuvenecimiento en su espíritu entristecido por la decrepitud irremediable del Asia. Efectivamente, por muy devotos que seamos de la unidad humana, y yo en grado altísimo lo soy, sucédenos algo de lo que sucedia en su tiempo á Goethe, quien sólo comenzaba verdaderamente á sentir parentesco y afinidad con los pueblos históricos, cuando aparecian espléndidos en los escenarios de la Historia los egipcios y los helenos. El Egipto, que Pereira se recrea en describir á su regreso, es el término medio entre la Europa y el Asia, el nexo de un gran silogismo, la segunda idea de una gran tríada. Sus aguas, las aguas del Nilo, fecundan tanto la conciencia humana como el africano desierto. Sus dioses llevan el secreto de la creacion

primera en los labios vibrantes. Desprendidos del seno de la aurora y abrigados en los santuarios del desierto, salieron del Asia panteista, para revelar la divinidad del organismo y sobreponer al mundo inorgánico el mundo orgánico en el movimiento progresivo de la materia universal.

Así, las esfinges tienen el cuerpo del tigre, los riñones del leon, la astucia de la serpiente, las caras de las diosas y los ojos del íbis, porque salen del oscuro mundo, en que se adora á la Naturaleza, para entrar en el mundo más luminoso, en que se adora á la humanidad. Su teología no está escrita en tenues palmas, que se lleva el aire, sino en eterno granito, donde puedan leerla los continentes y todas sus generaciones. La forma humana desaparecia y se pulverizaba en las religiones panteistas; en cuanto Egipto aparece, la forma humana queda perdurablemente osificada á la sombra de los obeliscos que señalan la ruta del sol en las piedras de las pirámides, que contienen los misterios de la eternidad; entre las largas columnas de las pintadas necrópolis; bajo la custodia de las esfinges más misteriosas, que son las rematadas con cabezas de gavilan y de carnero; cerca de los colosos, inmóviles aún como las liturgias de donde proceden, pero crecidos y agrandados ya como ha crecido y agrandádose la humanidad en Egipto.

Confieso francamente que no envidio á Pereira,

no obstante mi amor á los viajes, su larga residencia en Pekin, miéntras le envidio, y mucho, sus correrías por Egipto, y sobre todo por el Cairo y las Pirámides. Alejandría brilla en la Historia y á mis ojos como una de las constelaciones mayores que hayan podido embellecer los horizontes del tiempo en las grandes perspectivas de la Historia. Salió de la mente del gran Alejandro como Minerva de la cabeza del gran Júpiter. El cielo de África la contempla extático por los ojos de sus estrellas inextinguibles; el desierto la ciñe y la rodea con sus arenas de oro; el Nilo murmura en sus oidos, al deslizarse por su lecho de palmas, palabras misteriosas y divinas; los obeliscos llevan á una en sus inscripciones jeroglíficas los misterios de la muerte y las esperanzas de la inmortalidad; el mar Mediterráneo le besa, con sus ondas recamadas de algas y espumas, las marmóreas sandalias; el faro engarza clara luz en su frente; Asia y Grecia la consultan y le confian el ministerio de componer sus grandes síntesis; porque Alejandría es la perla preciosa del anillo con que se unen los continentes y el sacro santuario en que se confunden é identifican las ideas.

Pero no acabariamos nunca si hubiéramos de inscribir aquí todas cuantas reflexiones é ideas nos ha inspirado la serie de paisajes diversos contenidos en la obra curiosísima de Pereira. Imposi-

ble abrir tan curioso libro de viajes y dejar al viajero hasta el término de su peregrinacion. El relato tiene una sencillez encantandora; las reflexiones, una incomparable ingenuidad; el estilo, una fluidez muy difícil de alcanzar hasta por los sumos literatos; las reflexiones, una filosofía tanto más instructiva cuanto que no proviene de ningun sistema preconcebido, sino de la naturaleza y sustancia misma que anima todo el asunto. Reciba D. Juan Manuel Pereira nuestros plácemes, y crea que ha ornado con su excelente libro nuestra literatura en el especial y difícil género de viajes que piden rica variedad de conocimientos y mucho movimiento en el estilo. Una y otra calidad reunen sus páginas, por las cuales merece, como verá por sí mismo quien las leyere, toda suerte de plácemes.

---

# UNA POETISA GALLEGA.

Nada me complace tanto en la vida como recorrer las regiones que componen el territorio de nuestra España y contemplar los monumentos que despiertan la memoria de nuestros padres. Los tiempos pasados se avivan y resucitan en el escenario donde sus tragedias sucedieron. El alma de los muertos vuelve á los conjuros y evocaciones del recuerdo, como para buscar el orígen de venturas ó desventuras trascendentes á su nombre en el mundo y á su reposo en la eternidad. Enseña más sobre el destino de Roma un paseo por la Vía Apia, bordada de sepulcros, que un estudio de los libros de Tito Livio y de Tácito. Cuentan más historias de España las piedras mudas de la catedral de Toledo que las páginas grandilocuentes de Mariana y de Mendoza. Los campos de Montiel llevan aún la maldicion del fratricidio de los Trastamaras; las ruinas de Poblet, cubiertas de ortigas, guardan aún las sombras augustas de los reyes de Aragon; las alturas del puerto Mu-

radiel revelan á los ojos más vulgares las glorias á ellas unidas como la luz á los soles; el pico de Monserrat refleja las retinas de los navegantes catalanes del Mediterráneo, que lo saludaban arrobados en sus fabulosas expediciones al Oriente de Europa; las rejas de Granada parecen el poema de la guerra santa y de la reconquista nacional; y apénas hay un rincon de la Península donde los espectáculos de la Naturaleza no estén realzados por las grandiosas escenas de la historia.

En mi calidad de historiador he contemplado mil veces los escenarios principales de los hechos históricos, y, al escribir un cuadro de la poetisa que voy á retratar, no habia visto aquellos lugares donde nuestras crónicas modernas comienzan, y la fuente de nuestra vida nacional brota, y el poema de la reconquista se inicia, y el habla española balbucea sus primeras palabras, y el grito de Dios y libertad resuena, y la capilla de Covadonga señala como la letra inicial de nuestras victorias, y el astur y el galaico hacen retroceder al árabe abortado por los desiertos hácia el Mediodía, y al normando abortado por los mares hácia el Norte; y por doquier, así en los primitivos dialectos de incomparable dulzura como en las iglesias románicas de indecible severidad, se sienten aún los vagidos de nuestro espíritu y se tocan las tablas de nuestra cuna; ¡ah! no habia visto ni Astúrias ni Galicia.

¡Y cuántas veces heme fingido estas tierras en mi imaginacion y he tratado de resucitarlas y de describirlas tales como las veia interiormente! Sobre todo, esa extraña y desconocida Galicia me llamaba con sus innumerables atractivos, y aparecia, verde y húmeda, ceñida de espumas oceánicas, tapizada de inacabables prados, llena de colinas, en cuyas alturas sombrea el bosque y á cuyos piés brilla la floresta esmaltada por sus rias y por sus puertos, semejantes, con sus mares verdes y sus horizontes recamados de arreboladas neblinas, como una especie de Escocia meridional española, muy apropiada, cual la Escocia británica del Norte, á la poesía y al cántico y al sentimiento de la Naturaleza.

¡Y será de ver aquella catedral, á la que volvian sus ojos los moribundos en toda la Edad Media, é iban, hasta del seno de la Bulgaria y de Rusia, los peregrinos en gran muchedumbre á ganar el perdon de sus culpas con poner los labios en las losas de su pavimento! ¡Y el alma se quedará extática en su puerta de la Gloria, entre cuyos íris, semejantes á matices de la oracion, y entre cuyos arcos, semejantes á los resplandores de inmaculado éter, revolotean las innumerables figuras como místicas mariposas venidas de las flores del cielo, y surgen las estatuillas como mensajeras encargadas de elevar á las alturas celestiales las

constantes aspiraciones que á lo infinito siente en su eternal carrera nuestro pobre y oscuro planeta! ¡Cómo caerán las sombras por aquellas recatadas capillas, antiguo albergue de las peregrinaciones y término santo de largo y proceloso viaje! ¡Cómo resonará por aquellas bóvedas el grito que los guerreros han proferido en Clavijo, en Calatañazor, en las Navas, en Tarifa; el grito que invocaba al Apóstol y lo traia al frente de nuestros ejércitos y en su blanca cabalgadura apocalíptica! Jerusalen, Roma, Compostela, eran por aquellos tiempos de fe como las tres gradas espirituales por donde la pobre humanidad podia subir hasta ver frente á frente las tres personas de la Trinidad Santísima.

Y despues de haberse confortado el ánimo con estos santos recuerdos, ¡cómo se comunicará con la Naturaleza! Ya sé por experiencia que no puede pedírsele al Norte el color de nuestras tierras meridionales y la línea inflamada que rodea como de una aureola esplendente las aristas de la Giralda y las estrías del Parthenon. Ya sé que nuestro paganismo clásico, nuestra forma plástica, nuestro relieve escultórico, los secos torrentes en que la adelfa se corona de rosadas flores y la palma se cimbrea al soplo abrasador del simoun, jamas se encuentra en los campos eternamente verdes que el Océano riega con sus evaporaciones contínuas

y con sus lluvias benéficas y que la niebla envuelve en sus velos de gasa. Pero será de ver el campo tranquilo, como los idilios de Teócrito; el prado á la contínua reverdecido por una primavera perpétua; los bosques de frutales cargados con las abrillantadas frutas; las colinas donde en libertad crecen toda clase de arbustos; entre los altos robles y castaños el antiguo campanario de la aldea; por los hondos valles, la cabaña con su establo y el establo con sus vacas á la puerta; seperteando en várias direcciones la ria serena y trasparente, llena de barcas que contrastan con las pesadas carretas, y trabajando sin descanso los campesinos de ambos sexos, seguidos de sus innumerables chicuelos que entonan á una en coro esas sonatas y cantares cuyos aires se han elevado en las composiciones de los primeros maestros europeos, lo mismo en la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven que en la tierna *Sonámbula* de Bellini, á expresion clásica de la felicidad campestre. Galicia tiene pintores, que excuso nombrar, capaces de darnos idea tan clara de su tierra, como los pintores malagueños nos la han dado de una merienda en la Caleta ó los pintores sevillanos de un baile en Triana.

Inútil buscar en las composiciones gallegas una sombra como de azabache junto á una pared, cuya cal semeja al alabastro; la luz llega, cernida por tantos vapores como hay en el aire y amortiguada

por tanta vegetacion como hay en el suelo, dulce, á guisa de caricia gallega, sin rebotes hiperbólicos, sin reverberaciones metálicas, á los ojos, que pueden recibirla y gozarla en una placidez inefable. Bajo los seculares árboles de ramas bastantes á cubrir una plaza; en cercados floridos y olientes á madreselvas; sobre alfombra natural, y aunque natural mullida y blanda; el gallego, cubierto con su montera y ataviado con sus calzones y su chaqueta de paño oscuro, que chapillas de plata abotonan y adornan, baila en compañía de la hermosísima gallega, en cuya cabeza flamea el pañuelo de colores realzado sobre el primoroso dengue y el oscuro zagalejo de estameña, y en cuyo cuello relucen sobre la blanca camisa los varios collares; y así trenzan, al són de su gaita, una de esas danzas iguales á su música, por tristes, por amantes y por voluptuosas.

Lo cierto es que esta tierra, falta de calor, inspira á sus hijos una pasion tan encendida que raya en fanatismo. Ni el catalan, que se cree ciudadano de perfecta nacionalidad; ni el andaluz, que habita la region más privilegiada y más poética de España; ni el valenciano, bienhadado en sus asiáticos jardines; ni el vigoroso aragonés aman á su patria como el gallego. La sombra de sus árboles, el dejo de su agua natal, los mendrugos de su pan de maíz y de centeno, las

maderas de su establo, el olor de sus vacas, el espacio de su municipio, el tañido de la campana que toca la oracion al anochecer, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada, en tales términos se imponen á sus sentidos, á su conciencia, á toda su alma, á todo su sér, que al arrancarle de allí le desarraigan, como si fuera un árbol, y dobla el cuello, y pierde la gana, y apaga la mirada, y desmaya de fuerza, y decae de color, y olvida el habla, y siente una tristeza tal en todos sus afectos y un dolor tan agudo en todo su cuerpo, que concluye el infeliz por la muerte. Hay razas de tal suerte unidas con su tierra, que al separarlas, separais los dos términos de una entidad, el alma y el cuerpo, y concluis con su existencia. La mayor parte de aquellos suicidios de pueblos, como los de Numancia y de Sagunto, que tanto nos maravillan, se explican por el apego al suelo natal, fuera de cuyo aire no pueden respirar ni vivir. Existen razas nómadas como las razas invasoras del Norte, llamadas por una vocacion interior al movimiento, desasidas del suelo, juntas con su caballo y con su carro, que las trasportan de uno á otro territorio, las cuales se engendran en una region, nacen en otra, viven en contínuo viaje, mueren sin saber el pueblo donde han nacido, y cambian de creencias cual cambian de patria, tienen la vocacion de las emigraciones y de

las conquistas, por cuyo terrible poder suelen renovarse las sociedades humanas, de igual suerte que se renuevan los aires por las tempestades y por las inundaciones los campos. Pero en cambio hay otras razas á quienes jamas separais del territorio donde nacen y que se pegan á él como la carne al hueso.

Estas son las razas que padecen el mal del país llamado en griego nostalgia, mal horrible que termina casi siempre por la muerte. Y parece que la fatalidad lo quiere. El gallego se ve obligado, por la densidad de la poblacion y por la tristeza del suelo, á las emigraciones constantes. Imaginaos cuál será su pena cuando trasponga la línea del horizonte sensible y deje tras sí el campanario de la iglesia parroquial en cuyo regazo ha crecido su alma; el cementerio donde yacen sus mayores, con cuyos huesos se mezclan las raíces de la vida; los hogares que han cobijado los afectos y las pasiones, á cuyo impulso se ha reunido la sangre y se ha amasado la carne del corazon. En ningun punto del mundo donde vaya volverá á ver la zagaleja, que, con la mano puesta al oido, la cabeza movida á un lado y otro, los ojos fuera casi de las órbitas, cual si buscára y no encontrára el sér amado, entona la triste cancion correspondiente á la serenata andaluza, cancion parecida, en su larga cadencia, bien á un arrullo de amor ó bien

á un suspiro de muerte. Y se comprende, se comprende perfectamente que al abandonar todos estos lugares, indisolublemente unidos á todas sus pasiones, desfallezca y muera. Y esta tristeza del alma se refleja en su poesía, que es verdaderamente una poesía melancólica del corazon.

Así tiene los caractéres de la poesía del Norte, la vaguedad y la profundidad. La Naturaleza se refleja en la conciencia de sus bardos como se reflejan los objetos en los poemas osiánicos. La estrella que luce entre las primeras sombras de la tarde; el vapor que asciende del oleaje de los mares á formar las nubes; los vientos huracanados que se estrellan al pié de la roca vestida de pinares; las hierbas de las colinas que ondean y se pliegan al beso de los céfiros; el torrente que se despeña espumoso entre los riscos; la luna coronada de nieblas, que dan mayor palidez y mayor misterio á su faz; la caverna llena de aves nocturnas, cuyos gritos se confunden con el toque de las ánimas, dan á la poesía gallega mucho del sabor que tienen los cánticos de aquellos pueblos, obligados, por su latitud y por su clima, á encerrarse dentro de sí mismos y relacionar los fenómenos del Universo con los afectos y las ideas del alma.

Su lengua, sin embargo, por la riqueza de combinaciones vocales, por la dulzura de las consonancias, por la copia de rimas, por la variedad de

metrificacion, por la onomatopeya de sus palabras, relacionase con todas las lenguas meridionales, pues al oirla diriais que estais oyendo el italiano, el provenzal, el lemosin, cualquiera de las lenguas habladas á orillas del Mediterráneo y compuestas por las relaciones y el comercio de aquellos pueblos que sobre un fondo heleno-latino ostentan esmaltes y relieves, por el movimiento natural de la sociedad sobrepuestos y realzados. Á estas calidades reune un candor, una sencillez, un sabor arcaico que muestran cómo se ha cultivado principalmente en la Edad Media, y luégo, cuando la nacion se formó en el siglo generador de los grandes Estados ha tenido que ceder la palma á la lengua del centro, á la lengua castellana. Galicia, ménos abierta naturalmente á las irrupciones de extranjeros pueblos que el Mediodía de España; ménos helena y ménos árabe, pues ni una ni otra raza han ejercido en las orillas del Atlántico el poder que en las orillas del Mediterráneo; romana, muy romana durante el Imperio, y despues de la irrupcion germánica esencialmente sueva, tiene una complexion más determinada y una tradicion más seguida que el resto de las provincias españolas. Su habla, pues, debe ser el latin romanceado por los suevos como el habla castellana el latin romanceado por los habitantes del Centro. Sea de esto lo que quiera, existe una lite-

ratura en Galicia. El mayor de nuestros escritores y de nuestros sabios en la Edad Media, el Rey don Alfonso X, escogió el gallego para cantar loores á la Vírgen Madre, y el gallego ha inmortalizado los amores y los duelos del popular Macías. Y si examinais el conjunto de esa literatura, encontraréis que tienen sus poetas algo de la escuela de Suavia, tan encarecida y alabada en Alemania por la fluidez de sus rimas, unida á la profundidad del sentimiento y de la idea.

Si la literatura gallega no tuviese ningun otro libro más que las *Follas Novas*, de Rosalía Castro, bastábale para su lucimiento y para su gloria. Puesto que la poesía es, como todo arte, la idea, sentida con profundidad y expresada con hermosura digo que no conozco quien sienta más y exprese mejor. La ternura se mezcla con la tristeza, la luz con el misterio, la inspiracion y el estro con la verdad, formando un conjunto, de tal suerte nuevo y original y suyo, que no se cansa de admirarlo el entendimiento, fatigado por lo convencional y arbitrario de artificiosas escuelas que se empeñan, ya en resucitar lo pasado, muerto para siempre, ó ya en repetir pasiva y fotográficamente la impura realidad. Rosalía siente y sabe expresar lo sentido. Su alma no liba la poesía en lo grande, en lo inmenso, en lo infinito; como la violeta gusta de las sombras y exhala su aroma con tal humil-

dad, que excusa como grave falta el propio mérito. Pocas veces he visto expresar, como en la composicion titulada *Vaguedás*, esas visitas de las inspiraciones várias, nubes sin forma evaporadas del corazon á la mente, y que suelen algunas veces arrebolarse en las tintas de la idea, y otras veces enrojecerse en el relámpago de la pasion. Así pregunta por qué escribe y no sabe cómo responder á esta pregunta. Pues en tal ignorancia se encuentra el secreto de la verdadera vocacion poética. Quien canta sin voluntad, obedeciendo á movimientos del sér, como obedece el arpa á la mano que la tañe, y expresando ideas instintivas presentadas de súbito á la mente, más por sobrenaturales revelaciones que por la interior reflexion; quien hace eso ha recibido del cielo el dón de la poesía, para traerlo y depositarlo entre los abrojos de la tierra.

Teniendo este dón no podia ménos de tener con él profunda melancolía. Redentores y no llevar corona de espinas; profetas y no sentir las epilepsias de la admiracion; sabios y no consumirse en el calor de la retorta donde surgen nuevos elementos; poetas y no padecer con todos los que padecen, y no llorar como todos los que lloran, y no sentir la nostalgia de cielos misteriosos, ¡ah! es completamente imposible. Rosalía está triste, y la tristeza rodea de aureola mística

sus sienes, y la tristeza se plañe en todos los acordes de su lira. Así no podeis ménos de llorar cuando se despide de sus prados, del claustro donde tantas veces ha gemido; de los montes negros, plateados por la alborada que brilla en el Sar y en el Sarela; de las pardas torres metropolitanas destacándose en las inciertas lontananzas; y al decirles adios considera que esto permanecerá perenne, inmóvil, perdurable, miéntras los que se creen inmortales, superiores á todos los mencionados objetos, eternos como las almas, cada dia darán hácia la muerte un paso y dejarán en las tortuosidades del camino alguna ilusion ó alguna esperanza. Conozco pocas emociones más magistralmente dichas que la despertada en su corazon por el interior de la catedral de Santiago. Se oye rezar á los viejos y á las viejas los *Padre nuestros*; se ven los rayos últimos del sol en su ocaso, penetrando por las vidrieras de colores y descomponiéndose en las brillantes sartas de las arañas; se siente el terror que le sobrecoge cuando al plañido de los campanarios ve las almas en pena pintadas por los altares, y las cabezas de los santos moviéndose como para contarse algun misterio unas á otras; se pregunta, por fin, al poder de la evocacion, si aquellos rostros de las estatuas tienen alma, y los labios de piedra palabras, y los Arzobispos y los Obispos, tendidos sobre las losas,

fuerzas para levantarse de sus lechos frios como el mármol y pedir perdon á los Crucifijos, iluminados por las dudosas lámparas, y á la Soledad, lágrimas para llorar los dolores de su divino Hijo y la eternidad de nuestros pecados. No acierto á expresar cuánto me conmueven los pensamientos poéticos por Rosalía consagrados al cementerio, á la ermita, al enterramiento, á la mezcla de la religion con la muerte. Creereriais sus ideas florecillas brotadas en los sepulcros. Caen sobre el alma con la lánguida tristeza de las ramas del sauce y huelen á ciprés. Hace bien la poetisa cantando esos abismos insondables donde concluye el frenesí de nuestra vida y pára el movimiento vertiginoso de nuestra desatentada carrera. Yo nunca he visto sin conmoverme una iglesia en los valles de mi tierra. Una iglesia, único ideal del pobre pueblo, á quien el arte se aparece bajo la forma religiosa: nave mística, poblada de santos que interceden por nosotros y circuida de muertos que esperan su resurreccion; faro luminoso encendido sobre los escollos del mundo y que proyecta su luz en las profundidades del alma, luz solitaria, la cual se nos aparece como estrella misteriosa en el dia de los tormentos; arca que flota en el diluvio de nuestras lágrimas; punto de interseccion entre los caminos de la eternidad; influencia de toda aspiracion as-

cendente á lo infinito y de toda inspiracion descendente de lo infinito; una iglesia conmueve siempre por las lágrimas que se han evaporado en sus aires aguardando consuelo, y por los cadáveres que han caido sobre su pavimento aguardando perdon, por las oraciones que aletean bajo sus bóvedas y los ex-votos que penden de sus paredes; por las lenguas de fuego que manda el espíritu divino á todo lo contingente y las nubes de incienso que manda el espíritu humano á todo lo absoluto; por el esfuerzo que sus arcos, sus aras, sus altares, sus cúpulas representan para romper el misterio divino que envuelve la inmensidad de los espacios y que agita y hace estremecer desde el fondo de nuestro corazon hasta la cima de nuestra inteligencia.

No conozco en las diversas lenguas literarias de la Península composicion alguna más tierna y más sentida que la titulada *¡Padron! ¡Padron!* Dentro de poco, así que el libro se divulgue, alcanzará renombre tan ruidoso como la inmortal composicion de Becquer: *¡Dios mio, qué solos se quedan los muertos!* Delante de un cementerio, lo primero que se le ocurre es la idea de todo cuanto acaba en nosotros al pasar de la juventud á la madurez en la existencia: las risas sin fin, los bailes sin término, los cantares dulces, los coloquios amorosos, las noches serenas, la guitarra

melancólica, los acordes de la serenata, cuanto ha pasado en la vida. Sigue á esta triste reflexion sobre lo que llevamos muerto en nosotros mismos, una pintura del cementerio de Adina, tal como se aparecia á sus ojos en la niñez; con sus olivos viejos y oscuros; con los clérigos que tomanel sol en las tapias como los seculares cipreses, y los niños que juegan entre las tumbas como las mariposas entre las flores; con las piedras tumularias que resaltan entre los montones oscuros de la tierra removida; con el blanco osario que, á lo mejor, en la callada noche, despide la fosfórica luz de sus fuegos fatuos; con las hierbas verdes, las malvas, las cicutas, las ortigas que crecen alimentadas por los muertos, y exhalan desde la superficie de las sepulturas, mezcladas sus raíces con los huesos, el oxígeno de la vida. Naturalmente, la emocion que el cementerio despierta en el alma de una niña, es emocion de alegría. Y en esta alegría se encuentra lo filosófico y lo profundo del pensamiento alcanzado por la intuicion soberana del poeta. En la edad en que no hemos visto los muertos no creemos en la muerte. Pues qué, ¿no jugamos á la puerta del cementerio como á la puerta de la escuela? ¿Habeis visto algun contraste mayor y más terrible que los divertimientos y las risas y los gritos de los huérfanos de dos ó tres años, miéntras los clérigos salmodian, á la puerta de la

casa en duelo y ante un ataud lleno, los cánticos de la eternidad?

La niña ve en el cementerio de Adina la hierba sobre las sepulturas, las mariposas sobre las flores, el cielo sobre los pájaros, la vida que rebosa en el templo de la muerte. Pero se ha ido léjos de allí, se ha separado por mucho tiempo, y al cabo ha vuelto la infeliz. Pregunta por todos los que ha amado y nadie le responde. El tiempo se los ha ido llevando poco á poco en sus giros, y ha despoblado de los seres predilectos á Padron, y ha poblado con sus despojos el cementerio. Así corre á él, y mira por la cerradura, en vez de ver y oir lo que veia y oia de niña, ve la tierra removida sobre la cual vagan las almas, y oye la campana plañidera que llora por los muertos.

Consólemonos. Nada en la realidad tan repugnante, ni nada en el ideal tan hermoso como la muerte. El cadáver, á los ojos del cuerpo, está lleno de gusanos, y á los ojos del alma circuido de ángeles. Hiede cuando nos acercamos á él con nuestro cuerpo, y embalsama el aire cuando nos acercamos con nuestra alma. ¡Qué sería de nosotros si no nos muriéramos nunca! Estas dudas que taladran las sienes, y estos desengaños que desgarran el corazon, el amor sin esperanza, la ilusion sin realidad, la separacion de los seres queridos, la pena de la ausencia, todos estos dolores

habrian de ser eternos. Sólo allende la tumba el ideal será verdad, la ilusion certidumbre, la poesía pensamiento, el pensamiento vida, la vida eternidad, la eternidad amores sin celos, satisfacciones sin desencantos, creencias sin sombras, espíritus sin cuerpos, arte sin formas, felicidad sin zozobras, la plenitud del sér, el dia imperecedero de la justicia, la vision perfecta del Eterno. ¡ Dios mio, que no vengan dos veces los cálices ya apurados, que no se aparten de nosotros jamas los seres tan queridos, que no suceda al ideal soñado con tanto amor al parto abortivo de la grosera realidad, que el cierzo de un nuevo desengaño no hiele, no, la última florescencia de ilusiones y la última cosecha de esperanzas ; y como todo esto sea imposible en el mundo, mátanos pronto en tu divina misericordia para que pronto nuestros mismos calumniadores nos hagan justicia, y nos durmamos para siempre creyéndonos bendecidos y amados, y aguardando muchas lágrimas sobre nuestras cenizas.

Una de las cualidades más sobresalientes en Rosalía Castro es la cualidad poética por excelencia, la vista intuitiva de la relacion misteriosa que existe entre el mundo interior y el mundo exterior, entre el universo que compone la humanidad y el universo que compone la Naturaleza. La esfera del horizonte y la esfera del cerebro, la luz de

los astros, las lluvias y las lágrimas, las tormentas y los dolores, la electricidad que culebrea por las nubes, y las simpatías que despedimos de nuestro sér, forman, como los asonantes, un romance, como los consonantes una oda, como los tonos graves y agudos una sinfonía. La luna llena, mirando al Océano, lo aviva en mareas; la mujer hermosa mirando nuestros ojos, los enciende en fuego, que á su vez aviva y enciende el deseo. Las corrientes magnéticas, en cuya virtud se pliegan las hojas de la sensitiva, tienen algo de esa otra corriente en cuya virtud se agitan unos nervios como las cuerdas de un arpa. Hay entre la palabra y la idea, entre la forma y el fondo, entre el alma y el cuerpo la misma relacion que entre la electricidad y el magnetismo, que entre la luz y el calor. La serpiente fascina al pajarillo como la meditacion al místico. En el yermo encontrais muchas almas y muchas alondras extáticas. El entusiasmo de los corazones contribuye al movimiento de los cuerpos como el esfuerzo de los músculos. El bacante caeria rendido en su carrera si no creyese que un Dios lo impulsa, y la pitonisa muerta en su trípode si no creyese que un Dios habla por su boca. Los seres humanos se sostienen unos pendientes de otros en la sociedad como los mundos sidéreos se sostienen unos á otros en la atraccion universal. La mirada del tigre os da ter-

ror como la mirada de vuestro mayor enemigo, y la mirada del cordero, compasion como la mirada de un niño. Existe una relacion misteriosa entre los matices del prisma y las notas del músico. Pitágoras explicaba más á sus discípulos con la vista que con la palabra. Alejandro, que sólo tenía cincuenta mil hombres en Arbelas, miéntras Darío tenía un millon, no quiso pelear en las tinieblas como le aconsejaba Parmenion, porque creia más en los prodigios de sus ojos que en los prodigios de su táctica. Magnetismo, electricidad, amor, voluntad, calor, pasion, luz, idea, todas esas virtudes várias se confunden, perteneciendo unas á la esfera espiritual y otras á la esfera material, como unas fuerzas se confunden con otras fuerzas en la inmensidad del Universo. Pues pocos pensadores y pocos poetas expresan mejor estas relaciones que Rosalía Castro en sus bellísimos versos.

Si hubiéramos de calificarla con una sola palabra, calificaríamosla de poeta lírico por excelencia. Cuando se eleva en alas de robusto estilo á la poesía real objetiva, rayana con la epopeya, carece de la originalidad que la distingue en tanto grado cuando canta sus propias emociones; y si presenta el mundo externo, lo presenta en relacion con su alma, celeste, luminosa, trasparente, y en cuya superficie el menor soplo de las auras levanta

rizos y ondulaciones, el menor reflejo de la luz extiende esmaltes, y matices el menor objeto de las orillas; el árbol frondoso y la hierba humilde, la colina que permanece inmóvil en los bordes, y el ave que pasa por los horizontes, encuentran espejos y dejan de sí copias y retratos. Y siendo poeta lírico por excelencia es por necesidad poeta elegíaco. Desde el principio al fin de sus versos dos sentimientos lo poseen: sentimiento de tristeza melancólica por las desgracias universales de la vida humana, y sentimiento de tristeza exaltada por las desgracias particulares á la vida gallega. El hombre es una síntesis de la Creacion. El Universo sideral recoge su más bello éter para producir la luz de los humanos ojos; los flúidos electro-magnéticos condensan sus más poderosas corrientes para derramarse por las cuerdas de nuestros nervios; los átomos, que acaso vienen de los confines del espacio, se acumulan en nuestro cuerpo para componer el más perfecto organismo; y sobre todas estas várias determinaciones y modos de la materia universal se eleva en nosotros el misterio indecible, inenarrable, sublime; ese misterio del alma que llega por grados á ver lo infinito y á desembocar en la eternidad. Todas las cosas piensan en nosotros, y todas las cosas en nosotros padecen. Nuestra voz repite el quejido universal de los seres que se duelen del esfuerzo empleado por tras-

pasar el límite y de la fatalidad que al límite los sujeta como á su cadena, como á su prision, como á su eterno suplicio. Este quejido, más agudo á medida que el sér crece y progresa, encuentra un eco en todas las estancias de las *Follas novas*, y un eco poético.

Pero el dolor más bellamente expresado es el dolor de su madre Galicia. Se ve el aislamiento en que la patria comun ha dejado á tan hermosas provincias. Se oye el resuello de una raza forzada por su triste condicion social á todos los trabajos más materiales y penosos. Se ven las marcas de las heridas seculares abiertas en los pobres campesinos por la antigua tiranía señorial. Se notan las cualidades de aquella familia de pueblos; la inteligencia aguda, la astucia fina, la tristeza perpétua. Sobre todo, el dolor de los dolores gallegos se halla repetido á cada verso; el dolor de la separacion, el dolor de la ausencia, el dolor de la nostalgia, el dolor de las emigraciones, la patria apareciéndose húmeda, fresca, verde, sencilla como un idilio, grata como una mañana de primavera, con su corona de frutas y flores, con sus cadencias campestres, repetidas por la zampoña y por la gaita; con sus rias trasparentes y tranquilas, en medio de los ardores del implacable trópico y de las tristezas del forzado destierro. Toda obra poética, por subjetiva, por particular, por

personalista que á primera vista parezca, es obra social. Los dolores de Galicia hablan por boca de Rosalía, y los hombres de Estado, los que han tenido el Gobierno en sus manos, que hoy lo tienen, los que mañana pueden volver á tenerlo, necesitan, heridos por voces tan dulces como ésta, averiguar la cantidad de satisfacciones que deben darse á las justas exigencias de esas provincias, y el remedio que puede colegirse entre todos para sus antiguos é inveterados males. No olvidemos que hace poco un escritor insigne del vecino reino trazaba una especie de nacionalidad literaria, compuesta de portugueses, brasileños y gallegos. Estas cosas podian pasar por juegos de la imaginacion cuando no habian trascurrido horribles crísis, y no se habian visto ciertas tendencias que podrian reaparecer mañana, ora bajo la bandera del absolutismo, ora bajo la bandera de la demagogia, que tantos desastres han derramado en nuestros territorios y tantas amarguras en nuestros corazones. Para matar el provincialismo exagerado no hay medio como satisfacer las justas exigencias provinciales. No olvidemos que muchas de nuestras regiones, como Galicia, por ejemplo, tienen brillantísima literatura propia, la cual, respondiendo á una ley de la vida, á la ley de variedad, debe coexistir con la literatura nacional, sin daño de la patria, mayor á medida que crecen sus hijos y se

fortifican los órganos que componen su cuerpo y se abrillantan las estrellas que pueblan su cielo. Rosalía, por sus libros de versos gallegos, es un astro de primera magnitud en los vastos horizontes del arte español.

FIN.

# ÍNDICE.


| | Páginas. |
|---|---|
| Muertos y vivos ilustres | 5 |
| El Sr. Moreno Nieto | 23 |
| Don Juan Eugenio Hartzenbusch | 49 |
| Garibaldi | 63 |
| El Sr. D. Marcelino Menendez Pelayo y su *Historia de los heterodoxos* | 103 |
| En el centenario de Calderon | 143 |
| Un obispo eslavo y la union de la Iglesia griega y la Iglesia latina | 161 |
| Un filósofo pesimista | 203 |
| Los Renovadores religiosos de ahora y los del Renacimiento | 235 |
| Los Republicanos sajones | 261 |
| Los Académicos en guerra | 293 |
| Un Diplomático español | 309 |
| Una Poetisa gallega | 327 |

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 02587 7294

BOUND

SEP 16 1952

UNIV. OF MICH.
LIBRARY